

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 24 - 30 octubre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número

LOS METEOROLOGOS AL SERVICIO DE LOS AGRICULTORES

HABLAMOS A USTED DEL TIEMPO



Torre de observación del Servicio Meteorológico Nacional donde anemómetros y veletas registran la dirección y velocidad del viento



EL RADIO-SONDA: UN CENTINELA A 16 Km. DE ALTURA

UNA QUINIELA SOBRE LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS NORTEAMERICANAS

Por M. Blanco Tobío (pág. 8)

EL GRAN PREMIO «PEÑA RHIN»
 Información especial desde Barcelona, por Vicente Lorén (pág. 56.)

Carta del director a don Javier Comin (pág. 7) ● Navarra, síntesis de España, por nuestro enviado especial Diego Ja... (pág. 13) ● Vuelve el Ejército alemán, por Hispanus (pág. 18) ● Entrevista con don Alfonso Peña Boeuf (página 23) ● El tercer premio «Planeta» para Ana María Matute (pág. 28) ● Lituania, la pequeña Europa de Oriente Medio, por nuestro enviado especial Fernando P. de Cambra (pág. 32) ● Recuerdos de la vida cuartelera, por Francisco Casares (pág. 45) ● El libro que nos conviene leer: «Historia paradójica de la IV República», por André Frosard (pág. 48) ● El fervor mariano de España, crónica desde Zaragoza por nuestra enviada especial Concha Fernández Luna (pág. 52) ● El mundo secreto del cerebro (pág. 50)

LA MUJER DE CERA
 Novela por Carmen Martín Gaité (página 38)

VEA LA PAG. 3



*Tan
necesario*

como el aire libre,
es para la salud la
"Sal de Fruta" ENO
Elimina las
toxinas y por su valor
depurativo y energético
representa un
complemento de
la Naturaleza



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

SUAVE LAXANTE FISIOLÓGICO

ES UN PRODUCTO DEL LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. - MADRID

SERVICIO METEOROLOGICO NACIONAL

HABLAMOS A USTED DEL TIEMPO

Detalle de la Biblioteca Exposición que el Servicio Meteorológico Nacional tiene instalada en el edificio «España», de Madrid, para ilustrar al público en cuestión del tiempo

LOS METEOROLOGOS AL SERVICIO DE LOS AGRICULTORES

HE intentado ser meteorólogo por unas horas. Un meteorólogo que entra por la puerta falsa. Al escribir estas notas comprendo que he vivido una aventura.

Entre rugidos de leones y aullidos de lobos fui acercándome al edificio del Servicio Meteorológico Nacional. Un edificio de tres plantas, color gris claro, muy en contraste con el verdor intenso de sus alrededores. Suponía que, de haber ruidos, hubiesen sido truenos y relámpagos experimentales. Pero, no; aquellos alaridos salvajes procedían del cercano Parque Zoológico.

Me llamó la atención una pequeña torre Eiffel, toda metálica, enrejillada como una persiana. Con su altura y la de la azotea me distancié del suelo unos 26 metros.

¡Buen panorama! Creí estar en un ambiente de verbena. Por todas partes, alegres molinetes dando vueltas: los anemómetros que miden la fuerza del viento. A un lado, embudos de muchos tamaños: los pluviómetros, en espera de lluvia. Y a la izquierda, una bola de cristal: el heliógrafo, que, a manera de chal, tenía detrás una banda de cartón azulado. Rodeándome por todas partes, la espesura del Retiro, y en torno del Retiro, Madrid.

—¿Qué es eso?—dije señalando un artefacto metálico con aspecto de larga panoja de maíz.

—El energímetro.

No se movía. Poca debía ser la fuerza del viento en aquellos momentos. Y, sin embargo, los otros anemómetros seguían dando vueltas y saludando con sus cuatro cezuelitas al Madrid de sus cercanías. Luego supe que para mo-

verse necesita el energímetro una velocidad eólica de cerca de cuatro metros por segundo. Su movimiento acciona una dinamo, cuya energía es recogida por un contador corriente, computándose así los kilovatios-hora que puede producir cada metro cuadrado de la superficie de un aspa. Es un aparato que sirve para determinar, con fines industriales, que cantidad de energía eléctrica podría obtenerse de la fuerza del viento en un lugar determinado. Quieto, como lo encontré, se quedó. Era poca la velocidad del viento.

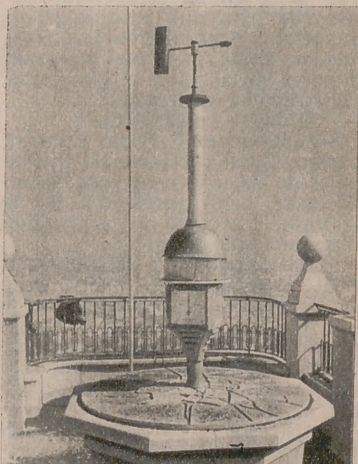
LA ENERGIA DE DOS-CIENTAS MIL TONELADAS DE CARBON NOS DA EL SOL POR KILOMETRO CUADRADO

Nos acercamos al heliógrafo, situado, como un gran ojo de cristal, en el pretil de la torre para ver la salida del sol y luego seguir su curso, minuto por minuto, hasta que se pierde en el horizonte. Es una simple bola de cristal con una banda de cartón azulado detrás, sobre la que hace converger los rayos luminosos para que una línea de quemadura registre las horas que hubo de sol, sin nubes. Ni más ni menos que lo que tantas veces hemos hecho para encender con lupa un cigarro o quemar un papel. Si entre raya y raya grande de la banda hay quemadura continua, es que hubo una hora de sol sin nublado. Otras rayas a menos distancia marcan las medias horas.

Miré. Una quemadura continua me estaba diciendo que hubo ocho horas treinta y cinco minutos de sol sin nublado. Aquella banda

—estábamos en las últimas horas de la tarde—dentro de poco sería retirada para su archivo. La suma de las bandas daría las horas de sol en Madrid. De aquellas bandas saldrían números estadísticos; de los números, gráficos, y de los gráficos, estudios para una posible utilización de la energía solar.

Descendí, y recordé las calorías que el sol nos da: creo que 1,3 por minuto sobre centímetro cuadrado. Venían a mi mente los esfuerzos que en muchos países se realizan para aprovechar la energía solar, una cantidad por kiló-



A más de cien metros sobre el nivel de la plaza de España, de Madrid, una nueva estación meteorológica vigila y toma nota de los cambios atmosféricos



El globo sonda, adelantado en la atmósfera

metro cuadrado equivalente a 200.000 toneladas de carbón, en densidad de una décima de vatio por centímetro cuadrado. ¿Qué se podrá algún día lograr con esto?, decía para mí. No lo sé. Lo que sí pude saber después fué la cantidad de horas de sol que Madrid tuvo en el año agrícola 1952-1953: en total tres mil veintiséis. Si algún día se intenta aprovechar tales posibilidades, estas modestas banditas azules, los números que ellas engendraron, podrán servir de base para calcular.

OCHO VECES AL DÍA SE MIDE LA TEMPERATURA Y PRESIÓN DE LA ATMÓSFERA

Bajamos rápidamente porque eran las siete de la tarde. Era hora de registrar por observación directa la temperatura, presión y humedad en la superficie. Mi asesor se adelantó. Cuando llegué lo encontré metido en una gaceta, fuera del edificio y entre arboles del Retiro.

Con papel en la mano iba anotando números registrados por diversos aparatos, unos apoyados en soportes y otros pendientes de varillas. Aquello, con su luz encendida y especie de alto poyete que tenía en su centro, me pareció de lejos una cocinilla. Termómetros, higrómetros y psicrómetros. Unos, para observaciones directas varias veces al día; otros, registradores continuos.

—¿Muchas veces al día?

—Aquí, en el Servicio Central, cuatro. En las Estaciones principales de España, cada tres horas; es decir, ocho veces. Así puede seguirse el proceso de los fenómenos meteorológicos.

Pude comprobar: temperatura, 18,4; presión, 710,9. Luego miré el higrómetro, que colgaba como una jaula, y me agradó un depósito cilíndrico y agujereado que estaba adscrito a un costado, como el depósito de un pulverizador de insecticidas.

—Ahí está la parte sensible del aparato, cuyas variaciones a consecuencia de la humedad accionan la aguja que luego marca en el papel milimetrado por medio de rayitas que suben y bajan las variaciones de humedad. Es un pelo de mujer. Y dicen que si es de rubia, mejor.

—Me parece que aquí, ahora mismo, hay más humedad que en

otra parte de Madrid. El riego, la transpiración de las plantas...

—Inmediatamente después del riego se nota una subida. Luego vuelve a la normalidad.

Los datos del higrómetro al recoger la evaporación del agua regada me desvelaron problemas en torno de la humedad y la planta, y la influencia de las plantas, de las grandes masas de plantas, en el clima.

La rapidez con que el agua, al evaporar, se despidió de la tierra donde había caído por riego me indicó la importancia que en la vida vegetal tiene la capacidad del suelo para retener el agua. Es un factor de la máxima importancia que hay que tener en cuenta a la hora de estudiar las posibilidades de defensa de las plantaciones en los periodos o estaciones de sequía. Esto, unido a la humedad que ellas mismas pierden por evapotranspiración, pueden orientar acerca de la conveniencia del tiempo y lugar para las distintas clases de cultivo.

LO QUE ES UN CICLÓN

Con los datos ya citados volvimos al edificio. Aquellos eran como las moléculas del tiempo, los elementos cuyo juego, junto con la radiación, condensación y electricidad, da lugar a los cambios y trastornos en la atmósfera.

El viento juega el principal papel. Y en viento no es más que un desplazamiento de aire, consecuencia de la diferencia de presión entre dos masas. La diferencia de temperatura determina la de presión. Y aquella, a su vez, viene dada por el contacto del aire con la superficie terrestre, calentada por la radiación solar. En el registro y control de todo esto estriban los cálculos de la Meteorología.

Si dos corrientes de aire de distinta condición—diferentes temperatura, presión y humedad—llegan a encontrarse no se funden de momento; chocan y giran en forma de torbellino, con más o menos violencia, según la fuerza que trajesen. Giran marchando una masa tras la otra, dejando un centro de presión bajísima que parece realizar una succión.

Pues bien; este fenómeno atmosférico, generalmente bien localizado y violento, es el ciclón o borrasca, algo distinto del ciclón tropical o huracán, que le aventaja en violencia y velocidad. Nuestros ciclones, afortunadamente, son más modestos. Se contentan con traer y llevar agua.

Como el ciclón es un efecto puramente mecánico de dos masas de aire de distinta condición que giran persiguiéndose, hay entre ellas una gran zona de contacto: la zona donde chocan las temperaturas diferentes y las humedades desiguales. Esta zona, que puede oscilar entre 150 y 200 kilómetros de ancho, es lo que se llama frente. Frente frío y frente caliente. Frente frío, la superficie que establece contacto con la masa caliente, y frente caliente, lo que lo hace con la masa fría.

En esta zona de choque es donde se producen las lluvias. Si el frente frío alcanza con más fuerza a la masa caliente, se intro-

duce por debajo de ella como cuña, debido a su mayor peso. Y entonces el vapor de agua existente en el aire caliente se condensa y precipita, formando la lluvia. Si, por el contrario, es el frente caliente el que alcanza a la masa fría con más fuerza, resbala hacia arriba por su menor peso y su vapor de agua se condensa, formando esas lluvias repentinas y gruesas que llamamos chubasco.

La simultánea observación en distintos lugares de la temperatura y presión irán indicando por dónde van los frentes. De ahí la importancia de las Estaciones Meteorológicas, tanto terrestres como de buques y aviones. Uniendo con rayas los datos iguales de las distintas Estaciones a la misma hora se puede determinar en un mapa su localización. Haciendo poco después otra observación, puede comprobarse el avance realizado por los frentes, la dirección y velocidad.

El frente frío irá ganando terreno al caliente; es decir, cada vez será menor la masa de aire caliente en contacto con la superficie, bien porque el frente frío se le mete en cuña por debajo, bien porque le hace resbalar hacia arriba. Irá disminuyendo hasta que los dos frentes coincidan, y entonces el ciclón habrá terminado.

El ciclón tiene un enemigo: el anticiclón. Y éste no es más que una masa de aire estacionaria, fría y de mucha presión, que impide el paso del ciclón. No admite aire de otras partes; si acaso, lo da. Al no haber choque de dos masas de diferente condición, no puede haber precipitaciones, no llueve.

Busqué con ansia en el mapa meteorológico ciclones y anticiclones. En el mapa expresivo de los datos obtenidos a las seis de la mañana contemplé gran número de líneas curvas cerradas, casi concéntricas, donde las más interiores representaban los puntos de menor presión. Era un ciclón situado a la izquierda de Irlanda. El frente cálido pasaba por Escocia, hasta el medio del mar del Norte. El frente frío, todavía en el Atlántico, no había llegado a las costas occidentales de Irlanda. En el mapa de las seis de la tarde el ciclón se había desplazado hacia arriba y más cerca de Irlanda. El frente cálido había llegado a tierras alemanas, mientras el frío se encontraba ya más cerca de Irlanda.

Trasladé la vista a la península Ibérica. Con pena la vi dentro de una zona de alta presión. Una zona que se extendía por casi toda Europa occidental y norte de África. No llegaría, de momento ciclón alguno.

UN APARATO DE RADIO TRANSMITE LA TEMPERATURA Y PRESIÓN DESDE 16 KILOMETROS DE ALTURA

Para satisfacer mi deseo de conocer los procedimientos y materiales con que se hace la predicción del tiempo, tuve que marchar al aeropuerto de Barajas, Estación Meteorológica de primer orden. Allí está la Sección de Predicción.

Llegué en momento oportuno. Iba a realizarse un sondeo en la alta atmósfera para conocer la temperatura, presión y humedad en las altas capas de la atmósfera.

Un meteorólogo joven, el capitán Palacios, tenía en sus manos el radio-sonda, aparato provisto de una parte sensible a esos tres factores del tiempo y de una radio emisora. Un auxiliar había inflado con hidrógeno un buen globo de más de dos metros y medio de diámetro. Miré a uno y otro, y luego vi que se agregó un paracaídas.

—¿Y eso para qué?

—Cuando explote el globo en las alturas se abrirá el paracaídas y el aparato podrá caer en tierra sin sufrir desperfectos.

—¿Tanto vale?

—Entre todo, unas 6.000 pesetas.

—¿Se recuperan los aparatos?

—El 85 por 100. Cada aparato lleva una hojita en que se dice que sea devuelto y que se gratificará con 25 pesetas.

—¿Caen lejos?

—La mayor parte, en la provincia de Guadalajara. A veces se distancian hasta 300 kilómetros.

El auxiliar introdujo en un sobre impreso con la dirección del Servicio Meteorológico Nacional una hojita con un cuestionario a responder sobre la hora, lugar y otras circunstancias en que fue hallado el aparato. Salimos a un desmonte cercano, y se hicieron todas las operaciones de enganche y unión de aparato, globo, sobre y paracaídas. Todo dispuesto para dar suelta. Eran las 14 horas solares.

—¿Por qué a esta hora?

—Está fijada internacionalmente.

—¿Se hacen muchos sondeos como éste al día?

—Aquí, uno. En otras Estaciones de primer orden, cuatro al día. Ahora mismo está realizándose esta misma operación en todo el mundo. Se ha escogido esta hora por ser la de máxima convención, más temperatura, más viento, más humedad en la atmósfera.

Por fin, abierta la mano, el globo hizo uso de su libertad provisional.

Cuando me di cuenta no estaba ya el capitán Palacios. Entré en el edificio y le hallé sentado frente a un gran receptor, algo así como la centralita de teléfonos de un hotel. Me acerqué. De pronto percibí un sonido ronco.

—¡La temperatura! Ahora va a marcarse en este papel milimetrado la temperatura enviada por el radio-sonda.

Lentamente fui oyendo «tactac». Cada sonido, una rayita, y cada rayita, desviándose más hacia la izquierda, conforme iba disminuyendo la temperatura del lugar por donde iba pasando el globo.

Un sonido más suave nos anunció la presión. Y otro distinto, la humedad. Mientras tanto, la aguja indicando sobre el papel con su desviación la disminución de cada elemento.

De pronto un zigzag loco en las agujas.

—¿Qué ha pasado?

—¡Explotó!

El globo, que fué ganando volumen a medida que subía, llegó al límite de la dilatación de su goma y explotó. Tal vez tendría un diámetro de 50 metros en el momento de la explosión. El aparato, con su paracaídas abierto, estaba ya buscando acomodo en la tierra.

Vinieron después rayas y operaciones numéricas. Cosa de poco tiempo.

—¿Cuánto?

—Ha llegado a 12.100 metros de altura. Presión, 200 milibares; temperatura, 57,7 bajo cero.

Ante mi cara de extrañeza, añadí:

—No es mucho. El pasado día 12 se llegó a 16.150 metros de altura, con una presión de 100 milibares y una temperatura de 57 grados bajo cero.

—Y ahora, ¿qué?

—Trasladar estos datos a la Sección de Predicción del Tiempo y a la Oficina Central para que radie al extranjero.

UN GLOBO CORRIENTE SIRVE PARA CONOCER LA DIRECCION Y VELOCIDAD DEL VIENTO

Antes que los datos llegué a la Sección de Predicción del Tiempo, que no estaba tan cerca, aunque sí en Barajas. Mejor dicho, lo que estaba lejos era el lugar del sondeo termodinámico.

En este otro departamento preparaban otro globo para que averiguase allá, en las alturas, la fuerza y dirección del viento. Pero el globo era más pequeño y no llevaba acompañantes.

—¿Listo?—oí decir.

—¡Vamos!

Por una escalerita corta ascendimos a una terraza. Un obrero dijo, somnoliento, al vernos pasar con el globo: «¡A ver si se escapa!» Llegamos a la terraza entre ruido de aviones, que los teníamos abajo, a cortísima distancia. Rodeamos al teodolito, un televisor de pequeño tamaño asentado sobre un pedestal de hierro con altura suficiente para poder observar de pie. Se colgó de un gancho un reloj con aspecto de despertador. Un auxiliar, con globo en mano, esperaba el chirrido del reloj, que habría de ser el momento de partida.

—¿Por qué tanta exactitud?

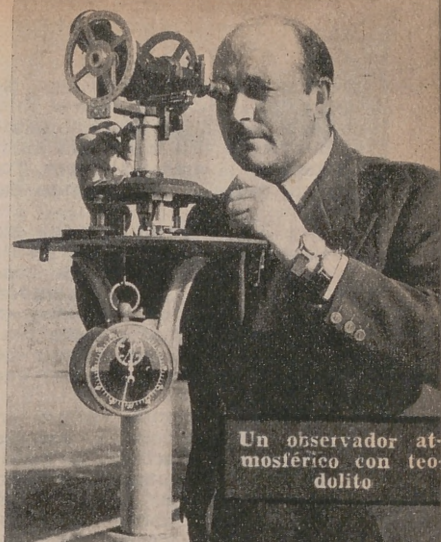
—Porque la altura que consiga está relacionada con el tiempo. Por cada minuto sube 200 metros. Así, reloj a la vista, sabremos la fuerza y dirección del viento en las distintas capas de la atmósfera.

—¿También tiene parte el peso del globo lleno?

—Va con peso determinado. Al globo, que vacío pesa unos 30 gramos, se le inyectan 180 de hidrógeno.

Dió el grito de alerta el reloj. Cinco segundos antes de cada medición avisa. Nos pusimos en guardia. Sonó de nuevo, y el globo partió.

El reloj, inexorable, avisó de nuevo. El auxiliar preparó lápiz y papel. El observador aproximó el ojo derecho al teodolito, y con cada mano giraba unas ruedecitas. Sonó de nuevo el reloj, y ahora con voz de mando, y el observador dejó de manejar las



Un observador atmosférico con teodolito

ruedecitas. Luego recitó dos números, que el otro apuntó.

—¿Se hace muchas veces esto?

—A las dos de la madrugada, a las ocho de la mañana, a las tres de la tarde y a las nueve de la noche.

—¿Qué altura habrá alcanzado ya?

—Multiplicando los minutos pasados por 200 metros...

—Acérquese y vea.

Me acerqué y vi un sector del cielo donde bailaba el globo rojo. Dos rayas negras, perpendiculares entre sí, cruzaban el sector visto. Había que situar el globo en el punto de unión. Comprendí por qué manejaba las dos ruedecitas, cada una de las cuales movía, a su vez, unas reglas milimetradas. Las diferencias entre los números de las mediciones sucesivas darian la dirección y fuerza del viento minuto por minuto.

—Este procedimiento vale también para conocer la altura de las nubes bajas. Controlando el tiempo que tarda en perderse entre ellas, basta.

Aquí no hubo señales visibles ni audibles de explosión. A simple vista no podía ya localizarlo. El reloj siguió haciendo de grillo. Se cantaron algunos números más. Y al final colocaron al teodolito un sombrero metálico, como el secador de una peluquería de señoras. Y bajamos.

CADA TRES HORAS SE REALIZAN OBSERVACIONES EN TODO EL MUNDO

Ese sencillo parte meteorológico que a diario escuchamos, ¿cuántos números ha costado! ¿Cuánta gente ha movilizad!

Rodando de Estación en Estación, los datos de la atmósfera, los meteos, llegan a las cabecezas de concentración, que en Europa son Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España. Llamen meteos a punto de rocío, visibilidad, tiempo presente (si llueve o nieva), el tiempo anterior, dirección y fuerza del viento, presión atmosférica, temperatura, cantidad, clase y altura de las nubes bajas, nubes medias y nubes altas, tendencia a subir o bajar la presión y variación de la presión. Todo ello bajo normas y claves internacionales.

Cada tres horas se ponen en

marcha en todo el mundo las excursiones humanas por el misterioso campo de los fenómenos atmosféricos. En tierra, las Estaciones. En el mar, los barcos. Todos a desvelar los secretos del aire.

Y a los diez minutos de las observaciones empiezan a emitir por radio las cabeceras de concentración los datos obtenidos.

Cuatro receptores se ponen en guardia en Barajas y otros tantos en el Retiro para recibir los mensajes con las novedades que ofrece el tiempo.

E inmediatamente entran en acción los topógrafos. Aquello aventaja en velocidad al periodismo. Sobre la marcha se van confeccionando los mapas. Y en una hora, terminados. Cada Estación figurará con los datos facilitados. Y cada barco, también. El espacio aéreo queda sometido a control aunque no dominado.

Y por último, el meteorólogo, analizando los meteos, comparándolos con el mapa anterior, podrá deducir el estado del tiempo, situación y tendencia de los fenómenos, su dirección y velocidad; en fin, puede predecir el tiempo.

Un resumen, muy resumen, de todo ello es lo que luego conocemos en el sencillo parte que a diario escuchamos o leemos.

LA HELADA SE PUEDE PREVENIR

Hay elementos para poder vaticinar el futuro inmediato del tiempo, y con más de un 80 por 100 de probabilidades.

Pero la situación geográfica de un lugar altera la regularidad de las oscilaciones meteorológicas, influyendo en su marcha y produciendo variaciones. Se hace, por tanto, difícil establecer leyes generales.

España, de geografía tan variada, acusa una variedad grande de precipitaciones. Sería necesario hacer predicciones por cada cuenca hidrográfica.

Nuestros agricultores parecen preocuparse tan sólo por las lluvias cuando las desean, y por las heladas cuando las temen. Las lluvias, no obstante los muchos experimentos, siguen perteneciendo a la jurisdicción casi exclusiva de la Naturaleza. Poco o nada se puede hacer. Pero en las heladas, sí. Ciertas heladas bien pudieran evitarse o, por lo menos,

aminorarse sus efectos. Con los medios de que dispone el Servicio Nacional puede predecir, vaticinar la llegada de una helada.

Como la helada no es más que un enfriamiento grande de la superficie, producido por la irradiación del calor de la tierra a la atmósfera en las horas de temperatura mínima, es decir, en la madrugada, toda la solución radica en proporcionar a la zona de cultivos una capa protectora que impida el pase de ese calor hacia las alturas. Esto lo han conseguido en Norteamérica encendiendo hornillos de petróleo. Y en España, sobre todo en Cataluña, que mando paja mojada o residuos del campo. No será el calor el que proteja, sino la capa de humo que se extienda. En comunicación con el Servicio Meteorológico Nacional, serían muchas las calamidades que podrían evitarse en el campo.

¿Y el pedrisco?—pregunté.

—Para el pedrisco lo mejor es hacerse un seguro.

Se estudia, se ensayan métodos para destruir el mecanismo de producción del pedrisco. Pero no se ha conseguido nada.

—Como tampoco se podrá hacer nada contra la tormenta.

—Nada.

Contra la tormenta no caben más que precauciones. Precauciones como éstas: no refugiarse debajo de un árbol ni dentro de una choza, sobre todo si están aislados. Dentro de las casas de campo, cerrar las puertas de entrada y las vidrieras, no acercarse a las chimeneas y no pisar suelos húmedos o con calzado mojado. No asomarse a las puertas de las casas para contemplar la tormenta. No acercarse a las paredes exteriores de las casas y a los grandes bloques de piedra que estén muy mojados. Las bocas de las cuevas y los ríos de los valles altos de las cordilleras son zonas peligrosas.

¿Cuándo llegará ese día en que verdaderamente hayamos arrancado al espacio el secreto de la lluvia? Ni el bombardeo con nieve carbónica ni el yoduro de plata han logrado todavía la victoria firme sobre las desoladoras sequías.

El yoduro de plata, con que se impregna el carbón antes de quemarlo en un hornillo, tiende a facilitar la condensación. Con la nieve carbónica se intenta romper el equilibrio coloidal existente en la nube, haciendo que las gotitas pequeñas se evaporen y luego se condensen con las de mayor tamaño. Así es la teoría; pero en la práctica los efectos, contabilizados en los pluviómetros de tierra, son tan escasos y pobres como la tacañería de la nube.

HABRA AGOSTO CALUROSO EN EL JAPON CUANDO EL BAROMETRO ASCIENDA EN EL CANADA DURANTE EL MES DE ABRIL

Creo, sin embargo, que una de las grandes obras del Servicio Meteorológico en España, su misión de interés nacional, está en el campo, en el agro. Nuestros

campesinos siguen disfrutando de las rentas, de las experiencias legadas por sus antepasados. ¡Pero el refrán sólo tiene una vigencia local! ¡Lo que vale para Cataluña no puede considerarse eficaz en Extremadura! El vaticinio «del más viejo del lugar» tiene límites de espacio y tiempo.

La Meteorología moderna, por el contrario, extiende sus brazos por todas partes. A lo mejor en el punto más lejano se encuentra un dato decisivo para la predicción del tiempo. Y después, la continua observación podría descubrir el racimo de relaciones y vínculos existente entre los fenómenos atmosféricos, en cuyo desmadejamiento está, a veces, la clave, la solución de un problema meteorológico.

A la Meteorología japonesa se le asignó la misión de determinar con la anticipación máxima posible el tiempo que hará en agosto, dato fundamental para la cosecha de arroz, cuya abundancia depende del verano caluroso. No era cómodo ni promotor del empeño. Por fin, tomando apoyo en los estudios y observaciones de otros meteorólogos extranjeros, hallaron la existencia, no explicada todavía, de una relación entre la temperatura de agosto en el Japón y la presión atmosférica reinante en Sudamérica durante los meses de marzo y mayo. Se demostró además que la temperatura de agosto en el Japón será muy elevada cuando el gradiente de la presión entre las Azores y la depresión de Islandia es muy macrado en abril, cuando el barómetro asciende en el sureste del Canadá durante el mes de abril, cuando en enero reina en Sidney una presión extraordinariamente alta y cuando en las Aleutianas, cerca de Alaska, han sido bajas las temperaturas de invierno.

UNA EXPOSICION METEOROLOGICA A MAS DE CIEN METROS DE ALTURA

En España está organizándose el Servicio Meteorológico Agrícola, en cooperación con ingenieros agrónomos. Creemos que ese es el camino a seguir. Porque el tiempo, tomado en otro sentido, se encargará de ensanchar el conocimiento y estudio del tiempo. Y la sabiduría del pueblo habrá de ceder el paso a los mensajes científicos que hombres de todo el mundo, con números y tablas en la mano, elaboran varias veces al día.

En lo alto del edificio «España» de Madrid ha surgido ya una nueva Estación Meteorológica, a más de cien metros del nivel de la plaza del mismo nombre. Aparatos de todas clases, fabricados por la misma Dirección General de Protección de Vuelos, vigilan constantemente la atmósfera. Pero, no es eso solo. No se trata únicamente de escrutar el espacio. Allí hay una Exposición. Allí se exhiben documentos con que formar una opinión solvente en cuestiones del tiempo.

Por ahí se va a lo más seguro.

JIMENEZ SUTIL

(Fotografías de Aumente.)



El aparato receptor señala en papel milimetrado los datos que el globo transmite desde las alturas

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JAVIER COMIN

LOS fundadores del Nacionalindicalismo vimos asomados o acechando a dos calles, que eran calles frustradas, porque directamente no iban a ninguna parte. Cuando se subía por el paseo de la Castellana desde la estatua de Colón hasta el monumento a la Reina Isabel la Católica, aquel Madrid residencial, a la altura de los Nuevos Ministerios, se quedaba cortado, a pesar de que la República fué la continuación silogística y deteriorada de la Monarquía con gorro frío. Así como la fecha de la Constitución monárquica de 1876 es la fecha de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, así también el Instituto Escuela, pedagógicamente tan antitradicionalista, se había aposentado en las proximidades del Hipódromo, como desafiando su aristocrática inutilidad. Más allá se iba a Chamartín por un camino estrecho suficiente para el tranvía que comunicaba con la colonia de intelectuales propicios al huevo duro que don Francisco Giner había comido y hecho la propaganda en la sierra del Guadarrama. Si la Compañía de Jesús no hubiera instalado un colegio allí, aquel barrio extrarradial hubiese parecido un islote laico, humanitario, aséptico y europeísta, a manera de un apéndice con apendicitis del paseo de la Castellana, en el que moraban, entre verjas, los marqueses y los duques. Además de esta inflamación purulenta y estrecha hacia el fondo, a cada mano del paseo, en su estructura homogénea, se habían puesto los objetantes, los innovadores, los herejes. En la calle del restaurador don Arsenio Martínez Campos se había alojado el conventículo institucionista de Giner de los Ríos, y en la calle del Pinar la Residencia de estudiantes ofrecía sus habitaciones a un Juan Ramón Jiménez empeñado en instaurar la Jota encimada de la Ge, a un Federico que se había traído de Granada a dos parejas de gitanos y de guardias civiles para las cuatro esquinitas de su cama, a un don Miguel de Unamuno que se retrataba leyendo y vestido sobre el lecho.

Pero vino el 14 de abril con una piqueta, para abrir el espacio taponado por el Hipódromo, y con un palustre de constructor masónico de un pequeño Kremlin casi en las afueras, aunque el pueblo madrileño, en vez de embobarse con los andamios que se alzaban, sólo se fijó, con chunga zumbona, en el subsuelo, bautizando el subterráneo de los enlaces ferroviarios a través de la Castellana: el tubo de la risa. Así estaban las cosas, o, mejor dicho, según siempre, la risa andaba por barrios, cuando nosotros nos pusimos a frecuentar el bufete de José Antonio Primo de Rivera, en la calle de Alcalá Galiano, al lado del paseo de la Castellana, como conspiradores contra la Monarquía pactada y britanizante de Sagunto y contra su reedición, más influida por el extranjero, de la República del 14 de abril. Para esta tarea poco cómoda, nos fuimos más arriba, más cerca de Chamartín, donde, junto a los hoteles ginebrinos y las residencias reproducidas en su atmósfera externa o interior de los condados británicos, se había trasladado el hogar de José Antonio. Esto es, que se instaló la sede de la Falange en la calle del Marqués del Riscal, pegada a la Castellana, adonde nos visitaban de cuando en cuando la Policía, los guardias de Asalto y los pistoleros. Hay tantas efemérides en nuestra Revolución Nacional, que no se ha recordado ahora el vigésimo aniversario de la proclamación de José Antonio Primo de Rivera como Jefe único y supremo de la Falange Española de las J. O. N. S. Fué en la tarde del 6 de octubre de 1934 y fué en ese edificio, alquilado de la calle del Marqués

de Riscal, a unos pasos de la Castellana, que, cual un río turbulento, bajaba plétorica e hinchada de ráfagas de ametralladora, de disparos, de quiérvives, de homicidas detonaciones. Era la guerra civil antes de transformarse en Cruzada, a la que se oponía una doctrina metida en la sangre de la juventud por la gracia y el sacrificio de un hombre. Para mí, el 29 de octubre de este año es la conmemoración del 6 de octubre de hace un par de décadas, cuando rodeábamos a Primo de Rivera como nuestro adalid, mientras Francisco Franco, no muy lejos, también estaba en su sitio.

La otra gran calle en la que vivimos era el final de la Gran Vía, rodado ese trozo con el nombre de Don Eduardo Dato, ofreciéndose idéntica promiscuidad de Pi y Margall (casi un anarquista) en medio del Conde de Peñalver y del presidente del Consejo conservador asesinado por los ácratas, a la que hay en las estatuas de la Castellana con Castelar vecino de Reinas y de generales. Así era el Madrid y el Estado, más que unificadores, embarulladores, chapuceros... La Gran Vía no dejaba de ser una zarzuela de circunstancias decimonónicas que tropezaba con la plaza de España. Por allí soplaban un aire frígido, carpetovetónico, congelado. Para alojarse por allí había que ser tan futurista, tan porvenirizador, tal Ramiro Ledesma, que arrendó y amuebló con tubos de acero Rolaco un despacho en la planta D del número 7 para fundar el jonsismo. La primitiva Falange Española también se estableció en esa Gran Vía, cuyas laterales estaban impregnadas aún de turgios, de hediondeces montaraces y obscenas. Toda aquella Gran Vía por donde desfiló la mascarada del 14 de abril semejava una improvisada decoración a base de bambalinas. No les hubiese aconsejado en aquella sazón, don Javier Comin y sus treinta y cuatro compañeros de Cataluña llegados a la Escuela de Periodismo madrileña, que viniesen entonces; porque entonces, cuando su señor padre, como un jabalí de la Tradición, se batía el cobre a fuerza de sarcasmos parlamentarios en el Congreso, lo que queríamos impedir, y lo conseguimos, desde la oficinita de Eduardo Dato, es que no viniesen los catalanes insolidarios a Madrid, logrando de este modo que se suspendiera, en el mes de julio de 1931, un viaje triunfal de Francisco Maciá, para que la España Una, Grande, Libre (fué entonces cuando inventé el trilema, en aquel momento en que habíamos contemplado cercanamente el incendio y saqueo de la iglesia de la Flor, como síntoma de servidumbres enlazadas con mezquindades y defecciones), soportara un trágala. Y Maciá, amenazado por Ledesma desde la calle de Eduardo Dato, 7, no vino entonces, porque el cierzo cortaba en aquella soledad postrera como un cierzo serrano (Ramiro se hospedó por aquella época en muchos hoteles del final de la Gran Vía, entre los cuales, el hotel Gredos, y desde allí planeó el asalto al local de Los Amigos de la Unión Soviética—¡qué escandalazo si se publicaran sus ficheros!—, asentados igualmente allí, como todo cuanto ha intervenido después en España); porque cortaba el cierzo como el filo de una navaja de afeitar, como unas tijeras bien afiladas. Cortaron el pelo a Ventura Gassó, huésped de un hotel de la Gran Vía, porque había llegado en hora nefasta y con siniestros fines. Usted y ustedes han llegado en el instante más a punto, en esta oportunidad en que se han abierto para lo grande para lo máximo (lo cual relataré otro día, en el número próximo) la Gran Vía que ya se llama de José Antonio Primo de Rivera y el paseo de la Castellana, llamado Avenida del Generalísimo Franco.

Lea usted en el número 33 de la revista POESIA ESPAÑOLA

SONNET A SAINT JACQUES DE COMPOSTELLE

Por Edmond Vandercammen

y el CANTO AL MAESTRO MATEO, de Antonio Oliver

UNA QUINIELA SOBRE LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS NORTEAMERICANAS

Cien años—exactamente—llevan demócratas y republicanos repartiéndose, casi mitad por mitad; los 500 millones de votos

CONSIDERANDO la trascendencia universal que suelen tener las elecciones americanas desde que los Estados Unidos han asumido la World Leadership (jefatura del mundo), un comentarista británico escribió una vez que, en realidad, en dichas elecciones debiéramos votar todos los ciudadanos del mundo, pues de lo que resulte de las urnas americanas pueden depender nuestra vida y nuestro porvenir.

Cada dos años se celebran elecciones legislativas en los Estados Unidos; y elecciones presidenciales cada cuatro. Habitualmente se concede a estas últimas mucha más importancia. Esto no es fácil de explicar, ya que la Constitución del país, redactada por hombres desconfiados, que según la tradición liberal, aspiraban a ser gobernados lo menos posible, equilibra maravillosamente los poderes legislativo y ejecutivo. «de forma que las tonterías que haga aquél sean neutralizadas por éste, y a la inversa», según frase de Tocqueville.

Quizá desde los tiempos de Roosevelt este equilibrio se ha alterado un poco en favor del Ejecutivo, aunque no de una manera sustancial. Pero el caso es decíamos, que unas elecciones legislativas casi nunca movilizan a la opinión mundial en el grado en que suelen hacerlo las que se enderezan a introducir un nuevo inquilino en la Casa Blanca.

EL ASNO Y EL ELEFANTE

Los comicios legislativos están anunciados para el próximo 2 de noviembre. En esa fecha se va a renovar la tercera parte del Senado (36 senadores) y la totalidad de la Cámara de Representantes, cuyo número asciende a 435.

Es demasiado prematuro para que hagamos pronósticos; pero los pronósticos forman parte de este gran juego político que son las elecciones americanas. En todo caso, la campaña electoral ahora «bat son plein», como dicen los franceses, y el espectáculo que nos ofrece, no por conocido, deja de ser apasionante. Desde hace unos meses, los candidatos de los dos grandes partidos vienen alternando, incansablemente, los denuestos con las extravagancias. Conquistar votos en los Estados Uni-

dos es una cosa seria: Hay que pronunciar docenas de discursos, generalmente desde la plataforma de un vagón de ferrocarril; hay que estrechar las manos de millares de personas; hay que visitar a centenares de familias, dejándose fotografiar con sus niños en brazos; incluso hay que cabalgar en un elefante, si se es republicano, o en un asno, si se es demócrata. En fin, algo agotador que pone a prueba, juntamente con la laringe, toda la capacidad de indiferencia al ridículo de que es capaz un ser humano.

A estas horas, los candidatos están a diez días de la meta. ¿Qué va a pasar? Comencemos con las quinielas.

Las auscultaciones de la pública opinión que se han venido llevando a cabo en las últimas semanas acusan indefectiblemente una progresión demócrata y, claro está, una regresión republicana. El inesperado resultado de las elecciones-sonda que se celebraron hace cosa de un mes en el pequeño Estado de Maine—una victoria demócrata en un feudo republicano, o «burgo podrido», como dirían los ingleses—dió la señal de alarma en las filas republicanas. Los líderes del partido se reunieron urgentemente para estudiar la situación planteada, y llegaron a la conclusión de que sólo la popularidad de Eisenhower, todavía poderosa, podría salvar al partido republicano de un desastre. Fueron a Denver a ver al Presidente, para pedirle que volcase toda su autoridad y prestigio en favor del elefante. Eisenhower, que sólo se había puesto «la librea de un partido»—frase de Disraeli—, porque así lo exige el sistema, pero que desde el principio se propuso llevar adelante una política eminentemente nacional, aceptó el encargo y salió de su anterior neutralidad para pedir a sus conciudadanos que votasen en republicano. Están previstos seis discursos de Eisenhower a lo largo de esta campaña electoral. No son muchos, pero irán todos ellos dirigidos a la nación—como el pri-



Un colegio electoral en un centro rural

mero—, y no a los electorados locales.

SER «LIBERAL» NO ES RECOMENDABLE

Vayamos ahora con los «Gallups» a que nos referíamos antes.

Uno de ellos fué organizado por la gran central sindical C. I. O., cubriendo ocho Estados-claves: California, Illinois, Massachusetts, Nueva Jersey, Nueva York, Ohio, Oregón y Pensilvania.

He aquí las conclusiones principales:

En este año no se ha planteado una gran cuestión de tipo nacional, de esas que dividen a la opinión. En consecuencia, hay una gran masa potencial de votantes indecisos.

Aproximadamente el 50 por 100 de los votantes aprobaron, en general, la Administración Eisenhower, si bien son muchos los que piensan que el Gobierno debía hacer algo más para reducir el paro obrero.

En general, los auscultados creen que el LXXXIII Congreso ha realizado un buen trabajo.

La etiqueta de «liberal» no es recomendable que se la pongan los candidatos.

La mayoría de los votantes prefieren que los candidatos cuenten con el apoyo de la Legión Americana, formada por los ex combatientes.

Una gran parte de las personas auscultadas es favorable a las Naciones Unidas, pero es igualmente favorable a una ruptura de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Conclusión: No se registra una acusada tendencia en el país a votar en demócrata.

Añadamos, por nuestra parte, que el C. I. O. no es sospechoso de parcialidad en este asunto. Juntamente con la A. F. L. apoyó resueltamente al candidato demócrata Stevenson en las elecciones presidenciales de 1952.

Sin embargo, no hay razones

para que los republicanos se muestren optimistas. Cien años de lucha electoral entre demócratas y republicanos nos demuestran que el número de votos recogidos por ambos históricos partidos es casi idéntico, mitad por mitad. Uno se lleva el 55 por 100 y otro el 45 por 100, y así siempre.

La semana pasada, el equipo de corresponsales del «New York Times» llevó a cabo un «survey» o auscultación de la opinión pública, de resultados poco favorables a los republicanos. Al parecer, éstos piensan conseguir el control del Senado, pero no el de la Cámara de Representantes.

UN VOLANTE PARA DOS CONDUCTORES

Un régimen presidencialista como el norteamericano puede ofrecernos—y de hecho así ha ocurrido algunas veces—un ejecutivo republicano y un legislativo demócrata. Y a la inversa. Es ésta una situación extraña, pero no anormal ni peligrosa para la nación. Sin embargo, la lucha entablada entre ambos poderes, de los que ya dijimos que están perfectamente equilibrados, conduce, generalmente, a unas tablas en las que nadie quita ni pone rey, pero que, como es lógico, paraliza los programas ambiciosos elaborados por ambas partes. A esto mismo se refirió el Presidente Eisenhower cuando, después de hacer un balance de lo mucho que había conseguido su Administración en dos años de gestión, terminó diciendo: «Ahora, amigos míos, una "guerra fría" de partisanos políticos entre el Congreso y la rama ejecutiva no nos permitirá alcanzar esos objetivos. Saben ustedes perfectamente que un coche no puede marchar con dos conductores al mismo volante.»

Y un poco más adelante: «No podrán ustedes tener un Gobierno federal eficaz cuando el Congreso desea seguir una filosofía de Gobierno y la rama ejecutiva otra. En nuestro sistema de Gobierno se progresa cuando los líderes del Ejecutivo y la mayoría del Congreso son miembros del mismo partido político.»

El Presidente Eisenhower, al expresarse como queda dicho más arriba, terminó diciendo que, gracias a esa identidad ideal que postula, el LXXXIII Congreso dió unos resultados tan brillantes.

Está bien. Pero si echamos una ojeada al récord o registro de victorias y derrotas obtenidas por Eisenhower en el LXXXIII Congreso, tenemos: 10 victorias y nueve derrotas. La más importante de las primeras fué la «Tax revision» (revisión de impuestos), y de las segundas, la que se refería a la revisión de la famosa ley antihuelgas Taft-Hartley.

De forma que el hecho de que al volante del coche vaya un solo conductor no quiere decir que quede automáticamente eliminado el conflicto a que antes me refería.

UNA TRADICION EN PELIGRO

Si el lector nos preguntase en qué se diferencian—fundamentalmente—demócratas y republicanos, les contestaríamos con la frase de un escritor húngaro: «En que cuando los republicanos están en el Poder, los demócratas están en la oposición, y viceversa.»

Tradicionalmente, los republicanos pasan por ser los defensores de los «big business» (grandes negocios) y de la empresa privada a ultranza. Los demócratas, desde los tiempos de Roosevelt y del New Deal, pasan por ser «dirigistas», «estatistas» e incluso un poco socialistas populares. Las izquierdas, en una palabra. Pero estas denominaciones no tienen, ni con mucho, la misma significación que en Europa.

En lo que a la política exterior se refiere, ésta es de factura bipartidista. Las discrepancias orales pueden ser muchas; pero los hechos son los mismos.

No obstante, estamos asistiendo en estos últimos años a un dramático «tournant» en la política norteamericana. En 1854, los demócratas acusaban a los republicanos de borrachos y partidarios del amor libre (!); y éstos acusaban a aquéllos de ser partidarios de la esclavitud. Estos insultos, que tanto desconciertan a los europeos, no tenían mayor alcance; eran palabras gruesas que se olvidaban al día siguiente de las elecciones, cualquiera que fuese su resultado. La tradición establece que el candidato vencido debe ser el primero en poner un telegrama de felicitación al vencedor.

Pero esta elegante tradición está corriendo el riesgo de desaparecer. Ya durante la campaña electoral para la Presidencia, en 1952, las acusaciones que los republicanos lanzaron contra los demócratas fueron algo más que palabras gruesas y que inofensivos tomates o huevos podridos. Se dijo entonces, pura y simplemente, que los veinte años sucesivos que los demócratas habían estado en el Poder habían sido veinte años de traición. «Cuando un partido político acusa a su adversario de haber traicionado conscientemente durante veinte años a los intereses del país; cuando arroja sobre las más altas autoridades de la antigua Administración las sospechas más graves; cuando un ministro de Justicia, republicano, acusa a un antiguo Presidente demócrata de haber mantenido en sus funciones, "con conocimiento de causa", a un traidor, es seguro que el estado de los ataques clásicos se ha sobrepasado. Un partido político que ataca a otro de esta manera, no quiere su derrota. Quiere su muerte.»

Estas palabras han sido escritas por el corresponsal permanente de «La Croix», de París, en Washington: Yvan Philip.

BALANCE POR LAS DOS CARAS

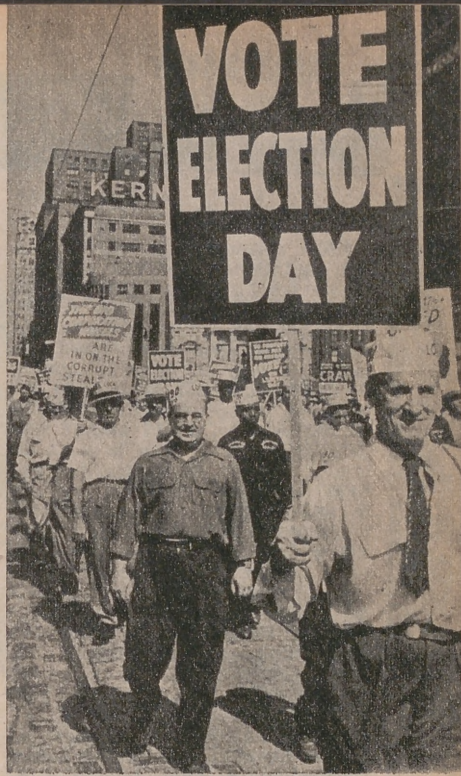
Escuchemos, finalmente, al Presidente Eisenhower defendiendo su Administración, y a Stevenson atacándola.

Los argumentos del primero son los siguientes:

Los gastos del Gobierno han sido reducidos en 11.000 millones de dólares y los impuestos en 7.400 millones.

Los Estados Unidos disponen hoy, con menos dinero, de las fuerzas armadas más poderosas que ha tenido nunca en tiempos de paz.

El Congreso, controlado por los republicanos, ha aprobado un programa de viviendas y otro programa para los granjeros. Amplió los seguros sociales a 10.200.000 americanos más.



Manifestación electoral

Ha terminado la guerra de Corea. Suez y Persia han dejado de ser problemas. Yugoslavia e Italia han arreglado sus diferencias sobre Trieste y se ha conseguido un acuerdo en Londres para fortalecer la defensa del Occidente.

Los argumentos de Stevenson son los siguientes:

Nuestros ingresos nacionales son de veinte o veinticinco billones de dólares menores de lo que debieran ser. La economía debería haber aumentado en un 3 por 100 este año; en lugar de eso, ha descendido en un 3 por 100.

Una persona de cada veinte está sin empleo.

El coste de vida ha alcanzado el máximo. En cambio, la media de ingresos semanales de los trabajadores de las industrias ha disminuído. Los precios agrícolas son menores; pero sus costes siguen siendo elevados.

Se ha producido un peligroso empeoramiento en la situación internacional. Los Estados comunistas han obtenido importantes victorias, y los Estados Unidos han perdido prestigio y confianza.

Sería el cuento de nunca acabar empeñarse en hacer un análisis minucioso de la dosis que hay de verdad y de propaganda en las afirmaciones de ambos líderes. Pero lo cierto es que los Estados Unidos están conociendo en la actualidad una de las épocas más prósperas de su historia y que el pueblo americano, más que fe en uno u otro partido político, tiene fe, bien arraigada, en su sistema; esto es lo importante. Ese sistema es el que de verdad gana siempre las elecciones, cualquiera que sea el resultado para los partidos en presencia. El sistema perderá las elecciones el día que uno de los dos grandes partidos, en lugar de salir derrotado de las urnas, salga muerto. Pero no cremos que esto sea para mañana o, más concretamente, para el 2 de noviembre próximo.

A don Dionisto Moraleda Navas.

UNO confiesa, que es de esos ciudadanos que van haciendo ruidos horribles por las calles, con mucha molestia y protesta de los otros ciudadanos: uno es de esos que andan en moto. A uno le pasa lo que a Jesús Frago del Toro: que no tiene el menor espíritu deportivo motorístico, ni la menor afición al ruido. A uno le pasa lo que a tantos: que para su trabajo tiene que moverse más de lo que permiten los transportes municipales, las tarifas de los taxis y los permisos de importación, fondos de retorno, etc., de los automóviles. En fin, uno tiene moto, como casi todos, porque no tiene más remedio, con tanto dolor de su corazón corrientemente y con dolor de otras partes de su cuerpo con relativa frecuencia.

Pues uno va con su moto al taller—especializado en motos, naturalmente—para que le pongan, por ejemplo, la chapa de la matrícula. Hay que hacer unos agujeritos en el guardabarros y pasar unos tornillos. ¿Ustedes han visto esos aparatos perforadores eléctricos que en un momento taladran la chapa? Yo también. Los operarios del taller, también. Los han visto, pero no los tienen; lo que hay allí, en el taller, es un instrumento semejante a los que usaban las amas de casa de antes para batir los huevos; una especie de molinillo que el mecánico aprieta con el esternón y mueve a mano; está bien el molinillo, sólo que le faltan dos dientes al piñón y la broca está mellada; pero lo de menos es la melladura o los dientes; lo de más es que el dispositivo de sujetar la

broca ni sujeta la broca, ni sujeta nada, como no sea algún dedo del imprudente a quien se le ocurra explorarlo. Es costumbre, por lo tanto, intentar la utilización del chisme durante diez minutos, y a los diez minutos, cuando se comprueba que, como ya era sabido, no funciona, buscar un punzón. «Oye, Pepe—dice un mecánico a otro—: ¿tienes tú, por casualidad, el punzón?» «No lo tengo—responde Pepe, y aprovecha la ocasión para repreguntar—: ¿Y tú? ¿Tienes la llave del nueve?» «La llave del nueve la tiene Heliodoro; pero déjame el punzón un momento, hombre, que no es más que para hacer un agujero». A la muda interrogación del operario al cliente, el cliente responde volviéndose los forros de los bolsillos del pantalón; lo cual quiere decir que él no tiene un punzón ni nada que se le parezca. ¿Le valdrá, si acaso, esta navajita con sacacorchos? No. El sacacorchos es flojo, quizá aquel clavo. ¡Hombre, es verdad! En la pared hay un clavo del que cuelga un bombilla eléctrica. Se pone la bombilla en el suelo, con cuidado de no romperla, se arranca el clavo, que es un clavo magnífico, robusto, grueso, recto, de los de antes de la guerra. Ya está. Tres martillazos enérgicos, y agujero que te tienes: el bollo no se nota, porque lo tapará la matrícula. El operario comenta:

—Aquí lo hacemos así todo.

—¡Procedimiento americano!

Claro que no voy a seguir contando lo del tornillo, y lo de la tuerca, y lo de la llave del nueve, y lo demás. Que lo cuente Larra, que tenía más gracia y más tiempo para estas cosas. Vaya usted a que le arreglen su reloj de pared—aquel reloj que

heredó usted de su tía Magdalena—y cuando vuelva a casa comprobará que las campanas tienen otro sonido, y que en el alto silencio nocturno el tic tac se oye como con interferencias: es que se lo han arreglado («procedimiento americano») con un alambrito. A su señora la repararán la plancha eléctrica, y usted observará que, después de reparada, se le funden los plomos con más frecuencia: se la han reparado por el «procedimiento americano» del alambrito, o del cachito de bramante, o por cualquiera de los otros procedimientos que acreditan el fértil ingenio celtibérico. La máquina de escribir, ya sabe usted que no hay piezas, ni maquinaria adecuada, ni demonios coronados, se la pone en condiciones un hábil compatriota adaptándole una piececita que él ha sacado, no se lo diga usted a nadie, de una máquina de coser.

Todos vemos todo esto, todos tocamos, en mayor o menor grado, y de una u otra manera, la pequeñez con que se conciben y se instalan tantas empresas indígenas. Ciertamente es que en los últimos quince o veinte años de España se ha ganado bastante calidad, bastante prontitud, bastante modernidad, bastante eficacia. Pero, Dios mío, ¡cuánto hay todavía por hacer, cuánto hay que aprender, cuánto hay que destruir para que los auténticos «procedimientos americanos», de los que en Europa se habla con ironía mezclada de impotencia y entremezclada de envidia, lleguen a ser algo poseído y dominado! ¡Qué alegría cuando, en marcha hacia el futuro, pueda decirse que la técnica española es la más americanizada de Europa!

Luis PONCE DE LEON

DIECIOCHO AÑOS DE ADELANTO

CON motivo de su reciente discurso en Logroño, Franco, por una admirable interpretación y respeto a su propio cometido histórico, ha vuelto a situar los conceptos políticos, la teoría y la hora de sembrar y recoger en una atmósfera de extrema claridad. Más cuando las palabras se dirigen a un pueblo que tiene ante él, como el pastor que conoce todos los senderos, la perspectiva de quince años de concordia y reconstrucción.

«En esos años —ha dicho el Jefe del Estado— tres tareas se nos presentaban: una, política; otra, económica, y una última, social. Una tarea política porque la victoria habría quedado vacía si no la hubiéramos llenado de contenido político.»

Al hablar de contenido político alude Franco a la necesidad que hubo de dar sustancia, garantías y norma, derecho y proyecto en suma, a lo que estrenaba, en las primeras horas, el pulso y la canción.

La decadencia, ha dicho Franco, era enteramente una decadencia política. A su compás, lógicamente, podían ir todas las otras decadencias subalternas. Desde la económica a la decadencia puramente sensible y extrema de las maneras de decir o de estar en el mundo.

Por eso ha sido necesario evitar por nuestra parte todo pecado de asepsia, todo pecado de inhibición y de «real gana». Y ha sido necesario hacerlo porque la anticipación española, «los dieciocho años de adelanto», han llevado consigo una ineludible carga histórica de ascetismo. El Movimiento puede hoy ver, en sus

mismas sendas, hombres y naciones, que nada quisieron saber de nuestra radical seriedad de un día cuando advertíamos y señalábamos el destino del mundo. «No se pueden cerrar los ojos a ello —ha dicho Franco en Logroño—. Sabemos —añadió— que el comunismo fracasará sobre los mismos países que ocupa; pero, pese a su fracaso, servirá de barredera de los viejos sistemas y de todos sus vicios.»

Está claro, pues, que Francisco Franco ha querido, por principios de orden moral, dejar bien claro que el comunismo ha venido también a servir de barredera y que nosotros, tejiendo y sustancia de un Movimiento español y europeo, esto es, hispánico-cristiano, no podíamos asistir impasibles ante esa pugna histórica. Y no podíamos hacerlo porque de las tres tareas que se presentaban a España, una, la social, era comunicar a toda la vida española la fecundidad de una hermandad nueva. Franco ha señalado, en el orden de las realizaciones positivas, en qué consiste y en qué se basa esa comunidad de nueva existencia española. Será constituida, simplemente, por la trabazón de toda la comunidad española en el trabajo. Haciendo que éste, tarea y hombre, se identifiquen y se ennoblezcan siendo coparticipes en los beneficios. Siendo, en fin, la empresa, un lugar en el que se centren, con genial y cristiana figura, todos los elementos físicos y espirituales de un mundo nuevo. El de España.

EL ESPAÑOL



Presentamos las nuevas colecciones de gabardinas y trincheras para señoritas, caballeros, niñas y niños, con una amplitud de estilos, calidades y colores hasta la fecha inigualada

Para señorita, desde ... **575** ptas.

Para caballero, desde ... **850** »

Para niñas, talla 4 **286** » (aumentando 15 ptas. por talla.)

Para niños, talla 3 **260** » (aumentando 20 ptas.)

También «para todos» un gran surtido en impermeables de plástico, con costuras perfectamente galvanizadas

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

ENVIOS POR CORREO

TEATRO ESPAÑOL

COMPañIA TITULAR

Director:
JOSE TAMAYO

TODOS LOS DIAS
TARDE Y NOCHE

MARY
CARRILLO
GUILLERMO
MARIN
TARSILA
CRIADO
ANA MARIA
NOE
ANTONIO
ARMET
BERTA RIAZA
NURIA ESPERT

De nuevo triunfa
en Madrid esta
obra universal

¡El mayor éxito
mundial del teatro
católico!

Localidades con
cinco días de anti-
cipación

DIALOGOS DE CARMELITAS

De Bernanos. Traducidos por María Elena Ramos Mejía. Adaptados
por José María Pemán.

NAVARRA, SINTESIS DE ESPAÑA

ALIANZA ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

LA RIBERA, ES UNA DE LAS MEJORES ESTAMPAS DE NUESTRO CAMPO

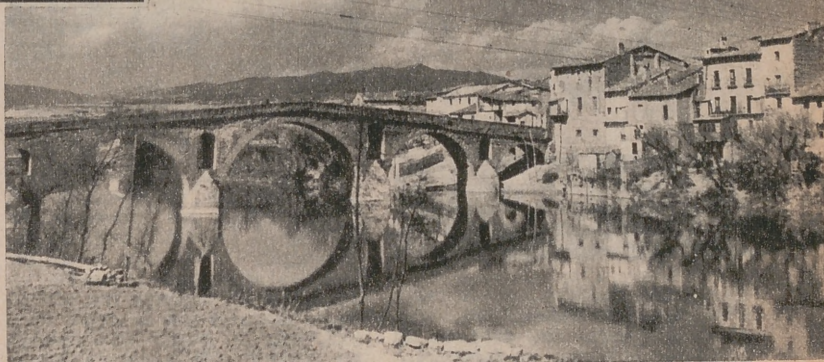
AQUI ESTA VIVA LA HISTORIA

VOLVIAMOS del Roncal, a pasar la noche en Pamplona, preguntándonos si en la visión simultánea del bosque, que bordea la carretera; los rebaños, cuya cañada corre a ratos paralela a ésta, y los letreros indicadores, que se encienden y brillan cuando los enfocan los faros del coche, no podría encerrarse una clave, y una de las más importantes, por cierto, de Navarra. Porque, para el caso, los árboles y ganados pueden muy bien simbolizar lo antiguo, y los tales brillantes letreros, lo moderno. Y el caso es que en Navarra se respira un perceptible clima de alianza entre el pasado y el presente, que toda ella vive bajo el signo de una continuidad histórica sin baches, sin lagunas; que es toda un puente, ancho y sólido, por el cual se pasa, sin necesidad de saltar sobre el abismo del tiempo, del triunfo remoto de Roncesvalles al triunfo reciente, de hace unos años, sobre los «maquis» que se filtraron desde la gentil y libertaria Francia; del arranque de Sancho VII el Fuerte en Las Navas de Tolosa, por el que incorpora al escudo de Navarra las cadenas que rodeaban la tienda de Mohamed, al arranque, a la gesta heroica del 18 de julio, que merece la orla envidiable de la Cruz Laureada de San Fernando para el mismo escudo.

LA RESURRECCION DE LOS MONUMENTOS

Por cualquier carretera, por cualquier ruta de Navarra, incluso por el camino que invente tu capricho, amigo, campo adelante, anda viva, está presente, la Historia. Aquí, sobre un montículo, será una ermita medieval; allí, sobre río, un puente romano; más allá, entre olivos y viñas, una vega verde que dió su nombre a una batalla de las guerras carlistas. Navarra, enamorada de su propia historia, que es un hermoso trozo de la Historia de España, la cuida con mimo, la conserva con respeto. Y por ello andan los navarros «resucitando los monumentos». Verás, amigo, qué quiero decir con esto.

Rueda el coche hacia Leyre. Vamos hoy acompañados por don José Esteban Uranga, secretario de la Institución «Príncipe de Viana». Uranga, que ahora nos muestra, a mano derecha, la mole aguda de la Higa de Mon real, es un hombre que resulta al principio algo desconcertante. Por su canas, por su presencia general se le pueden calcular



Una vista de Puente la Reina, ejemplo de pueblos nacidos al calor de las peregrinaciones a Santiago

bastantes años. Más de cincuenta, seguramente. Pero pasada la primera impresión, después de verle moverse, después de oírle hablar, hay que rectificar el cálculo. Tiene muchos menos.

Nos apeamos. A la derecha de la carretera el terreno se alza en un repecho. Viñas. A la izquierda descendiendo y forma una pequeña explanada. Uranga irradiaba vitalidad:

—Mire, aquí descubrimos los restos de una villa romana. Los mosaicos y los demás objetos aparecidos están en el Museo de Navarra. Fíjese, por el trazado de los muros se adivina la disposición de las habitaciones...

—No estaba mal escogido el sitio. Porque la vista de la Foz de Lumbier es hermosa. En esta parte tendrían seguramente una terraza.

Y Uranga avanza hacia un pequeño precipicio que corta la explanada. Le sigo con torpe paso de hombre ciudadano, lego en excavaciones y poco práctico en andanzas campestres. Frente a nosotros, la quebradura de la Foz, abierta, en forma de uve, hacia el cielo. A sus pies, por la parte más angosta, cruza entre las peñas el Irati y se remansa en una hoya que tiene, desde aquí arriba, el color verde turbio de una esmeralda sin pulir.

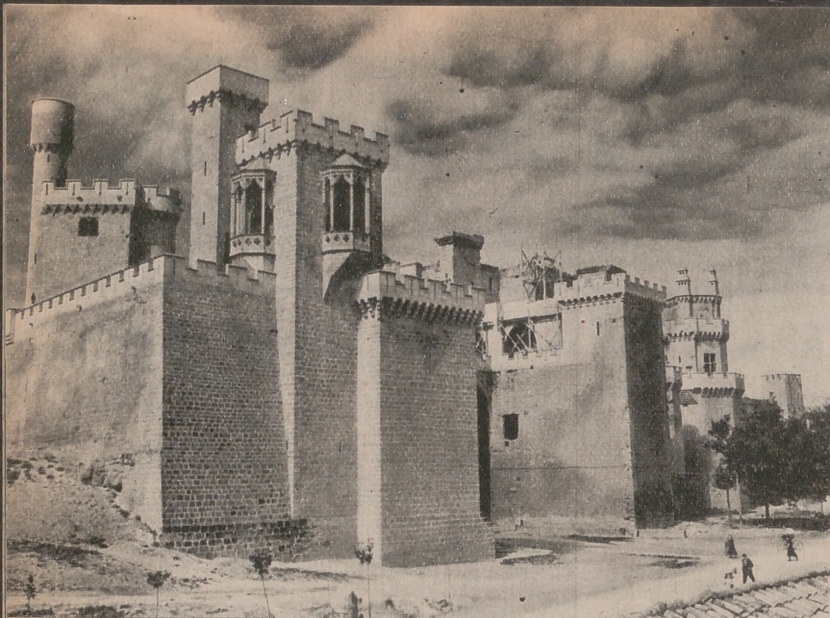
Volvemos al coche. Uranga, gran conocedor del arte y gran aficionado a la fotografía, tiene 14.000 clichés de los monumentos y paisajes navarros. De él son, en su mayoría, las fotos que ilustran estos reportajes.

Leyre es una sierra rematada por una cornisa de rocas vivas, rojizas cuando el sol clava en ellas sus rayos. grises en el atardecer, que se derrama en una caída acentuada sobre un valle abierto a las orillas del Aragón. A media ladera se alzan los muros nuevos del monasterio. Uranga esboza a grandes rasgos su historia:

—El monasterio de Leyre, cuna de Navarra e hito de la Reconquista, es un antiquísimo cenobio, cuyos orígenes, remotos, ignoramos. Cuando en el siglo IX lo visitó San Eulogio de Córdoba tenía ya una vida floreciente. Lo habitaron, sucesivamente, monjes mozarabes, cluniacenses y cistercienses. Corte y panteón real, fué el lugar desde el que se gobernó el Reino pirenaico en los momentos más difíciles, en los de mayor expansión árabe en España. Fué el lugar predilecto de Sancho III. La desamortización dió en tierra con él...

Y aquí, lector, el caso: el monasterio de Leyre está hoy restaurado. Este invierno reanudará su historia. Veinte benedictinos de Silos se instalarán en él, pues que benedictinos fueron sus últimos habitantes. ¿Cómo se ha restaurado? ¿Quién ha corrido con el gasto de la restauración?

El cómo, la forma, modo o técnica de esta restauración podría resumirse en dos palabras: «como estaba». Pero esto, tan breve y tan simple, significa algo mucho más complejo y largo. Significa, ni más ni menos, que todo esto: que se han respetado las líneas fundamentales de su estructura, de sus sucesivas estructuras más exactamente, porque tenía partes de distintos siglos; que donde había un grueso y macizo muro románico de piedra hay hoy uno idéntico en el espesor y el material; que al resto o desaparecido arco gótico ha sucedido un arco gótico idéntico en la gracia de la curva; que los plintos, los fustes, los capiteles de las columnas originales se han reproducido donde faltaban con una honradez y una fidelidad



El castillo-palacio de Olite, desmoronado por el tiempo, está siendo amorosamente reconstruido

dad, en la materia y en la talla, absolutas. En suma, todo rehecho sin trampa, sin mentira, sin molduras de yeso o falsas entrañas de ladrillo o de hormigón. Por eso decía que esto es, más que reconstruir, más que restaurar, «resucitar»

No todo estaba derruido; pero, aparte la cuenta del tiempo, las obras han importado 11.662.742,37 pesetas, a cargo del presupuesto de la Diputación Foral.

IDA Y VUELTA EN LA ALFOMBRA MÁGICA

Pues hay más. ¿Sabes, amigo, lo que podríamos ver ahora que andamos metidos de lleno en estas obras, si en una mágica alfombra voladora despegáramos de la ladera de Leyre para hacer un rápido viaje de ida y vuelta?

Veríamos, por toda la provincia, la misma estampa, realizada con la misma técnica. En Pamplona, las reparaciones de la catedral. Abajo, en Tudela, la reaparición de un claustro adosado a la iglesia. Arriba, en Sangüesa, la restauración completa de la iglesia de Santa María: románico jaqués del XII y nave cistercienses del XIII. Y entre ambas, las obras del monasterio de la Oliva, donde está establecida desde 1926 una Comunidad de cistercienses. Y subiendo, a la izquierda, Santa María de Ujué. Y cerca de Estella, los monasterios de Irache y de Iranzu. Y..., ¿para qué seguir?

Solamente, antes de volver a Leyre después de esta escapada, tres detalles: Eunate. Puente la Reina e Iranzu.

Eunate, a pocos kilómetros de Pamplona, en la carretera que lleva a Zaragoza, porque es una joya. Una ermita románica, tallada sobre una planta octogonal, aislada en pleno campo, rodeada de una arquería —claustro sin cubrir— que se eleva sobre la base, también octogonal. de unas alineaciones de toscos sarcófagos de piedra.

El mayor encanto de Eunate es que desde ningún punto de vista ofrece una cara dibujada con arreglo a una geometría per-

fecta. Que lo es en conjunto, pero no en los detalles. Ni son iguales todos sus lados ni los nervios de sección cuadrada que convergen en la clave de su bóveda se ajustan a la misma inclinación. Ni siquiera me atrevería a asegurar que la clave coincide con el punto que debiera ser el centro de la cúpula. Eunate es lo contrario de todo artificio. Es espontaneidad.

Puente la Reina, en el camino hacia Estella, porque se podría seleccionar como ejemplo de pueblos nacidos al calor de la peregrinación a Santiago. En ella se unían las dos rutas: el camino de Roncesvalles y que pasaba por Canfranc y Jaca. Todo el pueblo se orienta sobre un eje: una calle mayor, que lo cruza de punta a punta, y de la que parten, como las espinas de una raspa de pescado, como las costillas de la columna vertebral, las demás calles. En Puente la Reina, como en cualquier pueblo de Navarra, han resucitado las piedras muertas de una iglesia de dos naves, una románica y otra gótica, que guarda un ejemplar de crucifijo único en España: un Cristo cuyos brazos, anticipándose a la perspectiva del cuadro de Dalí, se alzan, sin atender a la tradicional horizontal, de la cruz, en forma de uve.

Por último, cerca de Estella, oculto en un círculo de montañas, el monasterio de Iranzu: en 1943, un montón de piedras; en 1954, un monumento vivo, en el que tienen establecida los padres teatinos una casa de formación.

Aquí, en Iranzu, que por eso nos hemos acercado a echar una mirada a las obras, en unas estancias alargadas suenan golpes de martillos y cincelos que labran bloques de piedra. He aquí un taller de canteros que trabajan con la misma técnica de aquellos antecesores suyos, de cuyas manos salieron los gruesos muros y las firmes bóvedas primitivas en los siglos XII y XIII. Y los finos tallos de las esbeltas columnas y el calado encaje de las arcadas de un luminoso claustro gótico. Nada de cemento, nada de piedra artificial. La misma cantera que suministró los materiales entonces y el mismo seguro y directo golpe de martillo para descubrir esa ta-

lla que llevan oculta todas las piedras.

Volvamos a Leyre.

EL VALLE SERA LAGO

Desde las ventanas de las celdas, aún sin amueblar, del monasterio de Leyre se divisa, al pie de la montaña, el valle. Ahora, en esta mañana clara de otoño, es todo él cerros de parda tierra labrada en rectángulos salpicados de plantas de huerta, piezas en las que brilla el último destello dorado de los trigales segados. Y abriéndose paso por el tapiz multicolor, la cinta inmóvil y brillante del río. Desde esta ventana, desde esta blanca celda, verá uno cualquiera de los veinte benedictinos la inundación progresiva del valle. Verá, a partir de una mañana que no puedo precisar, crecer, metro a metro el nivel de las aguas. Verán cómo día a día cambia el cuadro, cómo el valle va desapareciendo bajo la tersa superficie azul de un lago que formará en combinación con las crestas de Leyre, la estampa clásica de un paisaje suizo.

Porque ya al pie de la sierra, en Yesa, bajo el monasterio, y casi podría decir que a tiro de piedra, se alza la estructura geométrica de una presa y se abren las bocas redondas del aliviadero de un pantano: el pantano de Yesa, que embalsará 470 millones de metros cúbicos de las aguas del río Aragón.

Las obras no están todavía terminadas. Quedan aún unos años, pocos desde luego, durante los cuales seguirán subiendo vacías y bajando cargadas de piedra las vagonetas de un funicular cuyos cables paralelos se pierden y vuelven a aparecer entre las ramas altas de los pinos. Unos años más hasta que del pequeño caos de hormigoneras, tierras residuales, polvo de cemento, encofrados y camionetas quede sólo el juego limpio de la presa y el río. Juego del que van a beneficiarse dos provincias, Navarra y Zaragoza. Las dos mismas provincias entre las que, de Yesa a Tiermas, extenderá sus aguas quietas el lago.

El proyecto total de las obras incluye, además, un canal de 140 kilómetros que permitirá el riego de 132.000 hectáreas. Parte de ellas de tierra navarra, parte aragonesas. La producción media anual de energía que se calcula al pantano de Yesa, alcanza la cifra de 200 millones de kilovatios hora.

Utilizando una expresión cinematográfica: una extraordinaria realización de la Confederación Hidrográfica del Ebro, producida por cuenta del Estado español.

Atravesando la entraña de algunos montes, deslizándose bajo el cielo abierto, el agua del pantano de Yesa llegará a Las Bardenas, de las que toma el nombre del canal y de las que ya hemos hablado cuando decidimos empezar este reportaje por «lo peor». A este benéfico riego de las tierras secas de Las Bardenas habrá que añadir en su día la aportación del pantano de Garinain.

Antes de abandonar Leyre y Yesa, mientras contemplamos por última vez las casas del pue-

blo, los edificios de las oficinas de los ingenieros pegados al pantano—en los que trabaja por cierto un ingeniero que fué extraordinario futbolista, René Petit—, el grupo de blancas casitas construidas para los obreros, y arriba, en lo alto, el monasterio, ¿recuerdas, amigo, lo que te decía sobre la conjunción del pasado y el presente, de lo antiguo y lo moderno en Navarra? Mira aquí juntos, contruidos quizá con la piedra de la misma cantera, un monasterio y un pantano.

OLITE Y LA CLARIDAD

En camino otra vez, vamos ahora para el Sur. Hacia Tudela, capital de la Ribera. A otras tierras, tierras bajas, donde uno de los motivos constantes del paisaje navarro, la montaña, si no desaparece del todo, descien- de, al menos, a la más suave categoría de montículo, de altozано.

Desde luego, todas las impresiones recogidas al rodar rápido de un automóvil están, naturalmente, más apoyadas en la sensibilidad que en la meditación. Pero, de todos modos, tienen un valor, aunque éste sea relativo. Digo esto, porque se ha escrito que Navarra no tiene colores, que predominan en ella las tonalidades grises. Algo, en fin, que nos lleva a imaginar una tierra húmeda y triste, deslucida y callada. Y yo no la he visto ni la he sentido así. De Norte a Sur, de Este a Oeste, predomina en toda ella una particular claridad. Que no está, a mi modo de ver, en sus cielos, antes nubosos que despejados; ni en sus pueblos, que tienen más de la solemnidad de la piedra que de la alegría deslumbrante de la cal; ni en su suelo, más aficionado a la barreira montañosa que al paso franco del llano. Pero que está, en algún modo, en todo ello, que se deduce del conjunto. Puede que sea porque, en realidad, el cielo no esté siempre ni tan oscuro, ni tan nublado, ni con nubes tan bajas como lo pintan. Porque tenga bastantes más matices y claros tonos castellanos de lo que parece. Quizá, porque el campo, bueno en general y bien cuidado, se muestra amigo del hom-

bre. Porque la montaña, tan frecuente, tan metida siempre en las villas—¡esa peña que se inclina sobre la rúa estellesa!, ¡ese monte de San Cristóbal, asomado a Pamplona!—, ha adquirido una cierta fisonomía ciudadana. ¿Es porque todo, cosas y personas, se presentan limpio, sin sudor y sin polvo, en esta tierra? Pasada Tafalla, dejada atrás la hermosa y serena armonía de los soportales de su plaza—rota sólo por una fuente y no sé qué monolito que se juntan para desgracia de la estética en un extremo—, aparece, en medio de una llana y amplia alfombra verde de viñas, Olite. Un trozo de parda muralla romana, un conjunto de casas que, en su mayor parte, están contruidas con unas piedras doradas, amarillentas, meladas. Piedras cogidas, según parece, de una fácil cantera: el castillo, desmoronado por el tiempo y por la mano de los hombres, que hoy está, casi todo él resucitado por la misma mano y con la misma mano y con la misma técnica estupenda que ya conocemos.

Pues bien; ante el castillo de Olite, y más, desde él, en sus torreones, en sus miradores, en sus recintos, se siente perceptiblemente que Navarra tiene sus colores, que toda está disuelta en una especial claridad, que no es, ni mucho menos, ni triste, ni gris. Olite lo explica bien: es, al mismo tiempo, castillo y palacio; tiene, a la par, la dureza del románico y la esbelta condición del gótico; encerraba fieras en mazmorras bajas y jardines en patios elevados. Olite es un castillo «claro». Un castillo-palacio de película en colores.

Al hablar de Vasconia dice Azorín: «el paisaje somos nosotros; es nuestro espíritu...». ¿Resulta Navarra clara y luminosa, a su modo, por el carácter de sus gentes? Puede que sí. Por todos los pueblos se ven muchos balcones adornados con tiestos de flores. En el mismo Pamplona hay muchas fachadas; por ejemplo, una, la plaza donde está situada la Cámara de Comptos, junto al palacio de ladrillo rojo de los Escudero, tan cuajada de tiestos, tan conqueta, tan pintada del colorido de las

flores, que resulta «digna de ser morena y sevillana». Y lo mismo en Estella, o en Tudela, o en cualquier otro sitio. Aunque sea una moda reciente, el que haya tenido tanta aceptación signifi- ca mucho.

Y TUDELA, SU MEJANA

La entrada a Tudela, bastante antes de cruzar el puente sobre el Ebro, a cuyo abrigo creció la ciudad, ofrece un compendio perfecto y completo de la Ribera. Pasados los términos de Marcilla—donde ya no queda rastro visible de la experiencia petrolera—y Caparros—hasta el que llega una punta de Las Bardenas—, se atraviesan unos kilómetros, antes de Valtierra, que podrían ser un trozo cualquiera de cualquier provincia castellana. Cielo alto. Tierra parda. Campos de cereal. Algunos olivos. Aire seco. Y en seguida, descendiendo un repecho, ante Valtierra y Arguedas, se abre el ancho panorama llano de los regadíos ribereños. Todos los infinitos tonos verdes de la huerta, todos los productos hortelanos. Árboles frutales, chopos lombardos. La unión de las dos bendiciones del campo: el sol y el agua.

No es extraño que los árabes, los grandes hortelanos del medievo, se afincaran en estas tierras, enamorados de su fértil suelo. Pero no sería verdadero, ni justo, atribuir toda la riqueza de la Ribera a sólo la doble condición privilegiada de su situación, cabe el río, y su clima. Hay siempre una diferencia notable entre el campo que únicamente recibe los dones mejores de la naturaleza y el que cuenta, además, con el cuidado amoroso y experto del buen labrador. ¡Y qué requetebién está cultivado, amigo, este campo!

Como para reforzar el dicho de la «Andalucía navarra» se suceden dos pinceladas del Sur en las proximidades de Tudela. Son los toros bravos pastando al sol y las plantaciones de arroz—que ahora se extienden también por Andalucía—. Las dos juntas en el campo de Traslapiente. Enfrente, pasado el Ebro, el cogollo de la Ribera: la Mejana. Esa isleta que la jota navarra—hija directa de la aragonesa, de me-

Vista parcial de la Mejana de Tudela, el cogollo de la Ribera





La siega del arroz en los campos tudelanos. Estas tierras salitrosas antes no daban nada

lodia más amplia, si bien menos vibrante—empareja con las cadenas:

Navarra tiene cadenas y Tudela su Mejana...

En el último kilómetro, antes de saltar el Ebro famoso, la carretera se engalana, se pone «maja», con unos altos setos verdes que corren a todo lo largo de sus dos cunetas. Dos mozos bien plantados, morenos—¡de la Ribera, señor!—andan dándoles forma a golpe de grandes tijeras jardineras.

Cobijada al abrigo del cerro de Santa Bárbara, Tudela conserva un marcado ambiente moruno en sus barrios más antiguos. Calles estrechas, de trazado irregular, sobre las que se tocan casi los aleros de los tejados, que suben y bajan, que se pierden en plazuelas, que se terminan de pronto taponadas por una casa. Calles que podrían muy bien ser de Córdoba, si en Córdoba colgaran de los balcones ristras de pimientos colorados.

Después de comer, sentado en el café Amaya, bajo el toldo que protege las mesas del sol picante que inunda la plaza Mayor, asisto a una de las escenas mejores que pueda ofrecer un pueblo español.

Las mesas del café llenas de hombres de aspecto sano, con color de campesinos bien nutridos, juegan su partida de mus o de chamelo. Sobre el fuego graneado de los «¡Envido!» y los «¡Pa-

res, sí!», sobre el chasquido seco de las fichas que aterrizan con violencia alegre sobre el mármol, flotan y llegan ráfagas de frases:

—El arroz no se va a dar bien este año... Cosa de los últimos fríos.

—Ya vendrá mejor el que viene. Cuando yo era joven esas tierras salitrosas no daban nada.

Terminada la partida, o el café y la copa, se levantan con calma, pagan y se van cada uno a su trabajo. Y mientras, por la plaza, rodeando el quiosco de música, perfilando su rara silueta sobre un fondo de soportales, pasan rojos, amarillos, marrones, los tractores. Solos o arrastrando su remolque correspondiente. Pero no uno o dos. Diez o doce, en media hora.

—No se sorprenda—me aconseja el camarero—. En Navarra siempre hubo mucha y buena maquinaria agrícola. Claro que ahora hay mucha más. Aquí las mulas, prácticamente, han pasado a la historia.

El «limpia», que quiere aportar algo al reportaje, añade:

—¡Y con lo que es aquí la gente! Aunque no lo crea, vienen a tomar café en el tractor.

Desde luego, apenas he visto caballerías. El clima indica el reinado del tractor. Y creo muy capaces a los de la Ribera, y no me parece mal, no sólo de pararse a tomar café, cuando van con el tractor al campo, sino de

sacarlo los domingos para presumir con la novia. Que «no hay quien pueda...»

Regadio, buen nivel de vida, gente alegre, caras sanas, tractores. La Ribera es una de las mejores estampas del campo español.

**NI CAFETERIAS, NI BO-
LERAS. — LA MISA EN
SAN NICOLAS**

Del hotel «Maisonave» a la plaza del Castillo habrá menos de veinte pasos. Se puede, pues, con toda comodidad, tomar el café al aire libre, en cualquier bar de la plaza, si el tiempo lo permite. Sentado, por ejemplo, en la terraza del Choko. A esta hora, sobre las diez de la mañana de un domingo, se ve poca gente. Unas viejecitas enlutadas que, velo negro sobre el pelo blanco y misal de canto rojo en la mano pálida y arrugada, vienen de oír esa misa temprana a la que acuden siempre los ancianos. Unos hombres, también de edad avanzada, que con gesto paisado y serio, boina negra, traje oscuro y camisa blanca, pasan hablando con calma—¿de qué episodio guerrero, de qué rey, de qué santo, de qué leyenda de Navarra?—camino de la santa misa. Todos, ellas que vuelven, ellos que van, limpios, erguidos pese a los años, escuetos de carnes. Viejos pulcros y sanos. «Viejos-jóvenes» que, por muchos conceptos consuelan del pensamiento desagradable de la propia futura vejez.

Aparte de ellos, casi nadie más. Algún hombre que solo o con algún amigo, toma también café y tiende un pie hacia el limpiabotas, mientras lee el periódico. Trabo con uno de ellos una de esas conversaciones de circunstancias que nacen «al calor»—esta vez con toda exactitud—de una cerilla. Porque yo tenía «lumbre» y no he visto en Navarra, pese a su auge general, ninguno de esos dos signos de la vida callejera de nuestro tiempo: las cafeterías y las boleras americanas.

—No. En Navarra no parece que tengan éxito. Que yo sepa, solamente una bolera se defiende: la de Julián Marín, en Tudela. Claro, que Julián es muy emprendedor. ¿Sabe usted que, según dicen, ha toreado búfalos en África y ha vendido a los negros trajes de luces?

—No; pero no me extraña. Siendo de la Ribera... ¡cualquier cosa!

El sonríe. Debe ser ribereño. Y tampoco le debe parecer mal el triunfo de la españolísima taberna, de la españolísima casa de comidas sobre la «cafetería». Mesa particular y silla, mejor que barna taburete; platos sólidos de apellido limpio—«al pan, pan, y al vino, vino»—mejor que esos híbridos combinados en los que sólo van de acuerdo, por lo visto, las vitaminas, sin que nadie sepa dónde acaba el huevo frito, empiezan los espárragos, sigue la carne y termina la tarta de manzana. Comer, en Navarra y en otras regiones españolas, es un rito. ¡Y menudos son aquí para las heterodoxias!

Por nuestro enviado especial,
Diego JALON
(Continuará.)



Vegetación tropical en las huertas próximas al río Ebro en Tudela, la Andalucía navarra

Club **FUNDADOR** *Domeca*



Al comprar **FUNDADOR** pida el

SOBRE SORPRESA

100.000 premios de entrega inmediata

VUELVE EL EJERCITO ALEMAN

DE PAIS VENCIDO A PAIS ALIADO

Francia quiere a toda costa limitar el rearme germano

A Rusia no le agradan los acuerdos de Londres y trata por todos los medios de sabotearlos

QUIZA sea Alemania, con España, el país en el que el Ejército ha influido más en la vida nacional y ha contribuido también más decisivamente en la realización o consolidamiento de la unidad nacional. Pero no pretendemos aquí abordar semejante tema. Nos basta y nos interesa, sobre todo, de momento, referirnos al tradicional papel que Alemania ha desempeñado, como potencia militar, en el transcurso de la Historia. No hay sino mirar al mapa. Ocupa el país germano la gran llanura centro-europea que comunica el Oriente con el Occidente. Destruído el baluarte polaco, Rusia ha pasado así a ser potencia fronteriza con el oeste de Europa, sencillamente porque Alemania había sido pulverizada, repartida y desmilitarizada. Realmente, no se comprende cómo la diplomacia y la política internacional ha culminado tan desatinado estado de cosas. Solamente una ignorancia supina o un sentimiento interno más afín con Oriente que con Occidente, podrían explicar semejante absurdo suicidio, si no aceptáramos la hipótesis, en parte muy admisible, aunque sea muy lamentable, de la inconsciencia de los estadistas rectores de la política mundial en los últimos diez años. Alemania cumple, sin duda, una función estrictamente fundamental estando donde está y manteniéndose fuerte y unida. Quien escribe no pretende, ni le interesa, naturalmente, justificar lo que pudiera haber de desafuero en la política pasada de este país. Dice y sostiene, simplemente, que importa al mundo occidental la existencia y la presencia de una Alemania, dueña de sí misma y potente a la vez, que se interponga entre la Europa eslava y la latinosajo-

Hace muchísimos años se creó en Lippstadt (Hamburgo) un círculo de artilleros. La posguerra de 1919, la segunda guerra mundial y la nueva posguerra no han modificado el letrero del centro, que permanece como el primer día

na. En todo caso—nadie lo dude y la Historia lo comprueba—Alemania estará siempre más cerca del Occidente que del Oriente, aunque en lo geográfico sea intermedia y equidistante. Pero el pueblo germano es un pueblo occidental por su Historia, por su civilización y por sus intereses. He aquí lo que no tiene duda.

Sin embargo, el mundo occidental no ha entendido exactamente así las cosas siempre. Y con frecuencia en el pasado ha sido tan injusto como despiadado con el país alemán. Los errores de éste, que sin duda los ha tenido, han sido sancionados con errores más groseros aún del Occidente. Y aquí—discúlpennos el lector—debemos de entrar un poco en el campo de la Historia. No será en balde. Ella podrá explicarnos muchas cosas

LA REGENERACION DE PRUSIA

No vamos a remontarnos más allá del siglo pasado. Tenemos que referirnos a los comienzos, en efecto, de la última centuria. Europa arde en guerras, a la sazón, para contener la ambición sin límites de Napoleón. Estamos en 1806. Esto es a casi siglo y medio de nuestros días. Pitt muere en Inglaterra y le reemplaza Fox. También allá entonces como ahora se piensa en la

ventaja posible de una aproximación a Rusia. A la muerte de Fox la cuarta coalición contra Francia está en marcha. El Occidente la engendra contando con la colaboración inglesa, austriaca y prusiana. Rusia es su gran aliado oriental. Napoleón parte como un rayo para el teatro de operaciones. En Polonia desbarata a los enemigos en los campos de Eylau y de Friedland. En Sajonia derrota, igualmente, a los prusianos en Jena y en Auestadt. Con los rusos Napoleón trata en Tilsit. Se pretende distribuir a Europa en dos zonas de influencia como ahora diríamos. Prusia, aplastada, incuestionablemente también debe de sufrir el rigor del nuevo Brenno. Otra vez es el «¡ay de los vencidos!». Francia no tolera que Prusia pueda tener un Ejército de más de 42.000 hombres. Un Ejército tal jamás podría ser un peligro, ni siquiera una amenaza, para Napoleón, diestro en el manejo de efectivos que superan, ya, con mucho, los cien mil hombres.

Sigue la Historia. Es derrotado Napoleón en la Península. He aquí lo que llaman los franceses «l'aventure espagnole». Cinco años de batallar sin descanso, desde Bailén, a Vitoria y Tolosa. Pero volvamos a Alemania. En las nuevas luchas Napoleón sufrirá allí la derrota terrible de Leipzig; la famosa Batalla de las Naciones. Sigue luego la campaña de Francia de 1814. Es el primer hundimiento del Imperio. Luego son los Cien Días. Y, por último, nuevamente la guerra y el definitivo Waterloo. Napoleón se enfrenta con los ingleses de We-



llington. Se batalla sobre la meta de Mont Saint Jean, sobre el camino de Bruselas. Los soldados de Reille y de Drouot D'Erlon, están desplegados mientras que la Guardia del Emperador, permanece inicialmente en reserva. Ney manda sus famosos 10.000 jinetes «el mar de acero». La batalla se libra indecisa. Si acaso promete una victoria final napoleónica. Pero todo deberá decidirlo el Ejército prusiano que llega con Blucher. Napoleón derrotado así va a ser conducido pronto por los ingleses a Santa Elena.

Aquella victoria del 18 de junio de 1815 había tenido, bien se comprende, una gestación oculta. Tal fué la «regeneration» de Prusia. Tras de Tilsit y de Jena, Prusia eligió un buen equipo de estadistas. Stein, en primer término, procedente de la pequeña nobleza, activo y energético. Hardenberg, diplomático, sutil y flexible. Y sobre todo Scharnhorst, militar organizador y concienzudo. Los 42.000 soldados se conservaron por todo Ejército conforme a lo pactado, sin rebasar la cifra nunca. Sólo que, periódicamente se reemplazaban. Y así surgieron cientos de miles de hombres instruidos y aptos para batirse cuando fuera metester. De modo tan original como sencillo, Prusia, sin burlar lo tratado, lo eludió y organizó la defensa nacional, instaurando en el mundo el principio del servicio militar obligatorio.

Cuando Blucher decidió la batalla, en Waterloo, tenía el mariscal—el famoso «mariscal Vorwaerts», ¡el «mariscal Adelantado!»—más de setenta años. La nueva máquina militar prusiana se había probado antes, es verdad, en Lutzen, en Bautzen y en Leipzig. Pero en Waterloo su triunfo fué resonante y definitivo. El Imperio napoleónico había acabado.

UN MILITAR GENIAL: VON SEECK

En 1918 el Ejército alemán no podía continuar la resistencia. Alemania llevaba cuatro años batiéndose contra el mundo. Es verdad que se había logrado un éxito polícomilitar frente a Rusia, pero con todo la presión de los Ejércitos aliados en el occidente y el sureste de Europa, eran agobiantes. Se optó, en fin, por elegir «un fin horrible a un horrible fin». Y llegó el armisticio y la paz con el Tratado de Versalles. El famoso «dictak» a decir de los alemanes, engendro de un nuevo conflicto. Porque, en efecto, la guerra surge con frecuencia de los errores acumulados en los tratados de paz. He aquí una paradoja de exacto rigorismo histórico.

Llegada la paz, los aliados, conducidos principalmente entonces por Francia decidieron una serie de medidas drásticas para anular, de raíz, el potencial bélico alemán. No se aceptó para Alemania un Ejército superior en un hombre de los 100.000. Se repetía así la exigencia de antaño. Sólo que esta vez, para evitar que un nuevo Scharnhorst hiciera pasar por las filas del Ejército germánico sucesivos contingentes, se especificó de modo concluyente que esos 100.000 hombres no deberían



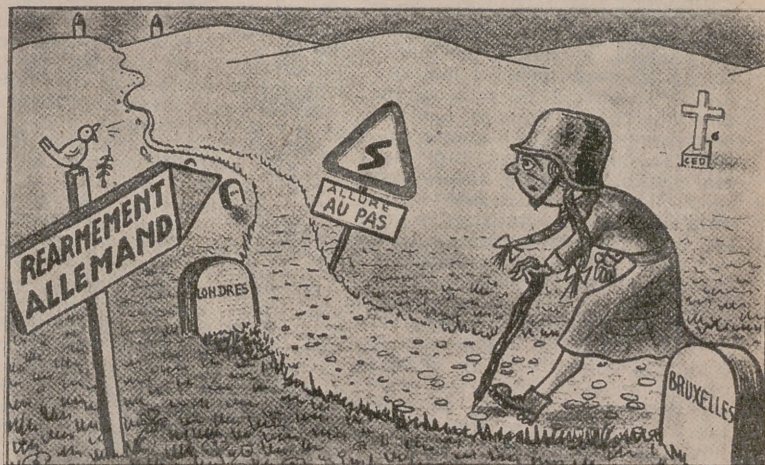
permanecer en filas menos de doce años. Y aun para los oficiales se exigió que este tiempo se aumentara hasta veintidós. Estos oficiales, digámoslo aquí, no podrían, por otra parte, ser más de 4.000 y siempre incluyendo esta cifra en el total autorizado de los 100.000 hombres.

Esta vez Alemania requirió los servicios de otro nuevo militar genial. Fué Von Seeck quien debería de hacer ahora el nuevo milagro. Y lo hizo. Pero antes de explicar cómo, digamos que los 100.000 hombres del Tratado de Versalles se autorizaba fueran encuadrados en siete divisiones de Infantería y en tres divisiones de Caballería. En total estas tropas integraron 21 regimientos de Infantería; más otros tantos batallones, que sirvieron de instrucción y de nuevos encuadramientos de 18 regimientos de Caballería, más siete escuadrones independientes y siete regimientos de Artillería, más otros siete batallones igualmente de instrucción de esta arma.

Pero a Alemania se la obligaba entonces a limitarse a estos efectivos y a excluir de sus armamentos los carros de combate, la artillería superior al calibre de 105,

Los componentes de una unidad armada para servicio de vigilancia de fronteras, alemanes, consultan los planos antes de iniciar unas operaciones de maniobras. Pronto serán soldados del nuevo Ejército germano.

la Aviación, la Artillería anti-aérea, las caretas antigás, los sumergibles, los gases y los buques de más de 10.000 toneladas. Fué así—digámoslo de paso—cómo la técnica alemana inventó aquellos curiosos «acorazados de bolsillo». Las costas y fronteras fueron, a su vez, desmilitarizadas. Se dispuso lo preciso para evitar una movilización industrial y se impidieron, en consecuencia, la fabricación de armas a los alemanes. Andando el tiempo resultó que éstos lograron patentes y facilidades para fabricar armas en países extranjeros, como Suiza y Suecia, y desde luego, en Rusia. Los resultados de aquella medida de prohibición luego se vieron claras. La producción militar soviética, singularmente en lo que se refiere a carros, aviación, artillería y transmisiones, así como submarinos, permitió a Moscú



Caricatura publicada en la revista francesa «Pour Tous»

avanzar rápidamente en el camino de la eficiencia militar del Ejército rojo. ¡De aquellos polvos, vienen estos lodos de ahora!...

Mientras tanto, en Alemania, un general francés, Nollet, escudriñaba sigilosamente la existencia de arsenales ocultos y descubrió 2.700.000 fusiles, 160.000 ametralladoras, 35.000 cañones y 9.000 aviones. Alemania había quedado de este modo reducida a la impotencia. Pero aquí entra en escena el genio de Von Seeck. El general instruye al Ejército de los 100.000 hombres hasta convertirle en un Ejército original de 100.000 oficiales. Tal fué el gran milagro. Lo demás vendría luego. Los reglamentos de instrucción dados por el general a aquel singular Ejército ya lo explicaba; no eran reglamentos para las armas en uso—las limitadas por el Tratado de Versalles—, eran para el empleo de las armas nuevas; las que Alemania tendría, sin duda, un día. Tampoco se trataba de organizar un Ejército de 100.000 soldados, sino de preparar el encuadramiento de un Ejército mucho mayor, tan grande como las posibilidades demográficas de Alemania le permitieran. En 1924 el original Ejército de los 100.000 hombres se había convertido ya—apenas en seis años—en otro de 4.000 oficiales (la cifra no podía excederse), 22.000 suboficiales, 30.000 cabos y sólo 44.000 soldados. Von Seeck hizo crear las llamadas «compañías de tradición» que so pretexto de continuar cada una la historia de un Cuerpo, en realidad constituían núcleos para restaurar los antiguos regimientos. Había que pensar en encuadrar, en efecto, la masa enorme de la potencialidad demográfica germana; más de 3.200.000 jóvenes, comprendidos entre los veinte y veinticinco años, y de 13.100.000 movilizables, entre los veinte años citados y los cuarenta y cinco, de los que se dispondría al estallar la guerra última. En realidad, sin embargo, la movilización general alemana había previsto movilizar hasta la edad de los sesenta años.

El 17 de marzo de 1935 Hitler organizó una gran parada militar en Berlín, al mismo tiempo que declaraba al mundo la voluntad germana de armarse. Y el mundo aceptó la declaración. Como al fin debe de aceptar ahora también el rearme germánico. La primera organización alemana de preguerra comprendía diez Cuerpos de Ejército, que sucesivamente fueron aumentando. Cuando la última gran guerra estalló, Alemania dispuso así inicialmente de 54 divisiones de Infantería y seis blindadas, y pudo, poco después, constituir hasta cinco ejércitos en campaña, con 18 cuerpos de ejército. Durante aquella contienda Alemania llegó a disponer hasta de 300 divisiones. El mundo entero coaligado contra ella, ex aliados propios incluidos, tardó seis años en vencerla. La obra de Von Seeck se había acreditado de sólida. Lástima que Hitler se precipitara a hacer un inadecuado uso de la misma.

VOS Y DE MEDIOS EN EL NUEVO EJERCITO ALEMAN

Esta vez —esto es tras de la última gran guerra— las cosas han ocurrido de manera en cierto modo semejante a 1806 y 1918. Tan parecido todo que no ha faltado entre las requisitorias francesas la exigencia de impedir el renacimiento, del mismo modo que antaño, del Estado Mayor alemán. He aquí un enemigo invisible para los profanos, y en el fondo, en efecto el factor más decisivo de la potencialidad bélica alemana de siempre. Los grandes genios militares germánicos fueron siempre gentes de Estado Mayor. Grandes organizadores o planificadores, como diríamos ahora. Técnicos y directores, laboriosos y estudiosos. Los propios generales alemanes fueron habitualmente conductores de este tipo. Como Moltke, por ejemplo. Como el malogrado von Schlieffen. Como Ludendorff, que inició la guerra en 1914, sirviendo como Jefe de Estado Mayor del veterano y glorioso Hidenburg. Como los más destacados generales de la última guerra, en la que, no obstante la intervención directa y exclusivista del Führer, podría ocultar a simple vista esta evidente realidad.

Las exigencias que ahora se imponen al Ejército alemán son las mismas, poco más o menos, de antaño. Limitación de efectivos, como en 1806 y 1918. Limitación de medios, como en el «dic-tak» de Versalles. He aquí, en efecto, lo que resultará de los acuerdos de Londres, cuando los Parlamentos occidentales ratifiquen totalmente aquellos. Limitación de efectivos. Esta vez no serán los 42.000 de 1806; ni siquiera los 100.000 de 1918, sino serán 500.000. Pero hay algo que objetar a este límite realmente chocante. Antaño, después de Jena y tras los desastres del diez y ocho, Alemania era sólo un país vencido. Ahora es un país aliado. Y he aquí la originalidad. Nadie comprende cómo a un país amigo y aliado se le pueden poner limitaciones en su eficiencia bélica. He aquí, en efecto, lo que no puede ser concebible. Más todavía, puestos en el trance de discriminar, de aquella cifra se reservan para el Ejército 400.000 hombres. Calculan los alemanes que los reemplazos actuales permiten mantener aquel efectivo sin más que tener dos contingentes en filas y sostener un 35 por 100 de los efectivos con carácter voluntario y permanente. Estos soldados de oficio—más de 100.000 hombres—son, sin duda, la base de los futuros cuadros y de los especialistas, que permitirán más amplios desdoblamientos si la guerra llegara.

Con esos 400.000 hombres las potencias occidentales tolerarán, para contentar a Francia, que Alemania organice doce divisiones. Y aquí conviene una observación; estas doce divisiones las prevén en Bonn de choque y deberán distribuirse así: cuatro divisiones de Infantería; dos mecanizadas y seis blindadas. Un Ejército moderno y fuerte, superior, por sí mismo, al de las otras potencias europeas y continentales de la N. A. T. O. Pero hay más: organizadas esas doce divisiones, con un

cada una, según se ha previsto apenas suman 156.000 soldados. Hasta los 400.000 faltan 214.000. Y justamente con estos contingentes Alemania occidental va a organizar unidades de instrucción, como antaño hiciera Von Seeck, para equipar, en su día, nuevas divisiones y constituir, en pleno tiempo de paz, los efectivos equivalentes a otras doce divisiones más.

Las divisiones de Infantería, tendrán cada una, un regimiento de carros, como suele admitirse hoy en los grandes Ejércitos. Las divisiones blindadas tendrán, en cambio, cuatro, con un total de un cuarto de millar de estos vehículos armados. Alemania, pues, podrá tener esta vez carros. Pero no podrá, paradójicamente, construirlos, como no podrá construir tampoco artillería de gran calibre, ni aviones, ni armas bacteriológicas. ¡Aunque Rusia las construya y las tenga!

La aviación será esta vez un arma alemana. Podrá disponer el Gobierno de Bonn de un Ejército aéreo de 1.300 aparatos, en total diez escuadras de cazabombarderos; seis, de caza; dos, de reconocimiento; dos, de transporte y el resto de instrucción.

En lo que respecta a la Marina esta vez los occidentales se muestran mucho más severos, con los germanos que en 1918. Cosa que aun se comprende menos. No ya barcos de 10.000 toneladas; sólo esta vez podrán tenerlos de 3.000 como máximo; esto es, destructores, torpederos, fragatas y corbetas y dragaminas y minadores. Es verdad que ahora se exceptúa la regla y Alemania podrá tener submarinos. Pero sólo de 350 toneladas. En definitiva, no dispondrá más que de una flota costera.

Y para que nadie se alarme tampoco esa vez Alemania podrá tener Estado Mayor. Se pasa por tolerar que tenga carros y aviones, pero hay oposición terminante a que tenga Estado Mayor. Jamás se ha podido hacer mayor elogio, sin duda, de la «Kriegsacademie» de Berlín. El nuevo Ejército de Alemania occidental se encuadrará a las órdenes del general inglés Montgomery y del general del teatro occidental europeo Juin. Este general francés queda así como jefe del frente en el que Alemania alineará sus nuevos soldados. Y curiosa cosa, Juin fué antaño un derrotado alemán. Mandaba este general francés la 15 división, junto a los generales Mellier, comandante en jefe de la marroquí; Dame, de la segunda norteafricana; Musse, de la cuarta, y Mounié, de la 25, cuando el desastre de Dunquerque. Todos ellos hubieron de rendirse y todos ellos, Juin incluido, pasaron a Alemania entonces en calidad de prisioneros. Ahora éste se constituye así en jefe supremo de los que entonces le derrotaran y apresaran. Sin duda, la vida es una paradójica lección de alternativas, aunque pocas, quizá tan sorprendentes como esta que anotamos a la mera curiosidad del lector.

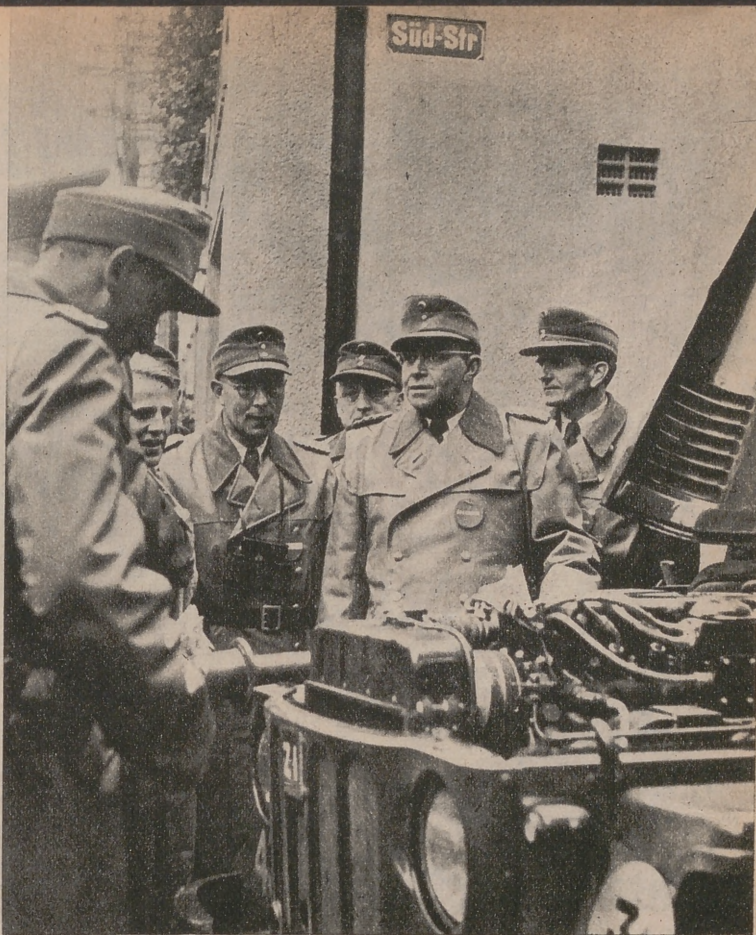
El esfuerzo de Alemania occidental para organizar el nuevo Ejército es enorme. Inicialmente deberá invertir 400.000 millones de pesetas en el empeño. Blank parece llamado a convertirse en

ministro de Defensa. El general alemán del nuevo Ejército será Crüwell, que luchó en Libia a las órdenes inmediatas del malogrado Rommel, en el «Afrika Corps». Las figuras de los ilustres generales Heusinger y Speidel han de facilitar la elección del jefe del Estado Mayor y, en fin, para la jefatura de la Sección de Operaciones del gran Cuartel General se duda entre los generales Fetl y Von Kielmannsegg, mientras que para la de Información se señala al general Gehlen, muy identificado con los americanos. Todos ellos son generales relevantes y de historia intensa. Alemania quiere poner en buenas manos su nuevo Ejército. Y hace muy bien.

LA VIEJA TRADICION CASTRENSE CONTINUADA

El nuevo Ejército alemán va a continuar, sin duda, su vieja tradición castrense. Como la profesión de las armas, si da gloria, jamás dará dinero, los cuadros del mando del Ejército que se crea tendrán unos sobrios sueldos. Los tenientes, por ejemplo, cobrarán 3.000 pesetas mensuales, esto es, treinta marcos, lo que, dado el nivel de los precios de Alemania occidental, es una cantidad muy reducida. Los comandantes cobrarán 80 marcos, y así sucesivamente. Proporcionalmente los soldados cobrarán bastante más, asignándoseles un haber de 12 marcos mensuales. Exteriormente, el uniforme del nuevo Ejército recordará mucho más que al del viejo al del actual Ejército americano. Desaparecen las clásicas botas altas de cuero. El tradicional color gris del vestuario se reemplazará por el verde oliva de los soldados yanquis. En vez de la antigua guerrera cerrada de cuello alto, y dos «espejos»—uno a cada lado del cuello—, distintivos del arma, ahora el Ejército alemán llevará guerrera abierta, camisa y corbata, que antes no eran reglamentarias en el Ejército alemán. Pero en el fondo—que el hábito no hace al monje ni al soldado—es de esperar que el nuevo Ejército siga por todo la tradición del antiguo, aunque transforme sus métodos, naturalmente, y el cuartel vaya a ser desplazado, mucho más que antaño, por los campos de instrucción y de maniobras, en donde las tropas permanecerán casi constantemente. Los tiempos imponen, sin duda, nuevas maneras, sin que por ello la tradición falle. Recordamos muy bien en nuestra convivencia con el antiguo Ejército alemán a aquella estatua de Potsdam—cuya ciudad, desde los días de Federico II, encarnaba como ninguna la vieja historia y la gloria del Ejército germano—que junto a la figura de un granadero de aquel Rey prusiano, reproducía la de un infante del anterior Ejército, ambos hermanados y cogidos de la mano, aunque sus vestuarios y sus equipos fueran por imperativo del tiempo tan diferentes. En el pedestal de esta estatua se leía esta inscripción latina, que lo explicaba todo, grabada sobre la piedra: «Semper tallis».

El Ejército nuevo será, en efecto, sin duda como el viejo. Mantendrá sus antiguas tradiciones,



Grupo de militares alemanes que participaron como invitados en unas recientes maniobras llevadas a cabo en Alemania

su sana moral, su espíritu magnífico y su altísimo grado de instrucción. Contará, también, con elegidos cuadros de mando. Será así una sólida garantía para su país. Y esta vez también una fundada y legítima garantía, asimismo, para el mundo occidental entero. Pese a todo...

LAS POTENCIAS OCCIDENTALES ANTE EL REARME ALEMÁN

Hasta aquí las cosas, en lo que se refiere al rearme germano, según las previsiones de Londres. Pero el cuadro quedaría impreciso si no dijéramos, para terminar, algunas palabras sobre la posición de las demás potencias occidentales en torno a esta cuestión. Dejamos al lado la excelente disposición de los Estados Unidos. América mantiene, en Europa, hasta la fecha, el Ejército de tierra, mar y aire más eficiente de todos los de la N. A. T. O. América ha ayudado con notoria—casi diríamos que excesiva—liberalidad, dada la cooperación recibida, a las potencias occidentales. En total, no menos de 9.000 millones de dólares para ayuda económica y militar desde 1949 a 1953. América, en fin, ha expresado sus deseos del rearme germano, no sólo con los hechos, sino también con las palabras expresadas del Presidente Eisenhower; del secretario de Estado, Foster Dulles, y del Generalísimo Gruenther.

Inglaterra también parece aceptar complacida el rearme alemán.

Aunque en este caso la posición merece ser analizada. También quisiera Inglaterra tantear la posibilidad de una convivencia con la Unión Soviética. A pesar de la posición tomada por Churchill sobre la cuestión del rearme alemán, el propio «leader» conservador ha insistido, en el discurso de Blakpool, sobre la oportunidad de algo de esto. En cuanto a la oposición de Su Graciosa Majestad, ahí están, hablando solos, los viajes de Attlee y sus laboristas por la U. R. S. S. y por la China roja e incluso sus opiniones sobre cuanto han visto y visitado.

Algo esencial hay aun que añadir, que, por cierto, no hemos visto comentar en ningún sitio. El empeño francés de ligar a Inglaterra a la defensa continental ha tenido, por lo que se ha dicho en Londres, una concreción. La Gran Bretaña, sin adquirir rotundamente semejante compromiso formal, se ha ofrecido a mantener en el continente su actual Cuerpo Expedicionario, que a lo sumo no llega, en efectivos, más que a cuatro divisiones y media; esto, poco más o menos, como el Benelux. Lo mismo, en efecto, casi exactamente, que Bélgica, Holanda y Luxemburgo, ninguna de ellas, ni siquiera en conjunto, gran potencia militar. Inglaterra acepta mantener permanentemente en el Continente esta fuerza militar. Y hasta advierte que no la retirará del Continente, contra la opinión de la mayoría de los países del pacto de Bruselas. Se compromete solamente a



Niños alemanes, en Francfort, contemplan con no disimulada curiosidad un carro de combate norteamericano de los que pronto estará equipado el nuevo Ejército alemán

esto. Y aun admite que, en caso de «emergencia aguda» en ultramar —ultramar debe interpretarse, en este caso, desde Calais y Dunquerque al Oeste—, podría retirar tales tropas incluso sin tal trámite. Tal es el compromiso inglés. Ni más ni menos.

En verdad jamás Inglaterra fué propicia a obligaciones más firmes. No adquirió nunca un compromiso de esta clase ni cuando Napoleón pretendía hacer de Europa un feudo francés; ni cuando ella, la Gran Bretaña, se constituía en animadora de la lucha general contra Bonaparte. En España combatían los ingleses a nuestro lado, y un día embarcaban en La Coruña, abandonando el campo. En 1914, cuando estalló la primera guerra mundial, Inglaterra envió al lado de acá del canal de la Mancha cuatro divisiones de Infantería y cinco brigadas de Caballería, esto es, un Cuerpo Expedicionario análogo, y no inferior, al que hay actualmente en Alemania. Mandaba aquellas fuerzas sir John French. Las instrucciones que el Gobierno británico dió a este general eran claras: el «objetivo primordial» era ayudar a Francia y asegurar, sobre todo, la neutralidad de Bélgica; esto es, la costa del Canal. La fuerza expedicionaria, se añadía, era estrictamente limitada y por tanto debería ahorrársela pérdidas de hombres y de material. «Considere V. E. —se añadía bien claro— que este mando es enteramente independiente y que jamás, en ningún caso, quedará a las órdenes de un general aliado.»

En 1939 vino al Continente, al estallar la segunda guerra mundial, otro Cuerpo Expedicionario de efectivos semejantes. Esta vez al mando de lord Gort. El generalísimo aliado, Weygand, ha

contado minuciosamente en sus «Memorias» lo que ocurrió esta vez con la cooperación militar británica. Fué el almirante Darlan quien enteró al general francés que los ingleses se disponían a marcharse y a embarcar en Dunquerque. Un emisario francés debe de ir a Londres, en consecuencia, a confirmar la información que resultó exacta. Weygand no había sido enterado de nada. Más tarde el general Blanchard, también francés, entera al generalísimo de que el mando británico le advierte que no recibe más órdenes que las de su Gobierno. Y, en fin, el episodio es conocido. El Ejército inglés se embarcó en Dunquerque y se volvió a la Gran Bretaña, cuando le pareció oportuno.

Tales son los antecedentes. Es probable, por cuanto advertimos, que en el futuro el Gobierno de Londres no quiera aceptar más sólidos compromisos que los que tuvo en 1914 y en 1940. Y queda sin acotar —¿para qué?— la reserva británica, a su vez, sobre el costo de estas tropas de ocupación, que actualmente paga Alemania. Ya lo ha advertido Inglaterra; si este costo es grande, como Alemania va a ser proclamada soberana, habrá que revisar las condiciones financieras de su compromiso. ¡Alguien, parece, deberá pagar sus soldadas!

Las pequeñas potencias continentales todas, sin exclusión, anhelan el rearme alemán. Comprenden perfectamente que el Oeste es débil y que su capacidad bélica propia no es suficiente. Y, naturalmente, les satisface esta colaboración alemana. En total las divisiones de la NATO, prescindiendo de las 12 ó 13 turcas y cinco griegas, que están en sus respectivos países, al igual

que sucede con las portuguesas, se reducen a nueve italianas; sólo cinco francesas; cuatro y media del Benelux; una y media de Dinamarca y Noruega reunidas; seis americanas, y cinco entre el Cuerpo inglés y las tropas canadienses. En total unas treinta. Pero enfrente solamente los países satélites de Rusia cuentan con más de 80 y la U. R. S. S. con más de 200.

En cuanto a la posición de Francia, la situación es conocida. Inventó la Comunidad Defensiva Europea, para luego invertir cuatro años en matar esta idea. A toda costa quiere limitar el rearme germano, como si Alemania fuera un enemigo y no un aliado. Todo género de oposiciones y de dilaciones han sido puestas en juego por Mendes-France para cerrar el camino al proyecto. Ha sido menester que, en Londres, se hablara fuerte para que el jefe del Gobierno galo se aviniera. En una atmósfera que más que de divergencia de opiniones es de confusión total; mientras se liquida, en el Extremo Oriente, la cuestión de Hanoi y arde la revuelta en África francesa, el Parlamento de París ha tenido que tomar en consideración el asunto. Mendes-France ha ganado allí la batalla. Una victoria, por otra parte, curiosa. Porque la oposición socialista, inopinadamente, se ha reducido. Se pretendía obstaculizar, o al menos atenuar y dilatar, el rearme germánico con el pretexto de que podría constituir el Ejército alemán un peligro futuro para Francia, tres veces invadida en setenta años: en 1870, en 1914 y en 1940. Pero como por encanto la oposición socialista se ha esfumado y desaparecido el terrible terror al teutón. Ha bastado, al menos ello se dice, que el Gobierno de París haya prometido un aumento de salarios. Unos cuantos francos más de sueldo o de jornal han hecho el milagro de tranquilizar las conciencias patrióticas de los socialistas. Y así el Parlamento de París ha votado el acuerdo, mientras que en la capital gala los periódicos se encabezaban con grandes titulares anunciando «L'affaire de trahison», de los Baranés y compañía.

En cuanto a Rusia, bien se comprende, los acuerdos para remilitarizar a Alemania no la agradan nada. Y se ha dispuesto en seguida a la réplica, a la agitación y a lo que se ha dado en llamar —yo ignoro por qué— «ofensiva de paz». ¿Pero es que Moscú ha lanzado alguna vez una «ofensiva» de esta clase? A la postre, la tranquiliza mucho la parsimonia que forzosamente deberá llevar el rearme. Aun faltan trámites previos de los técnicos; reuniones de ministros; acuerdos de Parlamentos y ratificaciones de Gobiernos. Y al fin, dar tiempo a que Alemania se arme. En total, más de dos años. El correspondiente ruso en París de «Pravda», al menos recoge en las columnas del periódico oficial del Kremlin la esperanza, al fin, de que las cosas vayan aun despacio en lo sucesivo. Y, por tanto, ¿por qué no admitir que se puedan enredar todavía en el futuro? Al menos, esto es lo que desea Rusia. Y lo que tratará que suceda, sea como sea.

HISPANUS

PRONTO APARECERAN EN LAS LIBRERIAS LAS "MEMORIAS DE UN INGENIERO POLITICO"

LA INTERESANTE EXPERIENCIA DE DON ALFONSO PEÑA BOEUF

HIZO LA CARRERA AYUDANDOSE CON SU TRABAJO.--RECUERDO DE DON JOSE ECHEGARAY.--LA GRAN ILUSION DE UN PUENTE SOBRE EL ESTRECHO DE GIBRALTAR.--MINISTRO EN 1938



Una fotografía histórica: el primer Consejo de Ministros, celebrado en Burgos, el 1 de febrero de 1938, preside por Franco. En él figuraba como Ministro de Obras Públicas Peña Boeuf

Don Alfonso Peña Boeuf, ex Ministro de Obras Públicas y actualmente presidente del Consejo de Administración de la Rente, tiene ya en prensa su último libro: «Memorias de un ingeniero político».

Con sus sesenta y seis años a la espalda, la frente despejada y un poco blanco el cabello, en su porte una elegancia natural y exquisita, y en todo él un dinamismo alegre y jovial, don Alfonso me recibe en un despacho amplio, con largos ventanales, una mesa de trabajo abarrotada de libros y papeles con muchos números, y a la entrada un tresillo elegante de fino terciopelo. En el centro, una enorme caja de tabaco abierta.

—Yo no fumo —dice el autor de las Memorias, mientras me ofrece un pitillo—. Antes era un empedernido del tabaco. Cuarenta cigarrillos diarios. Esta maldita caja es una tentación constante; pero si vuelvo a fumar no será, precisamente, el «rubio». A los viejos nos gusta más el «negro», que es el bueno.

Don Alfonso Peña es hombre amante de la conversación. Su charla queda siempre amenizada con un largo repertorio de ané-

dotas curiosas, vividas a lo largo de sus años y que él sabe contar con un gracejo tan original como divertido para quien le escucha. El ex Ministro de Obras Públicas e ilustre ingeniero—ilustre por sus obras de hormigón en diversos puntos de nuestra geografía, ilustre también por su obra de magisterio escrita—habla

con rapidez, y sus gestos son siempre amplios y expresivos. Una sonrisa, que a veces parece llena de picardía sana y alegre, envuelven sus palabras.



El señor Peña Boeuf nos muestra la carpeta que contiene el original de sus Memorias



Don Alfonso Peña, ilustre ingeniero y ex Ministro, actualmente presidente del Consejo de Administración de la Rente



«Aunque ya tengo sesenta y seis años...», don Alfonso nos lee el penúltimo capítulo. «Mi libro no tendrá último capítulo.»

—Don Alfonso, ¿por qué se decidió usted a escribir sus Memorias?

—¿Qué por qué las he escrito? Mire usted: La única razón que motiva la publicación de este libro es el entretenimiento que su redacción me ha proporcionado, y esa satisfacción que produce, en el descanso de un viaje, la perspectiva del camino recorrido; nada más. Esta ha sido mi única gran razón. En esos ratos agradables de algunos días transcurridos bajo la fronda del jardín de mi casita de Aranjuez, echando una mirada a lo largo de bastantes años un poco intensamente vividos y no exentos de muchas emociones, sin más ingredientes que unas cuartillas y una pluma estilográfica, me puse a escribir, de memoria, estas Memorias, que reflejan quizá los momentos más sobresalientes de mi vida. Al menos, los que más huellas dejaron en mí.

LAS DULZURAS Y VICISITUDES DE LA PRIMERA JUVENTUD

Del cajón de su mesa de trabajo don Alfonso Peña extrae una gruesa carpeta que cierran unas cintas azules, y la coloca en el centro del tresillo. Son las Memorias. Una copia del original. Y, todavía sin abrirlas, don Alfonso alza la vista, y como si mirase un punto diminuto perdido en la lejanía de muchos años, comienza a hablarme de sus tiempos de juventud, de sus inolvidables días de estudiante en la Escuela de Ingenieros de Caminos, de aquellos tiempos que, no por pasados, fueron mejores:

—Yo nací en el número 22 de la calle de Trafalgar, esquina a Olavide. Aquella casa, en el Madrid de finales de siglo, tenía, por los vecinos que la ocupábamos y por otras cosas, un ambiente típicamente galdosiano. La había edificado mi padre para su boda.

Mi padre era de un pueblecito de la provincia de Scrya y llegó a Madrid cuando aun no había cumplido los trece años. Reco-

mendado por unos parientes, entró en un comercio como dependiente interno. Por la noche, y sólo él sabe cuántos sacrificios le costaba, asistía a una academia particular que preparaba para carreras universitarias. A los dieciséis años, las charangas militares que recorrían las calles de Madrid reclutando jóvenes para la campaña de África enardecieron su ánimo y se alistó para la guerra. Cuando sólo contaba diecinueve años regresaba de África con la graduación de oficial del Ejército. Poco tiempo después, cansado de su dura brega, embarcaba en un navío de aquellos que tardaban cuarenta días desde Lisboa a Valparaíso, y llegaba a Chile. En sólo siete años, entre Chile y Argentina, hizo buena fortuna y regresó a España. En Madrid, y al cabo de algunos años, contrajo matrimonio y comenzó su actuación en la política. Mi padre tuvo una buena amistad con Cánovas del Castillo, a cuyo partido se alistó.

Mientras tanto, yo hacía mis primeros estudios de bachillerato en un colegio privado. Aquí, lo que menos interesaba a los profesores era enseñar. Sólo se atendía a que las medidas de disciplinas fueran cumplidas con rigor y menudeaban los castigos, que era un placer. Por eso y porque desde niño he odiado la coacción, pronto convencí a mis padres que sería más conveniente mi traslado a un Instituto. Y al terminar mi tercer curso ingresé en el Instituto «Cardenal Cisneros», donde el régimen era más soportable.

—¿Qué le llevó a la Escuela de Ingenieros?

—Cuando se terminaba el bachillerato no se sabía nunca qué carrera elegir. Casi siempre era impuesta por la familia. A mí no me ocurrió así. En los últimos años de bachillerato solía yo acudir con frecuencia a la Biblioteca Nacional, donde, libre de la perturbación que me habían hecho malos maestros, me dedicaba a la lectura de libros clásicos. A mí me habían gustado siempre las matemáticas. Así comencé a leer los libros de Montoufa y Marie Maximilien; leí los tratados de Newton y de Leibnitz, y los libros elementales de Astronomía. Ya sea porque en el siglo XIX los hombres más preeminentes en las Ciencias y en la Política procedían de ingenieros de Caminos —a esta especialidad pertenecían don Eduardo Saavedra, Echegaray, Torres Quevedo, Sagasta, Amós Salvador y Garcini—, lo cierto es que, a principios de siglo, era la carrera científica más ambicionada, la que más atraía a la juventud.

Ingresé en la Escuela el año 1908. Aun no había yo cumplido mis veinte años. La gran alegría que esto suponía para mí fué amargada totalmente por la desgracia de perder a mi padre. Desde el mes de enero le atacó una fuerte bronconeumonía, entonces casi incurable. Cuando al final de junio tenía yo el júbilo de haber aprobado en los exámenes de oposición para ingreso, la gravedad de mi padre era tal que nada podía esperarse, y el 11 de septiembre del mismo año velámbamos su cadáver.

Mal andaban en casa los negocios desde que, por segunda vez, regresó mi padre de América. La

desgracia fue el nuevo signo desde que una enfermedad, imposible de conjurar, hacía su triste presagio sobre la suerte de una familia compuesta por una señora con tres hijas solteras, mi abuela de ochenta años y yo, con los diecinueve recién cumplidos. El panorama no era, como usted puede comprender, muy halagador. Sobre todo, si se piensa que al morir mi padre se llevaba consigo la llave de la despensa. ¡Fué una primera experiencia que me ha valido mucho en la vida!

Mi madre quedó totalmente consternada. Llena de dudas sobre el porvenir inmediato de nuestra subsistencia. Todas eran mujeres. Era yo el único varón en casa.

Una noche, llena todavía de la ausencia tan cercana de mi querido padre, entré en el cuarto de mi madre y —lo recuerdo como si fuera hoy— le dije:

—Mamá, no pienses más. No te preocupes. Desde mañana yo salgo a trabajar. Todo se arreglará. Dios estará con nosotros.

—Pero, ¡hijo!, si eres todavía muy joven! Además, tus estudios...

—Los seguiré. No perderé ningún año. Alternaré la Escuela con mi trabajo. ¿Tú no tienes amistad con la duquesa de Sevilla? ¿Por qué no le dices algo?

Al día siguiente mi buena madre visitaba a la duquesa. Por la tarde me presenté yo en su casa y me encargaba de la reparación de pintura y papel pintado de las muchas fincas que esta señora poseía en Madrid.

Este oficio pude practicarlo sin necesidad de tener horas marcadas que perturbasen mi enseñanza oficial en la Escuela. Aunque era una solución modestísima, mi sueldo no llegaba a 300 pesetas al mes, y los gastos de mi familia eran muy moderados, nos permití vivir con decoro varios años.

Mi vida comenzó a ser bien poco envidiable. En las horas que la Escuela me dejaba libres me veía obligado a hacer largas correrías por las calles de Madrid para cumplir mi nuevo oficio. Un despertador, que luego he conservado mucho tiempo, marcó las cuatro de la mañana como hora diaria para saltar de la cama. En la mesa del comedor me quedaba estudiando hasta las ocho. Después de desayunar marchaba a pie a la Escuela de Ingenieros, desde la calle de Jorge Juan, a donde, por haber dejado de ser nuestra la casa de Trafalgar, nos mudamos poco después de la desgracia familiar.

Pero la juventud, que es el tesoro de la alegría, todo lo compensa y lo supera. Yo lo sobrelevaba todo con tan buen humor que, a pesar de mis muchas ocupaciones y otras que después tuve que atender, aun me sobraba tiempo para seguir en la Universidad, por libre, las asignaturas de Ciencias, que constituían la Licenciatura.

LOS ESTUDIANTES DE CAMINOS PROTESTAN ANTE EL MINISTRO

Don Alfonso Peña Boeuf es, además de otras cosas buenas, hombre de fiel memoria. Recuerda las cosas, los hechos y las personas a veces de hace medio siglo, con la misma fidelidad y exactitud que si ahora mismo las tuviese presentes. Es en su char-

la minucioso en el detalle mínimo.

—Dígame algo de su vida de estudiante en la Escuela de Ingenieros.

—Hombre, así en general y sin ánimo de molestar a los estudiantes de hoy de todas las carreras y de todas las Escuelas, yo le diré que en mis tiempos se estudiaba más que hoy. Había, naturalmente, menos fiebre de estudiantes y más fiebre de estudio. Aunque también había más algaradas y conflictos estudiantiles que hoy. Eso estaba a la orden del día. Si bien es verdad que los de Caminos estábamos un poco alejados de esas actividades, porque el Reglamento y la disciplina que siempre hubo en este centro vedaba la acción violenta de las huelgas que todos los años se producían en la Universidad, y, sobre todo, en la Facultad de Medicina.

En uno de los pequeños conflictos, que los estudiantes tomaban con la mayor seriedad, se debatían cuestiones de jurisdicción y competencia profesionales. A este efecto, entre los alumnos de todas las Escuelas hubo una gran reunión en San Carlos. Yo, como estaba siempre tan agobiado por las cosas que tenía independientemente de la Escuela, y andaba tan escaso de tiempo, no asistí al «conclave»; pero cuando salía por la puerta principal de la calle de Atocha me encontré el compacto grupo de compañeros que había decidido ir violentamente a visitar al ministro de Instrucción Pública. Al verme, y acostumbrados a que yo solventase otras gestiones, me dijeron:

—Tú tienes que hablar al ministro en nombre de todos.

Y... allí fuimos.

Yo era, en realidad, el menos indicado en esta cuestión porque aun no sabía ni de qué se trataba. Pero en el intervalo de cruzar la plaza mis compañeros se encargaron de que yo me enterase de qué se había tratado y cuál era el fondo de la cuestión.

Con gran algarabía subimos la ancha escalera de mármol de Fomento y entramos en un amplio salón.

Era entonces ministro de Instrucción Pública don Santiago Alba. Al oír el estrépito que producíamos, él mismo abrió la puerta de su despacho y se presentó ante nosotros.

Se hizo silencio. Se formó en el gran salón un ruedo con los numerosos manifestantes, y, lanzado por ellos, me encontré en el centro, frente al ministro.

Aparentando una tranquilidad, de la que más tarde fui yo el primer sorprendido, improvisé un discurso de varios minutos, y en él hice una exposición, como puede, de lo que pomposamente llamaban «un conflicto» los impacientes visitantes.

Al ministro le hizo gracia. Y con una agradable indulgencia me contestó sonriente, dándome después un fuerte apretón de manos.

Salimos muy alegres y satisfechos de nuestra gestión, aunque, claro está, que la visita no sirvió para nada. Pero el asunto mejoró. Como mejoran todas las cosas con el tiempo.

Al siguiente día, estando en el Casino de Madrid don Eugenio Ribera, profesor de mucha fama en la Escuela de Ingenieros y



«La única razón que motiva la publicación de este libro es el entretenimiento que su redacción me ha proporcionado, y esa satisfacción que produce, en el descanso de un viaje, la perspectiva del camino recorrido...»

gran amigo de don Santiago Alba, se encontró a éste, quien se apresuró a decirle:

—Ayer vinieron los chicos de su Escuela a verme al Ministerio, y tal ruido armaron que creí eran ferroviarios; pero un chico me lanzó un discursito que me dejó bien impresionado. Al menos han presentado bien sus aspiraciones.

DE CUANDO FUI DISCIPULO DE DON JOSE ECHEGARAY

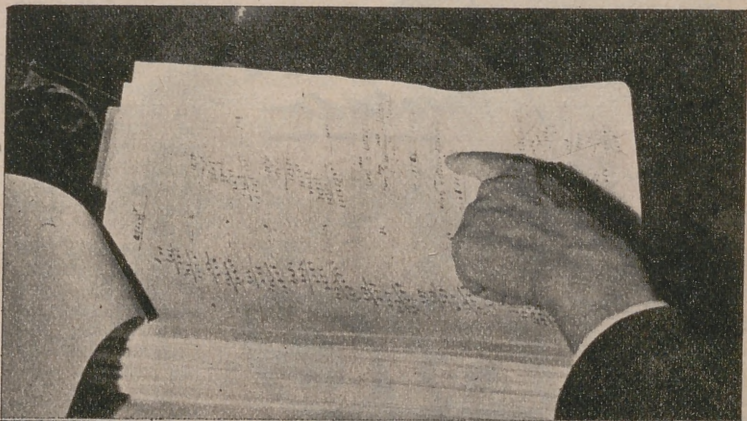
En sus Memorias, don Alfonso dedica un capítulo a hablar de don José Echegaray. Fué su maestro, allá por el año 1912, cuando, al tiempo que él, mientras hacía la carrera de Ingenieros, acudía a la Universidad Central para licenciarse en Ciencias. Don José explicaba en la Univer-

sidad Física matemática para los cursos del Doctorado.

Echegaray acudía a la calle Ancha dos veces en semana, con sus setenta y cinco años y su enorme gabán de pieles. Su clase estaba en el primer local, a la izquierda de la puerta de entrada, en la planta baja, con unas rejas exteriores que daban a la calle de San Bernardo.

Don Alfonso siente una admiración especial por su maestro y él mismo me cuenta cómo le conoció la primera vez:

—Era yo muy joven entonces, no sé si estudiaba el segundo de Caminos. Don José vivía en un hotelito, ya desaparecido, a la entrada de la calle de Zurbano. Un día fui a visitarle. Llamé a su puerta con gran comedimiento, y a la sirvienta que abrió le dije:



El dedo del ingeniero que proyectó un puente sobre el Estrecho de Gibraltar señala uno de los resultados de sus famosos cálculos

Soy alumno de la Escuela de Caminos y quisiera ver al señor Echegaray. A los pocos minutos, don José, ya encorvado por los años, bajaba despacio por la escalera y se acercaba hasta mí. Venía arropado con algo así como un pasamontañas, que siempre solía llevar en casa.

—Perdone, don José, que tenga el atrevimiento de visitarle. Es el caso que se están publicando por la Academia de Ciencias las conferencias que da usted en su cátedra y quisiera saber el medio de hacerme con ellas.

—Muy sencillo. Aquí las tiene. Quédese con ellas. Hasta ahora no hay publicados más que estos dos volúmenes; conforme vayan apareciendo yo mismo se los iré proporcionando a usted.

Don José Echegaray —dice el autor de las Memorias— tenía la sublime sencillez del sabio.

En cierto Tribunal de ingreso en que la Física general era parte del programa, don José, que era el presidente, preguntó a un examinando:

—Vamos a ver, ¿qué es la luz?

El chico, sin titubear, dijo:

—Vibración del éter.

—Muy bien —contestó don José—. ¿Y qué es la electricidad?

Dudó el chico un momento y respondió:

—Pues también es vibración del éter.

Volvió el presidente a preguntar:

—¿Y qué es el calor?

El alumno, ya algo inquieto, contestó:

—Pues... realmente, también puede decirse que es vibración del éter.

Don José le hace entonces la última pregunta:

—¿Y qué es el éter?

El muchacho, totalmente desconcertado, después de una pausa, contesta:

—...Pues... yo lo sabía; pero se me ha olvidado.

Echegaray, volviéndose hacia los demás miembros del Tribunal, les dijo:

—Vean, señores, lo que es la vida; el único español que sabía lo que es el éter... ¡y se le ha olvidado!

UN SUEÑO SOBRE EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

El año 1913, al finalizar el curso, don Alfonso Peña obtenía, flamante, su título de ingeniero de Caminos. Eran los años en que se abrían las primeras líneas del Metropolitano de Madrid. Recién terminada su carrera, con sus veinticinco años mal cumplidos, el joven ingeniero fué requerido cierto día por Otamendi, director de estas obras. Don Miguel Otamendi había sido muchos años profesor de la Escuela y conocía la afición del estudiante al cálculo de la mecánica.

Y sin más, don Miguel le encargó el estudio de un tipo nuevo de coche metálico para el Metro, que tuviese el mínimo de peso, a fin de que dentro de las condiciones de estabilidad elástica produjera el máximo de economía en la explotación.

En esta época el estudio racional de un coche presentaba bastante novedad. Ya rodaban desde principio de siglo por las calles de Madrid los tranvías eléctricos;

pero su estructura era en su mayor parte de madera, y aun estaban cerca los días en que habían desaparecido de la ciudad aquellos pesados artefactos tirados por mulas, que por todo alumbrado llevaban dos quinqués en cada ángulo interior.

Don Alfonso Peña Boeuf cuenta así sus primeros pinitos profesionales:

—Recibí con gusto el encargo de Otamendi, y en pocas semanas le hacía yo entrega de un proyecto de coche que le llenó de satisfacción y que un poco más tarde, cuando terminó la primera línea, Puerta del Sol-Cuatro Caminos, fué construido.

Pocos días después el presidente de esta explotación y afamado ingeniero, don Carlos Mendoza, me invitaba a visitarle a su casa para hablarme de un proyecto que él traía entre manos.

Entre Mendoza y yo había una gran diferencia. Yo era un chico que había recién salido de la Escuela y que representaba aún menos de los veinticinco años. Mendoza era ya un hombre de bien ganada fama en la ingeniería.

Sentados en su despacho del paseo de la Castellana, Mendoza me dijo:

—Estoy pensando en un proyecto grandioso. Nada menos que el paso por el Estrecho de Gibraltar. Ya tengo ideado el sistema de hacerlo. Me hace falta calcularlo y quiero que usted me ayude.

Yo me incliné con respeto, y aquel hombre, que junto a su profundo talento, poseía grandes dotes de simpatía, sencillamente me expuso su plan. Con notorio ingenio, a Mendoza se le ocurrió que la única solución viable sería la de un puente flotante, sustentado por pilas, también flotantes, y ancladas en el fondo. Concretando la idea, pensaba el autor que el puente podía estar formado por 14 tramos, de 1.000 metros aproximadamente cada uno, y estos tramos descansarían sobre 13 pilas y dos extremos estribos de amarro, uno a cada margen.

Para madurar este estudio, Mendoza y yo nos reuníamos frecuentemente en su casa, después de cenar, hasta bien entrada la madrugada.

Ya comprendimos que aquello no se habría de hacer; pero allí nos quedábamos nosotros tirando líneas, haciendo números y viviendo de una pura ilusión. ¡Quién diría entonces, que en el transcurso de veintiocho años, yo, Ministro de Obras Públicas, nombraba a Mendoza presidente de la Canalización del Manzanares y le llevaba al Jefe del Estado la propuesta de aquél para la Gran Cruz de Isabel la Católica y el nombramiento de Procurador en Cortes!

Después de esta gran ilusión del puente sobre el Estrecho, que la realidad no quiso ver cumplida, vino mi «primera obra».

Había transcurrido sólo un año desde la terminación de mis estudios. Lleno del mayor optimismo, quizá por tantas dificultades vencidas, me disponía a ejercer libremente mi profesión de ingeniero, y la ocasión se me presentó pronto: el concurso convocado por la Diputación de Navarra para el proyecto y construcción de un puente de mayor importancia en la carretera Leizor a Hernani.

Me presenté solo, sin Empresa constructora, sin nombre; pero gané el premio. Pocas veces en mi vida he encontrado una satisfacción tan grande como aquella inolvidable en que se tiraban cohetes para celebrar la terminación de mi obra.

Después vino todo lo demás. Ya no tenía horas para el descanso. Las construcciones de hormigón en España estaban muy atrasadas. Yo me di a su estudio, y aquí estuvo en gran parte la razón de muchos de mis éxitos.

En tiempos de don Miguel Primo de Rivera, con quien la suerte me deparó muy buena amistad, Guadalhorce, entonces ministro de Fomento, me llamó un día a su despacho para encar-

Curso asegurado

APUNTES RAPIDOS, LIMPIOS Y SIN FALLOS
CON EL USO DE LA VERDADERA PUNTA **BIC**

¡Así se escribe a gusto!

Hoy muchos lápices a bola, de todos precios pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes, ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

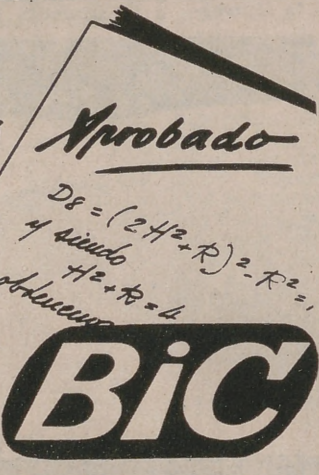
CRISTAL..... 6 ptas.

M4 BOLSILLO (Tipo Imac)..... 12 ptas.
RECAMBIO PTAS 6

BIC-CLIC (Tipo Imac)..... 25 ptas.
RECAMBIO PTAS 8

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC



FABRICA: LAFOREST, S.I. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

garme de enderezar un entuerto: el puente de Gibralferró sobre el Odiel. Allá me fui. Y a los pocos días se realizaba mi nuevo proyecto. Quedó el ministro muy complacido y me ofreció entonces, con gran empeño, el cargo de director de la Confederación del Guadalquivir, que se encontraba recién creada.

El cargo no podía ser más seductor: un magnífico sueldo, servicio de gran alcance, con muchos ingenieros a mis órdenes y una gran autoridad, sobre todo para un muchacho joven como yo lo era. Pero estaba ya acostumbrado a volar solo y me coartaba mucho tener un cargo que absorbiera casi totalmente mi actividad. Rehusé como pude el ofrecimiento, aunque Guadalhorce se molestó un poco conmigo.

Cuatro años después cayó la Dictadura y fui a visitarle a su despacho de la calle de Alcalá. Me dió un abrazo agradeciendo mi visita y me dijo:

—Ya ve usted, que después de tantos sacrificios como yo he hecho al servicio de Obras Públicas ahora soy, como todos los del Gobierno, uno de los «apestados», y voy a volver a trabajar en mis cosas de antes.

—Yo tengo unas concesiones hidráulicas, de las que no he querido hablarle cuando usted era ministro. Si usted quiere nos podemos asociar y financiarlas.

—Me parece muy bien. Pero como veo que esto es de elevado alcance, sería muy conveniente que para este asunto contáramos con Calvo Sotelo. Es gran amigo mío y anda ahora muy entristecido con las cosas políticas.

—Encantado. Cuando usted quiera vamos a ver a Calvo.

Los tristes sucesos de España se encargaron que esta empresa no llegara a feliz término.

EL MINISTERIO EN SANTANDER Y LOS CONSEJOS EN LA PEDROLA

Catorce meses vivió don Alfonso Peña en Madrid bajo zona roja. El me recuerda con amargura la tristeza de aquellos días interminables esperando a cada momento el desenlace trágico de sus últimas horas. Afortunadamente, todo le fué bien o, al menos, mejor de lo que él esperaba, y tras un accidentado viaje pudo llegar a zona nacional. En sus Memorias hay un capítulo que dice: «De Madrid a Burgos, pasando por Marsella.»

A su llegada a Burgos don Alfonso Peña se entrevistó con el general Jordana:

—¿De dónde viene usted, amigo Peña?

—Del Madrid rojo, pasando por Francia. Y con el mayor gusto me presento a usted, querido general, para ponerme a sus órdenes.

Charló unos minutos conmigo, me preguntó cosas del Madrid que yo acababa de dejar, y grande fué mi sorpresa cuando me dijo:

—¿Querrá usted ver al Generalísimo?

—No aspiro a tanto, mi general.

—Sí, sí. Ahora mismo.

Y cogiendo un teléfono que había encima de la mesa dijo:

—Póngame con el Generalísimo... Mi General, a sus órdenes. Aquí está Alfonso Peña, que ha

llegado de Madrid para presentarse a nosotros.

—Dígale que venga ahora mismo—contestó el Jefe del Estado.

A los pocos minutos entraba yo en el despacho del Caudillo. A una reverencia, se puso en pie y con gran afectuosidad me estrechó la mano derecha mientras con la izquierda me estrechaba en un brazo. Me invitó a sentarme y durante largo tiempo respondí a muchas preguntas que Franco me hizo sobre cómo me había dejado la capital de España.

—¿Dónde piensa usted vivir?

—En cualquier lado, mi General. Ahora, como acabo de llegar, estoy en el hotel Biarritz de San Sebastián.

—Bien. Esta tarde, antes de regresar a San Sebastián, vea usted al general Jordana, al que le daré un encargo para usted.

Aquella misma tarde estuve a visitar al general Jordana:

—El Generalísimo le encarga de redactar una memoria previa sobre un Plan General de Obras Públicas del Estado para cuando la guerra termine. Conviene que venga usted por aquí todas las semanas.

A los siete días entregaba yo al General la memoria y recibía el nombramiento de presidente del Comité de Obras Públicas.

El 31 de enero de 1938 Serrano Suñer me llamaba por conferencia a San Sebastián:

—Hoy se ha formado el Gobierno Nacional y usted en Obras Públicas; yo, en el Interior. Dígame algunas fechas de su vida para la referencia de la Prensa. Mañana, a las diez, tenemos que estar todos aquí para jurar el cargo en la Residencia.

A los cinco minutos la radio daba esta noticia con la lista completa del Gobierno.

Por designio del Caudillo, mi Ministerio se trasladó a Santander. Al principio celebrábamos los Consejos en Burgos; pero a partir del mes de septiembre, como el Generalísimo dedicaba una gran actividad al frente del Ebro, decidió que celebrásemos Consejos en La Pedrola, situado en la carretera de Logroño a Zamora, junto al canal Imperial y a unos 40 kilómetros de Zaragoza.

Siete años y medio duró mi gestión ministerial. En ella puse toda mi alma y mi esforzado valor de siempre.

Después volví a la técnica y a los negocios. Cuando murió el conde de Guadalhorce me hice cargo de la presidencia del Consejo de Administración de la Renfe, al frente de la cual me ve usted ahora sentado.

PENULTIMO CAPITULO

Don Alfonso Peña, después de una larga conversación en que me ha hablado de tantas cosas, saca de sus Memorias un cuadernillo y me dice:

—Este es el penúltimo capítulo. Mi libro no tendrá capítulo último. Como es breve, prefiero copiarlo:

«Aunque ya tengo sesenta y seis años, como gracias a Dios disfruto de magnífica salud, creo que puedo tener cuerda para bastantes años aún, y mientras pueda ejercer vida de semijoven, con ilusiones, ¡que es todo en la existencia humana!, y pueda divertirme en los espectáculos y bailar en las fiestas, me parece que el calendario miente, produce n d o



La más reciente fotografía de don Alfonso Peña Boeuf

sólo un fenómeno de espejismo adelantado.

Ahora bien; es indudable que lo interesante ha pasado ya. Es mi propósito (aunque no sé si podré cumplir) de llevar unos años que contrasten con la agitada vida anterior, y que cuando me muera puedan decir, como en el cuento tan conocido de un señor prelado que en la última parte de su vida, por estar delicado, decidió ir a un monasterio, donde, como es natural, los frailes le obsequiaron con los mejores cuidados. Y el día que murió, al encontrarse en el claustro dos miembros de la Comunidad, dijo uno al otro:

—Siento decirle, hermano, que el señor obispo ha pasado a mejor vida.

—¿Mejor todavía?—respondió. Pues así quiero yo que murmurén. Quedamos, pues, en que antes de que el sol se ponga y entre en el ocaso con sus tristes rayos violetas, quiero despedirme de estas Memorias, con el tono de paseo todavía alegre de "Buenas tardes, queridos amigos".»

(La conversación se ha alargado más de la cuenta. Al presidente le esperan para una junta o no sé para qué. Me marcho.)

—Buenas tardes, don Alfonso.

Ernesto SALCEDO



Don Alfonso Peña, su esposa y su hija, sorprendidos por un fotógrafo callejero



EL TERCER PREMIO "PLANETA" PARA ANA MARIA MATUTE

CONTRA TODAS LAS PREVISIONES, TAMBIEN AHORA GANO UNA MUJER (FRENTE A HOMBRES IMPORTANTES) EL GRAN PREMIO DE NOVELA

CENA en el Círculo de Bellas Artes con motivo de la tercera edición del Premio «Planeta». A las nueve y media, hora señalada en las invitaciones, el salón donde va a tener lugar el primer acontecimiento literario de la temporada, presenta un aspecto de absoluta desolación. Tan sólo un camarero silencioso se ocupa en colocar los últimos cubiertos sobre las alargadas mesas. En otro salón contiguo, separado por puertas cristalleras, está reunido el Jurado. Wenceslao Fernández Flórez, Manuel Pombo Angulo, Pedro de Lorenzo, Lara, Juan Ramón Masoliver, Juan Gich y Santiago Loren.

Poco a poco, sin prisas, van llegando los invitados. Se empieza a servir la cena a las diez y media. No hay presidencia de mesa y los Jurados, lo mismo que las personalidades del mundo de las letras que asisten, toman asiento en cualquier parte, sin previa distribución de sitios. Todavía el ambiente no se ha caldeado y ni siquiera el rumor de las conversaciones tiene matices de gran acontecimiento. Los miembros del Jurado se muestran herméticos, sin muchos deseos, al parecer, de ser interrogados. La gente habla de cosas que no tienen nada que ver con el Premio «Planeta», tal vez porque nadie quiera confesarse curioso. Claro que, de vez en cuando, surge inevitablemente el tema del concurso.

El Premio «Planeta», creado por el editor Lara, se adjudicó por primera vez en el año 1952 a Juan José Mira por su novela «En la noche no hay caminos». La realidad es que enton-

ces, a pesar de que su cuantía era ya importante—60.000 pesetas—, pasó un poco desapercibido. Fué una aventura que costó cara al editor. Podía pensarse incluso que, al igual que los premios «Pujol», no volvería a repetirse. Pero se repitió el año pasado—aumentado ya su importe a 20.000 duros—y tuvo mayor resonancia. Nombres conocidos entre los finalistas para que, en el último momento, ganara la partida un ginecólogo de Calatayud, Santiago Loren, que saltó así, de pronto, al primer plano de la actualidad y de la fama. El premio ya tiene ambiente, ya ha alcanzado su madurez y este año se esperaba el fallo con verdadera expectación en toda España.

DOS HOMBRES Y UNA MUJER

Termina la cena en el mismo tono de mesurada cordialidad en que ha comenzado. Empezan a acudir en gran número los invitados al café y al champán. Aparecen los de Radio Madrid desplegando su gran aparato de cables y micrófonos. En el enorme salón del Círculo, alto de techos, un poco frío, la temperatura sube algunos grados. Los miembros del Jurado se encaminan a la sala contigua. Ninguno de ellos adopta ese aire de importancia que parece reservado para estas ocasiones.

El «portavoz» del Jurado da lectura a los títulos de las ocho

novelas que han llegado a las votaciones finales: «Hans Miller», de Jaime Mallas; «Por una que triunfa», de M. Rubio; «El fulgor y la sangre», de Ignacio Aldecoa; «Mi guerra», de Josefina Dalmáu; «Duelo en el paraíso», de Goytisolo; «Segunda agonía», de Núñez Alonso; «Pequeño teatro», de Ana María Matute, y «Mónica Villan», de Rosa María Cajal.

Esta primera relación no impresiona a nadie. Se conoce, por la Prensa, desde hace varios días, y el rumor público asegura que la lucha definitiva quedará planteada entre Ana María Matute, Aldecoa y Núñez Alonso. Por una vez, y sin que sirva de precedente, el rumor público acierta. Como acierta también al distribuir casi a partes iguales las últimas posibilidades, las de la hora de la verdad entre Aldecoa y Ana María Matute.

—Yo estoy segura—dice una señora—de que ganará Aldecoa. No es posible que también éste se lo lleve una mujer.

Se forman corros en torno a las mesas. Los impacientes se acercan a la puerta que comunica con el salón donde está el Jurado. José Luis Pecker ha dado comienzo a la retransmisión y ofrece el micrófono a diferentes personas.

De pronto, el revuelo. Movimiento de sillas que se arrastran, carreras apresuradas, comentarios... ¿Qué ocurre? Pues ocurre, sencillamente, que Ana María Matute, una de las favoritas del concurso, ha llegado, acompañada de su esposo, al Círculo de Bellas Artes. Primeros fogonazos de «flash». Expectación en torno a esta novelista que ya el año pasado estuvo a punto de ganar el «Planeta» con su novela «Luciernagas».

Ana María es una mujer joven, más joven de lo que parece en las fotografías. Está nerviosa, desconcertada y sonríe mucho. Es la suya, en esta ocasión, una sonrisa forzada con la que seguramente ella misma no sabe lo que quiere expresar. Quizá es una sonrisa en la que se expresan a un tiempo el temor a la desilusión y la esperanza.

Cena en el Círculo de Bellas Artes. La gente habla de cosas que no tienen nada que ver con el Premio «Planeta», tal vez porque nadie quiere confesarse curioso...





Ana María Matute está nerviosa, sonrío... Acaba de ganar un premio literario de 20.000 duros



Tiene unos ojos amplios, profundos, lentísimos; unos ojos hermosos y muy negros y una melena enorme, muy negra; una melena de criatura un tanto patética.

—¿Por qué ha venido, Ana María?

—Porque no podía resistir la tensión nerviosa. Además, mi radio está estropeada. Era preferible venir aquí, enterarse cuanto antes.

Habla atropelladamente, mirando, inquieta, a todos lados.

«Hans Miller», «Mónica Villar», «Por una que triunfa», «Mi guerra», «Duelo en el paraíso», han sido eliminadas en sucesivas votaciones. Las probabilidades de Ana María Matute aumentan. Claro que, paralelamente, aumentan también las de Núñez Alonso y Aldecoa.

—¿Le darán el premio?

—No, no. Yo tengo muy mala suerte. Siempre llego a las finales y de ahí no paso. Voy a sentarme, porque estoy deshecha. He sido también finalista del «Nadal». ¿Comprenden?

Se sienta para volver a levantarse a los pocos momentos. Está muy pálida. Escucha y habla con expresión ausente, como si estuviera en otro mundo.

—Ganó el Premio «Café Gijón», ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—Entonces no tiene tan mala suerte.

—Bueno, sí. Pero es que ahora, hoy, los contrincantes son muy buenos, mejores que yo.

LAS ÚLTIMAS VOTACIONES

Penúltima votación. Queda eliminada «Segunda agonía». Así, pues, tal y como la «vox populi» había previsto, ventilarán el apasionante mano a mano final Ana María Matute e Ignacio Aldecoa. La emoción alcanza sus grados más altos. Algunos preguntan por Aldecoa, pero Aldecoa no ha venido. Ana María parece que de un momento a otro va a echarse a llorar como una niña.

—¿A qué obedecen los nervios: al premio en sí, a lo que representa en la carrera de un novelista o a los 20.000 duros?

—La fama es muy importante, desde luego. Pero también los 20.000 duros...

José Luis Pecker, micrófono en mano, suda copiosamente. Hay mucha gente a su alrededor, esperando que le entreguen el último papelito del Jurado, el papelito mágico, que es como un premio gordo de la lotería; pero un premio ganado a pulso, en virtud de un esfuerzo que no todo el mundo es capaz de comprender.

Y, por fin, llega el final.

«Resultado de la última votación: «El fulgor y la sangre», de Ignacio Aldecoa, tres votos. «Pequeño teatro», de Ana María Matute, cuatro votos.

Estallan los aplausos. Ana María hace un gesto raro, tal vez un gesto de cansancio. Llora y ríe al mismo tiempo, estrecha las manos que la tienden... Ya no es posible acercarse a ella, rodeada de una compacta, cordial barrera humana. La llevan a empujones hasta el micrófono de Radio Madrid. Apenas se oye su voz entrecortada. Unas frases mal hilvanadas, un recuerdo para su hijo.

—Mi próximo libro tendrá como tema la delincuencia juvenil. Se lo dedicaré a mi hijo. Pero mi hijo no tiene nada que ver con la delincuencia juvenil. Sólo tiene nueve meses.

El locutor sonríe, compasivo. Pasa a ocupar el micrófono el marido de Ana María. Fotografía con el editor Lara, el rubicundo Lara, el sonriente Lara, satisfecho del éxito popular alcanzado por esta tercera convocatoria del «Planeta». Asalto periodístico a los miembros del Jurado...

CUATRO Y TRES

Lara no ha ocultado nunca que su voto era para Aldecoa.

—Su novela es magnífica, pero esto no quita méritos a la de Ana María, que es también de excepcional calidad.

Tampoco Pedro de Lorenzo, siempre correcto y asequible, tiene inconveniente en confesar que ha votado por Aldecoa. Pero los demás no sueltan prenda. ¿Quién ha sido el «tercer hombre» de

Aldecoa? El rumor general señala a Wenceslao Fernández Flórez, y en tal caso Pombo Angulo, Loren, Masoliver y Gich serían los que votaron y dieron el triunfo a Ana María Matute. Pero en realidad esto carece ya de importancia. Ella ha ganado el premio en buena lid, persiguiéndole, con obras distintas, dos años seguidos. Para ella es la fama y los 20.000 duros, que, como diría un castizo, tampoco son mancos.

CITA EN EL CAFE

Nos habíamos citado en un café, y a las seis en punto apareció Ana María Matute acompañada de su esposo, Ramón Eugenio de Goicoechea.

Ana María es también Ramón Eugenio. Quiero decir que Ana María no se concibe sin una risa para cualquier salida de su marido y sin un susto ante cualquier arranque de su compañero. Ella no vive tan sólo para escribir páginas y páginas de novelas fantásticas y terribles, sino que todas sus horas están pendientes de «Eugenio, por Dios», «Tienes razón, Eugenio», «Lo que tú quieras, Eugenio». Enamorada hasta el tuétano de todas las exaltaciones, genialidades, bromas, sutilezas, disparates de Ramón Eugenio de Goicoechea, no es feliz más que relejando aquello que acaba de escribir y le sigue emocionando o cogiendo



Una fricción diaria
CON
Diploma

ES SUFICIENTE



PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE

EFICACIA
EXTRAORDINARIA



Los señores del Jurado: Wenceslao Fernández Flórez, Manuel Pombo Angulo, Pedro de Lorenzo, Lara, Juan Ramón Masoliver, Juan Gich y Santiago Loren, en un momento de las deliberaciones

del brazo al tremendo crítico que es su marido y diciéndole: «Anda, vamos».

Las novelas de Ana María Matute son siempre destellos de intuición, raptos de ensoñación, prodigios de fiebre. Ella escribe, construye, hace y deshace con una mecánica de hipnotizada. A veces Ana María tiene algún precioso hallazgo técnico, pero ella no sabe lo que ha hecho. No hay por qué preguntarle. Sería inútil, además.

Allí estábamos nosotros, Castillo, Castresana y Catarinéu, «tres C» como quien anuncia una marca de coñac.

—Café con leche para todos —dijo Ramón Eugenio.

CASTILLO.—¿Qué significa en castellano el nombre vasco de su niño Ilé Eroriak, personaje principal de su «Pequeño teatro»?

ANA MARIA MATUTE.—Significa «Pelos Caídos».

(Y Ana María, con un gesto algo infantil, se sube un poco los pelos que se le han caído sobre la frente. Quien la conozca de veras sabe que Ana María es una niña, incapaz de rencor y que se ilusiona con cualquier cosa. Para ella la literatura es como un juguete de niña, como jugar a comiditas o algo por el estilo. Todo lo hace en las novelas con esa seriedad falsa y sincerísima que ponen las niñas en fingirse madres, sabiendo muy dentro que cuando llegue la hora sabrán serlo entera y rotundamente.)

CASTRESANA.—Al escribir ¿se

El editor Lara felicita a Ana María Matute por el triunfo conseguido. En la última votación su novela «Pequeño teatro» ha obtenido el discutido Premio «Planeta»

mancha alguna vez los dedos de tinta?

ANA MARIA MATUTE (Se ha alarmado un poco. Se ha mirado los dedos a la carrera. Cree que los lleva manchados. Al ver que no los lleva manchados, ha sonreído y ha suspirado. Después ha añadido).— Ahora me estoy acostumbrando a escribir a máquina directamente.

CATARINEU.—¿En cuánto tiempo transcurre «Pequeño teatro»?

ANA MARIA MATUTE.—Una primavera.

(Como el término le parece algo vago a Ramón Eugenio, enseguida añade: «La obra dura dos meses.»)

CASTILLO.—En ese «Pequeño teatro» habrá un muñeco. ¿Cómo se llama?

ANA MARIA MATUTE.—Andrea.

CASTRESANA.—¿Y por qué se llama así?

ANA MARIA MATUTE.—Pues, yo qué sé; porque sí.

(Ramón Eugenio: «El artista es libre incluso para ponerle a sus muñecos los nombres que le dé la gana.»)

CATARINEU.—Y el niño ¿cuántos años tiene?

ANA MARIA MATUTE.—Unos dieciséis.

CASTILLO.—¿Qué ha querido hacer con esa especie de guiñol literario?

ANA MARIA MATUTE.—Acaso me ha salido algo así como un castigo a la vida rutinaria de un pueblo.

CASTRESANA.—¿Qué clase de pueblo?

ANA MARIA MATUTE.—Una aldea vasca.

CATARINEU.—¿Qué clase de aburrimiento sufre esa pequeña localidad?

ANA MARIA MATUTE.—Quizá la rutina que trae un excesivo

aburguesamiento y una fácil comodidad.

CASTILLO.— Sus personajes distraen al pueblo entonces y lo emocionan.

ANA MARIA MATUTE.— Sí, mis personajes; sobre todo, Marco... (Ramón Eugenio: «...que es un peripatético de las nubes.») ...hacen que el pueblo se conmueve y trastorne.

CASTILLO.— Marco entonces tiene el carácter de reactivo.

ANA MARIA MATUTE.— Eso es. La llegada de estos seres extraños motiva que el pueblo encuentre accidentalmente una nueva forma de vida.

CASTRESANA.— Marco es un tipo divertido entonces.

ANA MARIA MATUTE.— Es más bien un soñador. Como aventurero es una birria.

(Ramón Eugenio: «Marco marca los tiempos del sueño y del des-sueño.»)

CASTILLO.—«Pequeño teatro» ¿es obra de fantasía o de realidad?

ANA MARIA MATUTE.— Es obra de fantasía y de realidad.

CASTILLO.—La Prensa y la radio han hablado mucho de que la escribió usted a los diecisiete años y que ahora la ha reformado para presentarla al premio. Las correcciones de última hora ¿incrementan el sueño, lo disminuyen o tienden a darle más sentido a lo real?

ANA MARIA MATUTE.— Las correcciones fueron más bien externas y accidentales. Se refieren más bien al estilo.

CASTRESANA.— ¿Qué maestro español acepta para su novelística?

ANA MARIA MATUTE.— Don Pío Baroja, que es un viejo muy salao.

CATARINEU.— ¿Con qué mujer novelista encuentra más afinidad?

ANA MARIA MATUTE.— Yo creo que con Mercedes Fómica, que hace una novela que respalda más al momento actual. No es que coincidamos, pero estamos más en consonancia.

CATARINEU.— ¿Quiere enjuiciarnos otros nombres?...

ANA MARIA MATUTE.— Prefiero no hablar.

(Ramón Eugenio ha comenzado rápido, fulminante, rompedor, a poner en tabla rasa y a veces con soña algunos nombres consagrados por la fama o por la publicidad. La voz de Ramón Eugenio, que parece bajar directamente del Sinaí después de una tormenta terrible, va sirviendo de música de fondo—música rusa a ratos, música francesa en algunos instantes—al murmullo como de agua de manantial de la voz de Ana María.)

CASTILLO.—Ana María, ¿creo que añade algo una mujer-novelista a un hombre-novelista?

ANA MARIA MATUTE.— No creo que añada nada más que cierto instinto maternal por las cosas y las personas.

CASTRESANA.— ¿Hay preocupación religiosa en su novela?

ANA MARIA MATUTE.— «Pequeño teatro» está exento de todos estos conflictos y preocupaciones.

CATARINEU.— ¿Qué pasa con «Luciérnagas»?

ANA MARIA MATUTE.— Que aparecerá muy pronto.



CASTILLO.—«Pequeño teatro» transcurre ahora?

ANA MARIA MATUTE. — No tiene tiempo fijo, pero más bien podía desprenderse que sucede a finales de siglo.

CASTILLO. — ¿Cómo logra remontarse de los tiempos de la actualidad y sumergirse en esos espacios tan arbitrariamente fantásticos?

ANA MARIA MATUTE. — Yo pienso que cerrando un poco los ojos.

(Ramón Eugenio: «Cerrándolos por un lado, pero abriéndolos por otro.»)

CASTILLO.—¿Qué le parece Aldcoa?

ANA MARIA MATUTE. — Usted lo sabe mejor que yo, Castillo, qué es lo que pienso de Aldcoa. Me parece un escritor bonísimo... y yo creo... (Ramón Eugenio: «Además es un tipo estupendo.») ...que si se presenta otro año le tienen que dar el premio a la fuerza.

CASTRESANA. — ¿Cómo suele escribir?

ANA MARIA MATUTE.—Yo escribo a ráfagas.

CATARINEU.— ¿Ha empezado ya a gastar de las cien mil del ala?

ANA MARIA MATUTE. — Todavía no.

(Ramón Eugenio se mete las manos en los bolsillos. Saca seis o siete duros muy arrugados y los muestra.)

CASTILLO.—¿Cuál es para us-



Ana María hace sus primeras declaraciones de «premiada» ante un micrófono. Apenas se oye su voz entrecortada. Unas frases mal hilvanadas, un recuerdo para su hijo...

ted, Ana María, mejor novela: «Pequeño teatro» o «Los hijos muertos»?

ANA MARIA MATUTE.—«Los hijos muertos».

(Ramón Eugenio comienza: «...es genial, sencillamente genial, extraordinario, portentoso...» Y sigue. Sigue y parece que vaya a seguir «in aeternum». Ramón Eugenio tiene una cuerda inacabable. Está enamorado de su mujer, pero más o tanto de su prosa y de su talento.)

SE LEVANTA LA SESION

Ha llegado el momento de poner el punto final y de pagar la cuenta. Como todavía no ha cobrado esta pareja los veinte mil duros de la suerte—y del mérito—, cada uno comenzamos a preparar nuestro duro. Hay una pe-

queña pelea. Ramón Eugenio no consiente. Los camareros nos miran un poco extrañados. Los de este café no tienen la costumbre que tienen los del «Gijón».

Ana María ha ido pontando día tras día el cimientito bien seguro para esta apoteosis del Premio «Planeta». Ana María es muy buena y ha sabido ganar. Como es cierto que también supo perder cuando le llegó la hora.

Paso franco a la escritora Ana María Matute.

(Fotografías de Mora.)

NO HAGAS MAL USO
DE TUS DIENTES

PUBLI. ORO

Utilízalos sólo para masticar los alimentos. De otra forma los dañarás directamente o en su raíz.

CENSURA SANITARIA N.º 12.068



(ES UNO DE LOS «DIEZ CONSEJOS» DE LA «CAMPANA PROFIDEN DE HIGIENE DENTAL», 1953-1954, DIRIGIDA A LOS ESCOLARES DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y QUE «PROFIDEN» PUBLICA PARA HACER LLEGAR LOS BENEFICIOS DE SU LABOR DIVULGADORA AL MAS EXTENSO NUCLEO INFANTIL.)



LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

LIBANO

LA PEQUEÑA EUROPA DE ORIENTE MEDIO



Los famosos cedros del Líbano

La antigua Fenicia hace honor a sus antepasados convirtiéndose en cerebro director de los

(Desde Beirut, por nuestro enviado especial Fernando P. de CAMBRA

EN esta mañana soleada, la bahía de San Jorge, se abre como en un fraternal gesto de acogida. Es como un símbolo del país. Por la banda de estribor, la mole roqueña de Ras-Naura, va cerrando la amplitud mediterránea. A babor, las ondulaciones de Nahr-el-Kabir se desdibujan entre la calina. En conjunto, el panorama forma una especie de sinfonía azul, abarcando todas las tonalidades de la gama. Azul verdoso el mar cuajado de borregos por el ventarrón del Noroeste que nos viene acompañando desde que zarpamos, hace veinticuatro horas escasas, de Alejandría. Azuladas las montañas del fondo, que proyectan sobre el horizonte las cumbres bravías de «Rornetes-Suda». «Dahr-el-Quadhib», «Yebel Mneitrev», «Yebel Sannine» y «Kenissé», hasta vertiginosas alturas de tres mil metros. Y por fin, azul celeste el firmamento, sin que el menor nubarrón venga a empañar su unida pureza.

Son el telégrafo de máquina en «avante poca», avanzamos pausada y lentamente en dirección a Beirut, cuyo enjalbegado caserío va desfilando a la derecha.

BEIRUT, ESCALA DE LEVANTE

Un puerto de Levante, pero no como otro cualquiera. A lo largo de esta vida inquieta, intercalada

FIDELIDAD A LA LIGA ARABE Y FE EN SUS DESTINOS

AMISTAD Y SIMPATIA HACIA ESPAÑA

países árabes

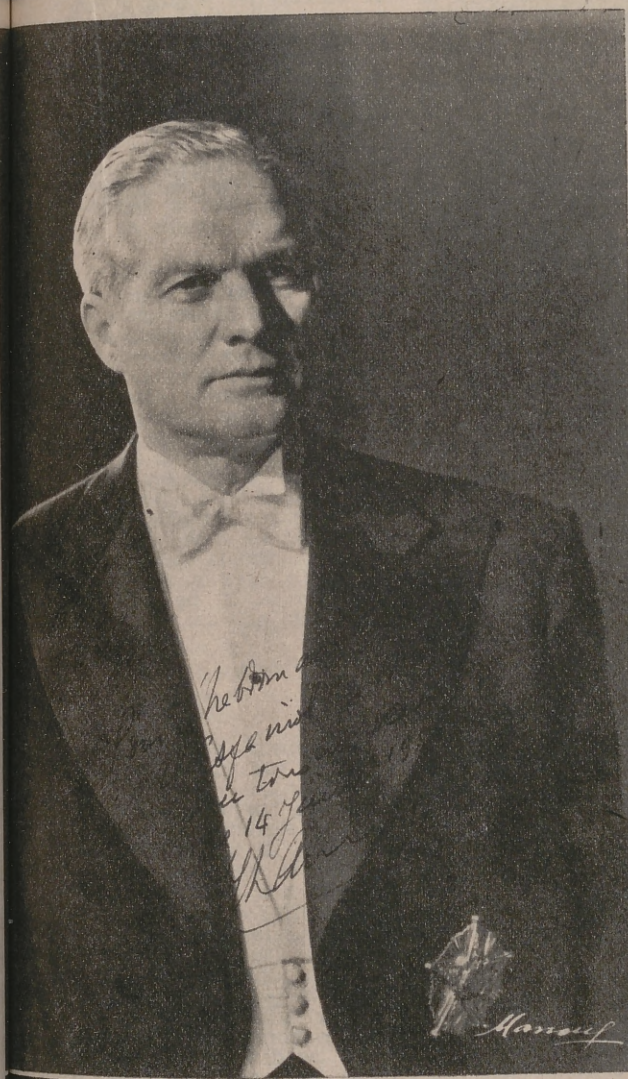
de escalas levantinas, Beirut constituye una novedad extraña. En los demás fondeaderos del Oriente Medio saldrá a recibirnos el escándalo de los vendedores ambulantes que muchas veces ofrecen una mercancía inclasificable para las estadísticas de importación-exportación. Desde El Pireo hasta Alejandría, pasando por Salónica, Limasol, Port Said, Larnaca, Alexandreta y Latakia, hasta el menos observador puede darse cuenta de que se halla en la antesala de Oriente. Panorama, usos y costumbres han dejado de pertenecer a Occidente, pero todavía no constituyen la exacta representación oriental. Será el Oriente Medio, con todos sus defectos y virtudes exasperados en medias tintas. Algo así como un mestizaje raro, en que predominan alternativamente las gotas de savia que depositaron docenas de invasiones.

Beirut es algo diferente y reserva más de una sorpresa a quienes viajan en busca de leyendas. Beirut, en lugar de consti-

tuir antesala del Oriente fabuloso, legendario y por lo mismo falso, es como una ventana abierta sobre Europa. Beirut, y todo el Líbano reunido, constituyen la representación genuina de nuestra Europa en la ribera de Asia Menor. Poco exotismo, casi ningún «fez», caftán, chilabas ni candoras. Escasísimas «marchantes» de ambulante carretilla. Muchas librerías, puestos de periódicos, aparatos de radio, frigoríficos, Kodaks, maquinillas de afeitar y otras zarandajas... Resultando, el símbolo de la civilización, tal como se entiende hoy por el vasto mundo.

Además, Líbano es el paraíso de los automovilistas... Pero de esto se hablará más lejos, que no conviene empezar los reportajes por donde, lógicamente, deben terminar.

He aquí dos perspectivas del monumento: a la izquierda, la plaza de los Cañones, la avenida de los Franc...



EL MAS PEQUEÑO ESTADO DE ORIENTE MEDIO

En España somos bastante aficionados a la historia antigua e incluso moderna. En cambio, muchos pretenden ignorar olímpicamente la contemporánea. Por ello convendrá darle un pequeño repaso, a fin de situar el escenario de cuanto voy a relatar, sin dejar resquicio para las confusiones.

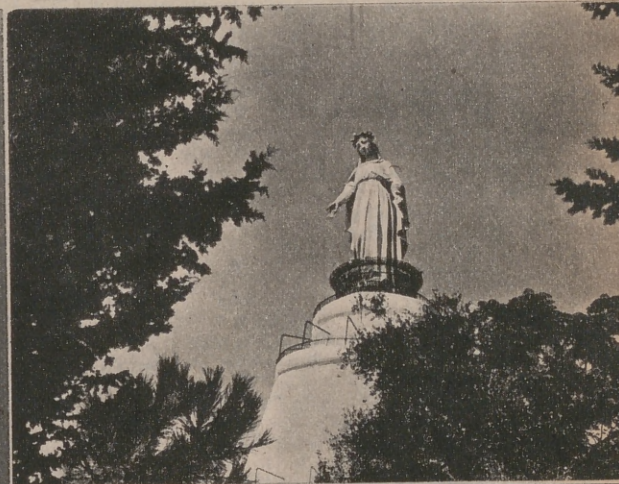
Materialmente encajonada entre la ribera del Mediterráneo oriental y la cordillera del Anti-Líbano, la República del Líbano constituye el Estado más diminuto del Oriente Medio. Las cifras cantan: 10.170 kilómetros cuadrados de superficie y 1.246.793 habitantes, es decir, poca extensión y mucha densidad, que, incluso, puede compararse a las superpobladas Bélgica, Suiza y Holanda. Dividida en cinco «mohafazats» (léase regiones o provincias), esa máxima densidad corresponde, como es lógico, a Beirut, con 19 kilómetros cuadrados y 180.000 almas, y la mínima, a Beqaa, a sean, 4.232 kilómetros y 160.000 habitantes.

Aquí los libaneses han dado en llamar a su patria la «pequeña Suiza». Tal vez sea por su configuración topográfica. O por sus ilimitadas posibilidades turísticas, que sobre la tierra de Guillermo Tell tienen la ventaja de ofrecer la doble faceta de mar y montaña, es decir, que puede esquiarse alternativamente sobre las aguas azules de la bahía de San Jorge, o por las vertientes del Gran Lí-

bano, entre cedros milenarios cercados por metros y más metros de nieve blanca. Por algo, el nombre «Líbano» tiene por origen una vieja palabra semita, que significa, textualmente, «blanco».

UN PAIS «ARABE» DE MAYORIA «CRISTIANA»

País libre, independiente desde 1926, la República del Líbano forma parte de la Liga Árabe, e incluso me atrevo a decir, como se demostrará más lejos, que puede constituir en parte su «cerebro» por su nivel cultural. Ahora bien, en este caso, «árabe» no significa, ni mucho menos, «musulmán», puesto que la mayor parte de sus habitantes profesan la religión cristiana. Católicos, copiosos ortodoxos y armenios, pero cristianos a fin de cuentas. Y esto tal vez nos explica el elevadísimo nivel cultural a que antes hice referencia, como también puede revelar por qué los libaneses beben en las fuentes europeas, haciendo máximos esfuerzos por



Monumento a Nuestra Señora del Líbano en Harissa



Los monolitos de Biblos, interesante lugar turístico

seguir el ritmo occidental, sin frenos medievales.

No tengo estadísticas a mano, ni me es posible consignar cifras exactas, pero el visitante puede abarcar el panorama desde la primera ojeada, y en cuanto trabe conversación con los naturales del país. Es algo que salta a la vista, que se impone al instante y que nos aproxima de una forma notable, a nosotros españoles, con los naturales de esta región del planeta. Tal vez sea algún recuerdo o atavismo que dejaron latente Roger de Flor y sus compadres los almogávares de mi tierra aragonesa, y oscense, por más señas.

LA ANTIGUA FENICIA

Leve consulta a cualquier tratado histórico permite darnos cuenta de que nos hallamos en la antiquísima Fenicia. Conste que ni ahora, ni en cualquier otra ocasión que estampe el término «fenicio» a lo largo de esta crónica, lo hago, ni lo haré, en sentido peyorativo. Sería corresponder pésimamente a la buena hospitalidad y trato amistoso que hallé por todas partes.

Repito que nos hallamos en la patria de los antiguos fenicios. Y si no bastasen las huellas con que tropezamos a cada paso, desde la secular Tiro hasta Biblos, pasando por Sidón, Berite y Trípoli, nos percataríamos en el acto al comprobar la febril actividad del libanés. De paso, permítaseme consignar que «fenicio» procede del sirio «foinico», que significa, lisa y llanamente, «civilizado». Creo que el libanés actual merece este nombre como calificativo.

El sentido comercial de la raza lo hallaremos a cada paso en nuestro deambular por Beirut: Comercios a porrillo, tiendas a granel, seriedad y escaso regateo. Aquí podemos adquirir toda la gama de la civilización moderna, representada por «frigidaires», radios, máquinas de escribir, o de afeitar, a precio inferior que en Norteamérica, pese a que lleven un soberbio «made in U. S. A.» estampado. Milagros del impuesto o «income tax»,

que resulta, por las trazas, inferior aquí que en el país del Presidente Eisenhower. He podido darme cuenta de que realicé un pésimo negocio adquiriendo una «Leica», hace pocas semanas, en Hamburgo; Beirut, por arte de no sé qué milagro, me ofrece hoy otro modelo más moderno casi a mitad de precio.

Antes dije que la pequeña República del Líbano tiene un millón doscientos mil habitantes. Y, para remachar el clavo de la supervivencia y atavismos fenicios, bastará consignar que en el extranjero, diseminados por el ancho mundo a través de ambas Américas, África Ecuatorial y Europa, viven dos millones y medio de libaneses que conservan su nacionalidad de origen y visitan periódicamente la madre patria. Las costumbres de hace cuarenta siglos (navegantes comerciales) se mantienen intactas como si el tiempo no hubiera discurrido.

EL PARAISO DEL AUTOMOVILISTA

En cierto momento he llegado a imaginar que, proporcionalmente al número de sus habitantes, Líbano posee más automóviles que Norteamérica. Después, la estadística me ha demostrado lo contrario. Aun cuando se acerca mucho a un vehículo por cada 25 almas.

Taxis novecitos, modernos «haigas» con marcas de prestigio, como «Cadillac», «Plymouth», «Packard» y otros nombres que parecían reservados a los archimillonarios de Europa. Por libra y media (alrededor de diez y nueve pesetas) os llevarán de un extremo a otro de la ciudad, a precio de «carrera», pues el taxímetro brilla por ausente. A razón de cinco libras libaneses la primera hora y tres las subsiguientes, podréis pasear en un automóvil silencioso y cómodo, cuanto tiempo os plazca. Otro detalle: no se acostumbra a dar propinas.

¿Por dónde ruedan estos vehículos de alquiler, sumados a otros tantos de propiedad particular, puesto que cada quisque

posee el suyo propio? Naturalmente, por vías ciudadanas y carreteras. Tres mil kilómetros suman estas últimas. En cuanto al tráfico urbano, si usted, amigo lector, no es un «driver» capaz de concederles puntos a Fangio y Ascari reunidos, renuncie a sus proezas volantísticas. Las dificultades de Beirut, sobre todo en el casco antiguo, resultan infinitamente superiores a cuantas pudiera hallar en Nueva York, París y Londres, pongo por ejemplo de ciudades congestionadas. Y éste es el reverso de la medalla, donde el paraíso se transforma en purgatorio, cuando no en infierno.

He preguntado el precio de un soberbio «Cadillac» último modelo: «Diez mil libras», me responden. Pero si quiero comprarlo en «depósito franco», añaden, podrá conseguirlo por la mitad. Y contra mil doscientos dólares, un «Chevrolet» tipo 1954. Sin placa de matrícula, naturalmente, y por tanto, sin derecho a circular por Líbano. Grande era la tentación, pero al final soltó la carcajada mientras pensaba: ¿Qué hago yo con un coche de noventa caballos, sobre la cubierta de un barco? La cuestión se me antoja broma cómica. Y he continuado circulando en taxi.

TURISMO A CONTRAMARCA

He recorrido el país de punta a punta por sus amplias rutas asfaltadas, que se encaraman con virajes de horquilla por las estribaciones serranas. Soy la menor «cantidad de turistas» que pueda imaginarse, pero he creído que era ésta una casi obligación peregrinatoria. A paso de carga, puesto que tengo el tiempo tasado por una estadía corta, de apenas seis jornadas, he cumplido unos itinerarios que en buena ley precisarían tantas veces veinticuatro horas como ahora minutos les dedico. De otra parte, jamás sentí aficiones arqueológicas. Lo cual no ha sido obstáculo para que lo visite todo.

He aquí Saída, la antigua Sidón, con las ruinas de su millenario Castillo del Mar, y las arcadas destruidas del puente que le unió a tierra firme. Esta es la mezquita de El-Kechtié, que data del siglo II de la éjira. Y el «Río de las Pulgas», o «Nahr-el-Barghut», cercano a la «Caverna de Apolo», donde hace cien años descubrieron el sarcófago de Echmunazar, un rey fenicio.

Más al Sur todavía llegaremos a Tiro, donde, según el guía afirma, no hay absolutamente nada que ver. Por llevarle la contraria, me place detenerme junto al mar, evocando las naves fenicias que en épocas remotas se lanzaban a la pacífica conquista de lo que más tarde Roma imperial bautizó «Mare Nostrum»... Después le tocará el turno a Zahlé, encajonada entre montañas pétreas, a orillas del Bardauni, y encaramando su caserío como Dios le dió a entender, por el declive de ambas colinas circundantes... Y Baalbek, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, puesto que existía antes del Diluvio Universal, y es fama que nuestro



La mezquita y el castillo de los tiempos de las Cruzadas, de Jbail

padre Adán residió allí antes de ser enterrado en Zezdaní. También nos mostrarán el lugar donde vivió Caín, tras haber dado muerte a su hermano Abel... Y las ruinas del templo de Salomón... Y una inscripción a la octava legión macedónica.

Pero basta de ruinas, historia antigua y citas antañonas. La época moderna en que vivimos exige mirar hacia adelante so pena de romperse los huesos a la vuelta de cualquier esquina. Regresemos, por tanto, hacia Beirut y sus problemas, que por alto ostenta la capitalidad del Líbano.

EMPORIO DE CULTURA

—La «élite» de Oriente Medio reside en Líbano—me afirma quien tiene derecho a saberlo, puesto que lleva bastantes años viviendo en el país.

Es cierto. La lista de sociólogos y literatos que me han mostrado parece impresionante. Otro tanto resulta de los cenáculos, revistas literarias y grupos más o menos filológicos que me presentan. Pero si el nivel cultural de un país debe medirse por los diarios, revistas o semanarios que se publican, no cabe duda de que el Líbano bate todas las plusmarcas, habida cuenta su población de hecho y derecho.

Júzguese por su enumeración, y de esta manera cómoda elimino cualquier comentario de mi propia cosecha. En Líbano, con un millón doscientos mil habitantes escasos, se publican 37 diarios, entre matutinos y de la noche, que se reparten lectores de tres idiomas diferentes: árabe, francés e inglés. Vienen a continuación veinte semanarios. Y, para terminar, sesenta publicaciones, más o menos esporádicas. Esta cifra total deja tamañitas, desde este punto de vista, a las grandes capitales europeas, y alguna que otra de la libre América. Aquí viene como anillo al dedo aquel viejo refrán de que «por mucho pan, nunca mal año».

LA SITUACION POLITICA

Líbano siente decidida afición hacia nuestra Patria. Gente ponderada, en sus conceptos y forma de vida, los libaneses respetan al prójimo, de la misma forma que exigen ser respetados por éste. Admiran a España, siguen con decidida simpatía cualquiera de sus avances y éxitos en el ámbito mundial, y ponen a nuestro Caudillo Franco por las nubes, como el verdadero y exacto paladín del anticomunismo. Afirmando que no hallé en ninguna de mis charlas ni una sola nota discordante. Ni siquiera la menor reticencia.

El libre juego democrático con los inevitables partidos políticos constituye la norma de gobierno al uso en el Líbano. Tal vez, debido a esta constante oscilación y cambio de Gobierno, su trayectoria política resulte menos directa, menos firme. Sea como fuere, puede considerarse al Líbano como una cabeza directriz en el mundo árabe. Sin estridencias, razonablemente, busca eli-



El paseo del Mar, en Beirut; modernísimos edificios inician la ciudad

minar obstáculos para obtener la verdadera unión política, salvaguardando, al propio tiempo, su libertad.

Y aquí hemos topado con la cuestión batallona, capaz de herir la susceptibilidad de casi todos los libaneses. «La media luna fecunda», es decir, esa proyectada unión siriajordanalibanesa que, salvo a contadísimos ciudadanos partidarios del nuevo Estado «uno y trino», reúne pocas simpatías en esta parte del mundo. Pero como es asunto de mucha envergadura para ser tratado aquí a la ligera, y sin comenzar su triple faceta, lo dejaremos para otra oportunidad cuando el cronista andariego haya podido estudiar personalmente el panorama que, desde ese punto de vista, ofrecen Siria, Jordania, e incluso el reino del Irak.

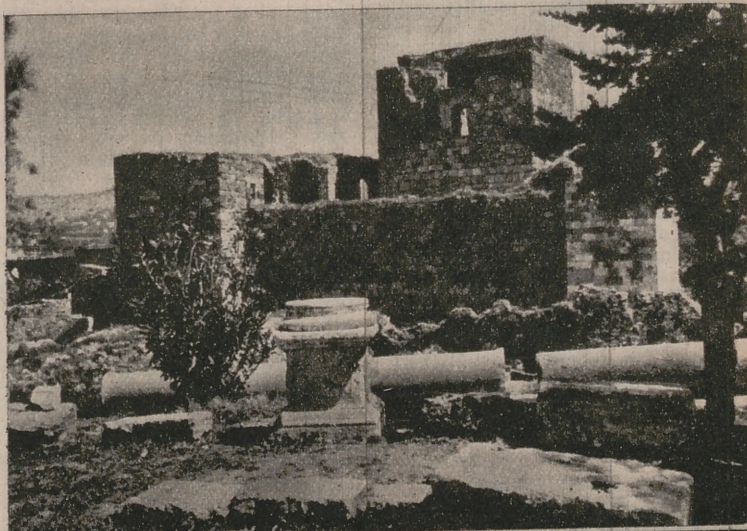
Hoy por hoy, nos limitaremos al Líbano, y como mejor que mi propia opinión hablarán los personajes del momento político, voy a reproducir buena parte de sus declaraciones en el curso de charlas que mantuvimos. Conste que he tratado únicamente el «tema exterior», que constituye

asunto de interés para todos los países mediterráneos, dejando sin visitar ni interrogar a los miembros de lo que pudiéramos llamar oposición, porque me hubieran hablado de negocios internos que de fronteras afuera interesarían poco.

LA LIGA ARABE

El Presidente de la República del Líbano, señor Camilo Channun, en cierta entrevista que su amabilidad me concedió y que tuvo por marco su despacho oficial en el palacio de la Presidencia, dijo con respecto a la Liga Árabe.

—La Liga Árabe es un organismo de gran utilidad; cuando haya coordinado eficientemente la voluntad e aspiraciones de los siete Estados que forman parte de ella, se convertirá en una potencia de primer orden, capaz de mediar e incluso decidir entre Occidente y Oriente, puesto que ambas facciones e ideologías políticas sociales deberán contar con ella, antes de tomar ninguna resolución importante, debido a que nuestros países ocupan una



El castillo de Biblos, monumento antiguo de extraordinario valor



El embajador de España en Líbano, don Juan Felipe Raneo, muestra al Presidente Chanún la Exposición de productos españoles presentada en Beirut

situación clave en una parte estratégica del mundo...

Por su parte, el señor Alfredo Naccache hasta hace poco ministro de Relaciones Exteriores del Líbano, y ex Presidente de la República en anterior legislatura, en otra entrevista me afirmó:

—La Liga Árabe ofrece un interés de primer orden, dentro de las aspiraciones y proyectos de los diversos Estados que se han adherido a ella. Y por lo tanto, merece nuestra máxima atención.

Otra opinión valiosísima corresponde al señor Halim Abbu Izzedin, destacado político, que tal vez se ha mostrado más explícito, si cabe, al afirmar a lo largo de la charla que mantuvimos:

—La Liga Árabe, constituye una necesidad para todos los países árabes. Nacional e internacional, para mantener la paz en estas regiones de Oriente Medio. Su cometido es interesantísimo, puesto que coordina la política de las siete naciones que integran la Liga entre ellos mismos y con respecto a las potencias extranjeras. Y al propio tiempo estrecha los lazos que unen a los primeros en el triple aspecto cultural, político y militar. Ahora bien—continúa diciendo—es preciso tener en cuenta la situación especialísima del Líbano, porque es un país mitad católico y mitad musulmán. Su situación es muy distinta a la de los restantes países árabes de neta mayoría musulmana. El Líbano tiene un régimen liberal y democrático, sin política dirigida. Y este hecho contribuye a que la Liga Árabe resulte más necesaria.

EL PROBLEMA DE ISRAEL

Sin que nosotros lo evoquemos, fatalmente, a lo largo de estas conversaciones, amablemente concedidas al cronista por personalidades relevantes del país, surge el problema que, para los pueblos árabes significa la existencia de Israel. Y he aquí las opiniones que sobre tan llevado y traído problema me proporcionan espontánea y naturalmente mis interlocutores:

—Para el Líbano—declara el Presidente de la República, señor Chamun—Israel constituye exactamente el mismo problema que para los demás países que forman parte de la Liga Árabe. La supervivencia de Israel es una gran injusticia cometida contra el pueblo de Palestina que se ha visto expulsado de sus hogares por la fuerza, y despojado de sus bienes en provecho de unos extranjeros.

—El mundo árabe—afirma el señor Naccache—se enfrenta con un enemigo extremadamente militarizado: Israel. Todo lo que nos aparte de esta idea, es decir, las querellas intestinas, o mejor dicho nuestras disensiones particulares, pueden traer como consecuencia lógica que en lugar de pequeñas agresiones, como se producen ahora en las fronteras de Palestina, surjan operaciones militares de envergadura de nuestros enemigos.

—Frente a los conflictos que significa la existencia de Israel—dice el señor Fuad Ammoun—nosotros deseamos proteger los Santos Lugares...

—El Líbano—asegura el señor Halim Abbu Izzedin—, como país árabe miembro de la Liga, no re-

conoce ni reconocerá nunca el Estado de Israel. Nuestra posición es que se cumplan y ejecuten las resoluciones de la O. N. U. de 1948, 1949 y 1950, en lo que concierne al reparto de Palestina, el retorno a sus hogares de los refugiados árabes, y reparaciones de tipo pecuniario, para los que no quieran retornar. La internacionalización de Jerusalén y de los Santos Lugares, e incluso la existencia misma de Israel, deben estar condicionadas a esos tres principios de la O. N. U.

«AMISTAD Y COMPENETRACION CON ESPAÑA»

El tema de España surge más espontáneo todavía a lo largo de las entrevistas. Con unanimidad absoluta, en cuanto pronunciar la palabra «España», se anima el semblante de mis interlocutores, asoma la sonrisa, y se disipan todos los nubarrones que ensombrecen el panorama político de este agitado Oriente Medio. Es como un oasis de paz lo que realmente significa nuestra Patria para el mundo.

El Presidente de la República, ha sido prolijo y espontáneo al hablarme de España. He aquí, puntualmente transcritos, los términos amables con que se expresó:

—Las relaciones en España y el Líbano y viceversa, son de una gran amistad y compenetración. Estas relaciones deberían incrementarse en todos los aspectos; sobre todo en lo comercial y cultural. Su propia situación geográfica en ambos extremos del Mediterráneo indica la necesidad de una absoluta cooperación, puesto que España puede y debe ser nuestra natural etapa hacia las regiones de América latina y nosotros la meta de España para estas regiones de Oriente Medio. Tenemos lazos comunes de afinidad histórica, idiomas y costumbres. Deseo consignar que los países árabes sienten un profundo agradecimiento hacia España por su actitud frente a los vitales problemas que nos conciernen. España está llamada a desempeñar un papel preponderante en las relaciones entre los pueblos árabes y Occidente. Y este papel puede y debe llevarlo a cabo, gracias al prestigio de que goza, merced a sus grandes dotes políticas y militares S. E. el Generalísimo Franco...

El señor Alfredo Naccache, se expresó en los siguientes términos:

—Creo que no hace falta recordar las relaciones históricas que unen a España con estas regiones de Oriente Medio. Este contacto, esta comunidad de aficiones e ideas, ha creado lazos de gran valor que, sin embargo, convendría desarrollar... La cultura española es esencialmente mediterránea; la nuestra también. Por ello el intercambio será interesantísimo, puesto que una y otra pueden completarse juntas. Deseo para su hermoso y legendario país, que por desgracia todavía no conozco, todas las prosperidades... Ello constituye un testimonio de nuestra admiración hacia el Generalísimo

Franco, que con su acertada y enérgica política ha sabido conducir a España hasta el puesto preponderante que ahora ocupa en el concierto de las naciones civilizadas.

Por su parte, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Extranjeros, dijo:

—Comprobamos aquí con la máxima satisfacción que las relaciones entre Libano y España se incrementan con ritmo cada vez más acelerado. Esta afirmación puede hacerse extensiva a todo el mundo árabe, que ve en España su mejor amiga. España puede y debe ser el puente que nos una con los países de América latina, de la misma forma que nosotros podemos desempeñar idéntico papel con el mundo árabe. Por estas y otras muchas razones, deseamos se estrechen las relaciones de toda clase entre ambos países...

Y para terminar, el ya citado señor Halim Abbu Izzedin, director general del Ministerio de Información, dijo así:

—Deseo hacer constar el agradecimiento de Libano y de todos los países árabes hacia España y las naciones de América española por la simpatía y espontáneo concurso que siempre nos han procurado.

Faltaba tal vez una opinión valiosísima: la del «hombre de la calle». Manifiesta su gran simpatía hacia España, sin reservas ni circunloquios. Es un «clima» que para ellas quisieran grandes naciones que son prácticamente árbitros del mundo. Y esa simpatía, ese cariño, se demuestra incluso en los actos más nimios. He podido comprobarlos personalmente. Y también en una nota pintoresca que voy a relatar con la máxima concisión.

Hace unos meses estubo en Libano el veterano ex matador de toros Pedrucho de Eibar. Al frente de una cuadrilla de novilleros ha dado a conocer la fiesta brava nacional en el propio Beirut. Ignoro cuál habrá sido su éxito artístico, puesto que no llegué a tiempo para presenciar las tres corridas que dieron, pero las referencias son inmejorables. Sea como fuere, aplauden y festejan a los toreros, incluso cuando transitan por las calles porque constituyen una representación «viva» y pintoresca de nuestra España.

Y ahora, punto final. La sirena de mi barco, ya lanzó su triple aullido de partida. Durante este crepúsculo mientras la luna carrillena asciende pausadamente por la bóveda celeste, Beirut se pierde, se desdibuja poquito a poco en lontananza. Las farolas rojiverdes, en los extremos, junto a la bocana del puerto, lanzan sus guiños sincronizados, como un adiós, o mejor dicho, un hasta la vista. La bahía de San Jorge me recibe con su maretón de Poniente, al que saluda el barco con solemnes cabezadas. Se encoge el corazón, con un poquito de nostalgia; es el inevitable «pequeño desgarró» que produce la sensación de cada partida. Allá, sobre tierra firme, quedaron nuevas amistades y recuerdos.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1 IDIOMAS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
INGLES - FRANCES - ALEMAN
LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA
Poliglophone
CON DISCOS O SIN DISCOS
Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

2 COMERCIO

MODERNISIMOS CURSOS
CONTABILIDAD - TRIBUTACION
CALCULO - MECANOGRAFIA
TAQUIGRAFIA - REDACCION
Facilitamos máquinas de escribir.

3 RADIO

MARAVILLAS ELECTRONICAS
RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO
La técnica más actual y la del más inmediato porvenir
Proporcionamos abundante material a los alumnos.

4 CULTURA

IMPRESCINDIBLE PARA TODOS
CULTURA GENERAL -
ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA
Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.
Cursos completísimos de perfeccionamiento

5 CORTE

CURSO PARA LA MUJER
CORTE Y CONFECCION
El original curso *Femina*
tantas veces imitado y nunca igualado.
Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

6 MUSICA

CON DISCOS O SIN DISCOS
SOLFEO - ACORDEON
En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.
Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

7 DEPORTE

INDICE DE UNA CULTURA
FUTBOL
Para aficionados y profesionales; clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAMORA
JUDO Y JIU - JITSU
Respaldo por la Federación Española.
Cursos teórico-prácticos.

8 CLUB CCC

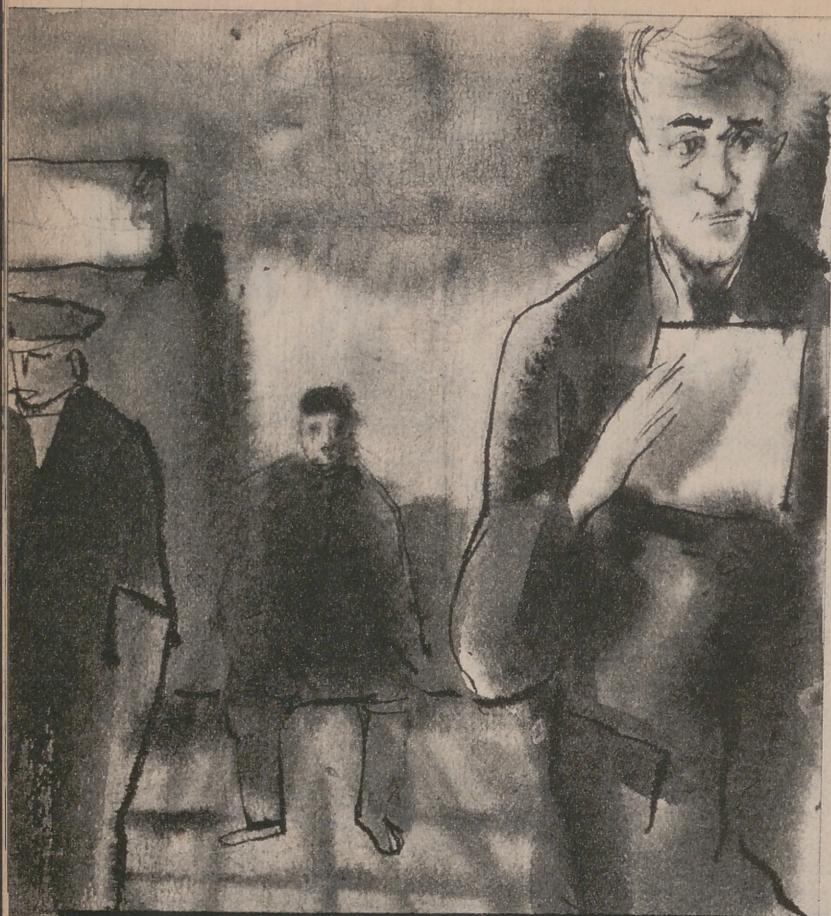
SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO
El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.
Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas.
solicita información GRATIS sobre las materias
n.ºs

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN



LA MUJER DE CERA

NOVELA

Por Carmen MARTIN GAITE

MUCHAS veces he acompañado a mis amigos, innumerables veces. He entrado con ellos en portales desconocidos y oscuros, y hemos subido los gastados peldaños de la escalera, o en alguna ocasión, poco frecuente, por el hueco arriba montados en un renqueante y viejo ascensor. Les he seguido silenciosamente a inconcretos negociados con mucho espacio libre, polvoriento piso de madera manchado de tinta, mamparas de cristales y algún banco vacío, a vestíbulos modestos de pensión o casa particular, a agencias donde se recogen y se envían paquetes. En todos estos lugares, hemos tenido que esperar mucho, y nos hemos entretenido viendo entrar y salir por las diversas puertas del pasillo a personas apresuradas y seguras, a veces demasiado sonrientes, que no han reparado siquiera en nosotros. Si pasaba demasiado tiempo sin que nos atendieran, nos levantábamos y nos íbamos con el propósito de volver otro día, o bien alguno de mis amigos nos decía que esperásemos allí y se aventuraba por las dependencias de la casa o de la oficina para ver si encontraba a la persona que supiera darle razón acerca del asunto que allí nos había llevado. Luego volvía y decía: «Ya nos podemos ir», sin explicarnos ninguna otra cosa, ni nadie de nosotros se lo preguntaba. Los demás quizá lo sabían para qué habíamos ido allí. Yo, más o menos, me lo figuraba. Siempre se trata de recoger algún recado que manda uno de Zamora, o de protestar de un impuesto o de una multa, o de localizar a un individuo que puede darnos informes acerca de una colocación. O, sobre todo, de tratar de cobrar algún dinero.

Luego, cuando hemos acompañado a nuestro amigo a hacer el recado del día, ya nos podemos ir a la taberna a terminar la tarde. Casi nunca hacemos más de un recado en la misma tarde, porque es muy fatigoso; y, si alguno de los demás necesita hacer también una cosa suya ese día, suele, a pesar de todo, demorarla para el siguiente. Esto, más que nada, porque las siete de la tar-

de en seguida se echan encima, y a esa hora todos los ciudadanos van a sentarse en algún lugar. Y, además, porque, dada la poca esperanza de éxito que nos suele acompañar en estas enredosas y confusas diligencias, el dejarlas para mañana es como dar un respiro a esta esperanza, permitir que se asiente, asegurar el sueño de esa noche y darle sentido a la luz que amanezca en nuestra ventana al siguiente día.

Yo hoy he venido con Ambrosio. A mí me han hecho pasar a este despacho que ya conozco de otros días y él está esperando fuera. Por todo lo que acabo de explicar, no me violenta nada que espere y apenas me acuerdo de él. Sin embargo, es seguro que ya habrá encontrado cosa con que distraerse. Esperar es tan habitual en nosotros, que hemos llegado a ser maestros en esta ocupación tan monótona y amarga para muchos, y hasta la saboreamos con deleite.

En el despacho hay dos mecánografos bastante guapas. Una de ellas está hablando por teléfono en voz muy baja, lo que me hace suponer que sostiene una conversación de amor. De vez en cuando hace un pequeño giro en su silla y se queda de medio perfil mirando por la ventana, mirando sabe Dios adónde, y se sonríe. Parece que huye, que se echa a volar de la habitación. La otra chica está más cerca de mí, pero tampoco me ha mirado ni una sola vez. En cambio, se mira mucho las uñas. Escrib

escribe a desgana y hace grandes pausas en su trabajo. En realidad, deben ser más de las seis; a estas muchachas ya les debían dar suelta para que se marcharan con el novio. No hay derecho a que sigan encerradas. Desde las seis en adelante sólo se trabaja por el que dirán, espe-

rando la hora de salir, y no puede contar nada de lo que se haga, si es que se hace algo. Es como al final de un partido de fútbol, cuando los jugadores echan las pelotas fuera del campo.

Se ha abierto la puerta y ha entrado el individuo que se fué antes, el que dijo que iba a enterarse de lo de mi asunto. Me parece demasiado pronto para que venga ya con una contestación y no le miro siquiera. No es que haya otras personas esperando ni, a lo que parece, ningún trabajo en absoluto, pero esto no tiene nada que ver. Es demasiado pronto de todos modos. Por eso me sorprende mucho ver que se dirige a mí y mucho más todavía que me tiende unos papeles cuidadosamente unidos por una grapa.

—Ya está. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

Saco la pluma estilográfica. Ya está la pobre para pocos trotes, pero aun tira. No pensé que la iba a tener que usar esta tarde.

—¿Aquí?

—Sí. Y aquí, por favor. Y aquí también, y aquí.

Los papeles son cuatro. No me fijo demasiado en ellos, pero así, al pasar, me parece que en todos pone lo mismo. Para lo que los quieran, allá ellos. Cuando termino de poner las firmas, levanto los ojos y le miro con curiosidad. Está estampando un sello en el primero de los papeles. Lo arranca, me lo da.

—Ahora pase a caja, al final del pasillo.

—Muchas gracias. ¿Me van a pagar?

—Sí, señor.

Salgo. Tiro por el pasillo adelante. El hombre de la caja bosteza en su jaula. Coge el papel con parsimonia.

—¿Usted es Pedro Alvarez?

—Sí, señor.

—Así que doscientas cincuenta. Menos el cinco por ciento, doscientas treinta y siete con cincuenta, ¿no es eso?

—Sí, sí, eso.

Como que me voy a molestar yo en andar haciendo la cuenta. Que me dé lo que sea. Con dos duros mismo me conformaría para esta tarde. Todo lo que me dé me cae como un regalo.

—Pues aquí tiene. ¿No tendrá usted los dos reales?

—Pues... no. Pero déjelo, es lo mismo.

—No, no, tome. Mire a ver si está bien.

—Sí, bien está. Adiós.

En el vestíbulo recojo a Ambrosio y salimos. Da gusto respirar el aire de fuera.

—¿Qué poco has tardado, oye!

—¿Sí? ¿Qué hora es?

—Antes de las siete menos cuarto.

—Ya ves, pues me han pagado.

—¿Te han pagado? ¡Qué bien!

—Después de casi un año. Ya venía por inercia, por venir.

—Sí, claro. Siempre se viene igual.

No me pregunta qué cosa me han pagado ni creo que lo sepa. La tarde está nublada, de un gris rojizo, con nubes por Poniente, allá al final de la calle, encajonadas entre las casas como boas rasgadas y sombrías. Cruzamos las calles céntricas mirando los anuncios luminosos que han empezado a brillar en las fachadas, oyendo pedazos de conversaciones de la gente que nos roza con sus cuerpos en las aceras, esperando la señal del guardia para pasar: «... un fenómeno el tipo ese, un verdadero fenómeno.» «... la falda en gris y amarillo, ¿sabes?, con mucho vuelo...» «Y yo le dije, ¡ay! hijo, de ninguna manera...» «...sí, sí, salió anteayer del hospital.» «... conque le oí gritar, porque vivimos tabique, y le digo a Jesús...» La gente se va envuelta en sus trozos de conversación, arrastrada por ellos; se esfuma, desaparece, dejando por el aire minúsculos jirones de lo que va diciendo, de voz, de risa, como pedacitos de serpiente.

Ambrosio y yo nos metemos por una calle peor iluminada, de aceras estrechas. Estas calles laterales son las de uno, calles de niños, de vecinos, de algún perro, y en ellas se descansa. Dan ganas de pararse y liar un cigarro debajo del primer farol. Vamos andando uno al lado de otro despacio, sin hablar. Realmente, no tenemos muchas cosas que decirnos. Ambrosio anda ligeramente encorvado, un poquito delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. De vez en cuando, si viene una ráfaga de aire más frío, parece que se amontona, que se aprieta la masa de su cuerpo, que se hace más dura y más pequeña. Tiene un contorno sólido y rotundo con algo de montaña o de animal efectivo, áspero, palpable. A su lado se va en compañía, pero no se siente uno comprometido a nada por el hecho de ir con otro; va uno tan libre como solo, aunque sin tanta soledad. En la primera esquina está nuestra taberna con su viejo letrero encima de la puerta: Número 5. TIENDA DE VINOS. Número 5. Hemos llegado. En la acera de enfrente todavía están iluminadas las verdulerías y las tiendas de carbón. Ambrosio empuja la puerta y entra soplando los dedos. Yo, detrás.

—Buenas tardes, Ramón.

El tabernero, que está enjuagando una frasca detrás del mostrador, levanta los ojos y nos mira. Luego hace el gesto de siempre, señalando con la barbilla la única mesa del fondo que está ocupada.

—Allí están.

De la mesa se han alzado unos rostros que nos saludan. Cuando vamos a pasar por delante del mostrador, el tabernero me hace una seña a mí para que me acerque. Me separo del otro, me detengo.

—Oye, Pedro, ha llamado tu mujer.

—¿Mi mujer? ¿Qué quería?

—No sé, no me lo ha dicho.

—¿Va a volver a llamar?

—Me parece que no. Sólo dijo: «Dígale que he llamado... o mejor no, no le diga nada.» Pero yo te lo digo por si acaso. Parecía que estaba bastante nerviosa.

Se ha apoyado de codos en el mostrador y me está espiando el rostro muy intrigado. Me molesta este tipo con su aire de misterio, de barruntar tragedias. Parece como si esperase de mí una urgente y definitiva decisión, pero yo no tengo por qué tomar ninguna. ¿Qué motivo de alarma



puede haber? Le alargo un cigarro y yo enciendo otro.

—Muchas gracias, Ramón. Voy a ver qué cuentan éstos.

Cojo un vaso vacío y arrastro un taburete hasta la mesa de los amigos. Hay uno rubio, de gafas, que no conozco.

—Hola, ¿qué hay?

—Ya ves...

Me sirvo vino tinto de la botella que está en el centro de la mesa. Mi mujer, ¿qué querría? Solamente ha llamado a la taberna en dos ocasiones, y las dos veces era para avisarme de algo importante. Cuando tuvo el aborto y cuando me fueron a buscar aquellos tipos. Por cierto, que nunca he llegado a saber cómo se enteró de que vengo a esta taberna. Dice Ramón que estaba algo nerviosa. El ya le conoce la voz; el primer día me dijo que tenía voz de santa. Vaya una tontería. Todo para darme a entender que la compadece. Ella siempre habla con esa voz dulce, como martirizada. Me molesta que use ese tono, me molestan las tragedias familiares. Yo hago lo que puedo, seguramente lo mismo que la mayoría de los maridos y también más que muchos. No soy ningún tirano, que no se hubiese casado conmigo. Ya veía que siempre he tenido mala suerte para encontrar trabajo, ya le dije que todo menos meterme en la empresa del tío Víctor, para estar sujeto mañana y tarde, poco menos que de chico de los recados. Yo no la engañé en nada, todo el día no me lo voy a pasar en casa metido por el hecho de no haber encontrado todavía ninguna ocupación fija. Para oír la suspirar y lamentarse. Pues sí que es un gusto. Lleva uno casi seis años así, y ya sabe demasiado bien las caras que le esperan si se queda en casa. Las mismas que si sale uno y vuelve algo tarde. Pero por lo menos, el rato que estoy en la calle o en la taberna vivo y respiro. Y a los amigos, no sé por qué tanto asco, si no los conoce. ¿Cuándo le entrará en la cabeza que tiene uno que alternar y relacionarse? Las veces que he ganado algún dinero, ha sido en cosas que me han proporcionado ellos.

—Oye tú, Pedro, qué callado estás. Servirle más vino a Pedro, a ver si se espabila.

Los amigos están sentados en corro y chupan sus cigarros con indolencia. Juegan con los dedos encima de la mesa, hacen dibujos con las brizas de tabaco desparramado. Siempre esperando a que alguno de los demás diga algo, pero sin importárcles demasiado que lo diga o lo deje de decir. Se

abismos en el color transparente del vino, dejan los ojos allí, a buen recaudo, como si los refugiaban. Ojos que se columpian en la superficie lisa del vaso de vino como estrellas caídas en un estanque. Hoy el rubio nuevo habla más que los otros. De lo que dicen saca en limpio que es extranjero, holandés, amigo de Dámaso. Habla mucho de lo típico y pregunta si los españoles dormimos la siesta. Yo he metido baza tres o cuatro veces y parece que ahora ya se ocupan menos de mí. Fiden otra botella, empiezan a estar contentos. Yo, en cambio, lo estoy menos cada vez. Con lo contento que venía por la calle, tan tranquilo. Esta mujer siempre le tiene que aguar a uno las fiestas. Hoy hasta había pensado emborracharme un poco para celebrar lo de haber cobrado, pero ahora todo se me ha venido al suelo. Por lo menos hasta que no sepa qué quería. Me telefonaría desde la tienda de ultramarinos. Pero no, no adelanto nada con llamar allí; ni nos conocerán por el nombre. No voy a tener más remedio que acercarme a ver. Maldita sea, con lo pronto que es. Luego de estar en casa ya no sabe uno con qué pretexto volver a salir.

Ahora están hablando de que nosotros, los españoles, somos un pueblo desordenado y altivo, de fuertes contrastes, muy parecido en algunas cosas al pueblo ruso. Hablan de literatura rusa. Yo he leído «Los hermanos Karamazov». Lo podía decir y dar alguna opinión al respecto, pero no tengo gana. Lo mejor será que me vaya cuanto antes. Si no fuera por la bronca de anoche, estaría más tranquilo. Pero pocas veces he visto a mi mujer con el coraje que tenía anoche. Cogió una manita y se fué a dormir a la cocina, nunca lo había hecho, se sometía. Y estaba terriblemente seria, sin llorar, como hace otras veces. Dijo: «Este es el final. Alguna vez las cosas llegan al final. Acuérdate de lo que te digo.» Yo hoy, para evitar cuestiones, no he aparecido por casa en todo el día. Ella siempre se sosiega mejor estando sola. Me sirvo otro vaso de vino y lo apuro de un trago. Después otro, y otro. Dámaso dice:

—Vaya, Pedro, parece que te animas.

—Es que me tengo que ir y no quiero pasar frío en la calle.

—¿Que te tienes que ir? ¿Ahora?

Todos han levantado la cabeza y me miran con asombro.

—Pero oye, si son las siete y media.

Yo sé que aunque me vaya, aquí en este rincón de la taberna las cosas seguirán el mismo curso que si me quedase, y ellos lo saben también, pero les desconcierta lo insólito del caso. A estas horas nadie tiene nunca que hacer nada. Siento un cosquilleo de pereza rodillas arriba. Me gusta sentirme retener por los amigos. Verdaderamente, qué bien se está aquí. Terminó el vaso.

—Vamos, quédate, ¿qué prisa tienes?

—No, no, de verdad. Tengo que ir a casa. Seguramente volveré a venir.

Ea, ya estoy de pie. Levantarse era lo más duro. Pongo siete pesetas encima de la mesa y me despidó.

—Adiós, hasta luego o hasta mañana.

—Pero, hombre, procura volver...

—Sí, sí, seguramente. Adiós. Adiós, Ramón.

Por éste lo siento, tener que marcharme. Seguro que se sonrie comprensivo y suficiente, a mis espaldas. Se quedará pensando que voy a cumplir con mi obligación y tonterías por el estilo.

Al salir me levanto el cuello de la gabardina. Viene un aire hostigado y ha empezado a llover. Echo a andar a buen paso. Debajo de las bombillas, contra las paredes negras, se marcan los hilos de la lluvia, oblicuos y menudos, luego desaparecen en los techos sin luz, allá danzan de nuevo fugazmente, se borran a mi paso. Otra vez se amontonan en la boca del Metro, delante de los bultos de la gente, que sale. Sube con esta gente un aliento denso, húmedo y entrecortado, como de fiebre. Bajo las escaleras. A mí me gusta este olor del Metro, aunque sea malsano, y me gusta viajar con luz artificial debajo de la tierra, y acordarme de que encima está entera la ciudad, que puede derrumbarse toda con sus luces, y aplastarnos. Se siente vértigo y escalofrío, una enorme emoción, el riesgo, la prisa de escapar. Acaba uno deteniéndose en los rostros de los viajeros que van más cerca, considerándolos con cierto afecto y compasión, como a posibles compañeros de muerte. A estas horas el Metro no va muy lleno. Me he podido sentar.

Enfrente de mí asiento van dos mujeres con niños agarrados entre las piernas, niños de ocho

años con el dedo tenazmente metido en la nariz. Habían a voces esquivando las cabezas de los niños, para poder verse la cara. Los niños se mueven sin cesar, le tiran de la manga a la madre, miran el techo, los letreros, la cara de la gente, el túnel negro, largo y misterioso. Darían, sin duda, cualquier cosa por poderse bajar en ruta a lo oscuro y jugar a bandidos, a la cueva del tesoro. Pero sería de mucho miedo. Las madres hablan y bostezan. «Este es más listo que el hambre... ¡quita, hijo, que me despeinas!; el año pasado le dieron premio en el colegio y ahora no pagamos libros ni nada. Dicen que debía estudiar en el Instituto, pero, fíjate, cualquiera...» En los ojos de la otra hay un gesto muy raro entre esquivo y atento, como si estuviera concentrada en poner cara de atender. Me aburro de mirarlas. A mi lado, junto a la ventanilla, también va sentada una persona. Desde que el Metro se ha puesto en movimiento me siento captado, atraído por la presencia de esta persona, pero no la he mirado todavía. Siento, sin embargo, la impresión de que ella me está mirando a mí. Tal vez por eso he intentado liberarme atendiendo a las mujeres que viajan enfrente, pero no han conseguido hacerme olvidar a esta otra. Yo pertenezco a la órbita de esta otra. Es también una mujer.

He fingido mirarme las manos y he visto sus rodillas cubiertas con una falda negra, de paño tosco. Unas rodillas abultadas, irregulares, como si hubieran tenido demasiado uso. Luego ha dejado asomar uno de los pies, calzado pobremente, lo ha levantado un poco y he visto que tenía la suela del zapato completamente desprendida y la superficie manchada de costras de barro. Lo ha dejado un poquito en el aire y lo ha vuelto a posar en el suelo lenta y dulcemente, exactamente cuando ha comprendido que yo ya lo había visto. Me lo estaba enseñando a mí. Era el gesto de enseñármelo a mí, ella, su pie. No había duda. Me sentí sobrecogido al darme cuenta. Aquella mujer desconocida, cuyo rostro ni siquiera había visto, me mostraba su pie como en un extraño saludo hecho a un amigo antiguo; o más todavía, como si llevase a cabo una contraseña. Aquella mujer—estaba seguro—me miraba fijamente esperando que levantara mis ojos hacia ella. Allí cerca, a mi lado, me estaba mirando, me estaba mirando. ¿Por qué me daba miedo levantar la cabeza? Era miedo, realmente. Y estábamos todavía dentro del mismo túnel interminable. Soy imbecil, pensé. Me estoy volviendo imbecil. Y decidí mirarle. Y la miré bruscamente, con desafío.

Ella torcía la cabeza hacia mi lado con un gesto de animal perseguido, y en sus ojos había un terrible espanto. Sus ojos eran negros, atrozmente grandes, y estaban incrustados en un rostro mucho más viejo que ellos, pálido, borroso, surcado de arrugas contradictorias. No se distinguía boca ni pómulos, ni apenas nariz. Solamente los ojos estaban vivos en aquel rostro que era como de otra persona. Unos ojos sedientos, heridos, implacables que gritaban y se prendían en mí igual que dos teas encendidas. Durante un cierto tiempo mis ojos se fundieron con los de aquella mujer y me entró todo el desasosiego de su mirada. Luego ella hizo un gesto apenas perceptible de bajar un poco la vista, y me pareció que quería señalarme algo que llevaba en las manos. Vi entonces que apretaba contra su pecho un envoltorio del tamaño de un niño recién nacido y que lo tapaba celosamente con el mantón que llevaba puesto. También sus manos y sus brazos se ocultaban enteramente dentro de él. Sacó una mano fuera y aflojó un poco la presión que hacía contra el envoltorio. Vi que, intencionadamente, abría una pequeña ranura en el mantón y se acercaba más a mí. Mis piernas estaban pegando a las suyas y sentía su aliento. Miré dentro del bulto y apenas pude ahogar un grito de horror. En seguida lo volvió a tapar y recobró su postura primitiva. Había sido sólo un instante, pero ya no podía volver a mirarla, estaba paralizado. Dentro del mantón de aquella mujer había un niño de pecho muerto a cuchilladas. Tenía una en el cuello y otra en un lado de la cara hacia la sien, y el resto del cuerpo lo llevaba tapado con toallas manchadas de sangre por algunos sitios. Del lado herido, la cabeza se le hundía blanda y fofa, como una pera pasada. Era un niño horrible, engurrado y violáceo y tenía la boca completamente abierta como la de un pez, y por toda la piel unas manchas mohosas.

Miré con angustia al asiento de enfrente y experimenté cierto consuelo al darme cuenta de que

Las mujeres seguran hablando de sus cosas sin haberse apercebido de nada. Ahora los niños andaban por el pasillo y se reían de un señor muy tieso, con barba. Tampoco ellos habían visto lo que iba en el envoltorio. Nadie. Nadie más que yo. Esto aumentaba mi malestar, por otro lado. Me sentía cómplice de aquel asunto, porque deseaba con toda mi alma que nadie lo descubriera. Todavía faltaban dos estaciones para llegar a la mía, pero me levanté y eché a andar hacia el fondo del vagón. No podía estar allí sentado más tiempo. Necesitaba escapar. Eché a andar sin volver la cabeza. Tenía la certeza de que la mujer se había levantado también y me había seguido, pero no miré para atrás y me apreté entre la gente que esperaba a las puertas. Qué largo el túnel. Nunca llega la primera estación. Ya, allí, las luces rojas... Y luego las puertas... ¡Venga! ¿Por qué no las abren? ¿Pasará algo?... No, ya las abren. Ya estoy fuera. Ya.

He subido las escaleras de dos en dos hasta la calle. La lluvia ha arreciado y hace mucho frío. Me meto aceleradamente por las callejas menos frecuentadas, como a hurtadillas y por algunos trechos casi voy corriendo. A la gente que me vea no le puede extrañar. Como llueve tanto. Cada vez llueve más fuerte. Todavía queda un trecho de camino hasta mi casa, pero un trecho familiar, sabido de memoria. La mercería, el hombre de los periódicos, de esas trampas cerradas, un olor a pescado de ayer. Me voy sosegando. Un crumen corriente. Tantos motivos se pueden tener para hacer las cosas. Lo de que la mujer me miraba habrán sido figuraciones mías. O si me miraría, a lo mejor estaba loca. Pero después de todo, a mí qué me importa. Nunca más la voy a volver a ver. A mí me importa lo mío. Ya estoy llegando a casa; lo mío es lo que me importa... La lluvia me empapa el pelo y me chorrea por la cara. Me despeja, me hace mucho bien. A lo mejor el niño había nacido defectuoso, o no lo podían mantener. Lo pensará tirar al río con una piedra atada. Yo es lo que haría en su caso. Es lo que hacen en las películas. Ya estoy llegando a casa... ya estoy... ya. Los ultramarinos, la soldadura autógena, la bocacalle y el portal. Si ella me pide que no vuelva a la taberna, no volveré. Hoy tengo dinero. La puedo llevar al cine. ¡Cuánto hace que no la llevo al cine!

Subo las escaleras y llamo a la puerta de casa. El corazón me salta de impaciencia. Me gusta que ella abra creyendo que soy otro. Aquí mismo, en la puerta haremos las paces. Lo primero, enseñarle el dinero y decirle que se arregle, que vamos a ir al cine. No abren, no se oye nada dentro. Son más de las ocho, las tiendas ya están cerradas. No puede haber ido a ninguna parte, ella siempre está en casa. Saco la llave y, al meterla en la cerradura, me tiembla la mano. Soy un estúpido. Qué imbécil soy. ¿Es que no voy a poder ver por la calle a una mujer con un niño muerto, o herido, o lo que sea? ¿Es que voy a tener el temple de las porteras, de los lectores de «El Caso»? Debía darme vergüenza. Cualquiera se reiría de mí.

Entro en la casa. No hay luz en ninguna habitación. Se habrá quedado dormida. La alcoba es la segunda puerta de la izquierda. Doy la vuelta al interruptor. Está vacía y la cama deshecha, como yo la dejé al salir esta mañana, con el pijama tirado y los calcetines sucios por el suelo. Me quedo perplejo en el umbral, sin ser capaz de avanzar ni de marcharme, como cuando se ha llegado a punto muerto, a un callejón cerrado. De pronto veo encima de la cabecera de la cama un papel clavado en la pared con un chinche. Me acerco y lo despego. Está escrito por mi mujer. Dice: «Pedro, me voy. Hace mucho tiempo que he debido hacerlo. Tú no me necesitas para nada y te alegrarás. Yo, por mi parte, podré encontrar alguna paz lejos de ti. Del poco dinero que quedaba de lo de mi madre, me llevo lo indispensable para algunos gastos que pueda tener al principio, y el resto te lo dejo en el armario, en el sitio de siempre. Tú sabes muy bien que me arreglaré; así que desde este momento no te vuelvas a preocupar más por mí. Lo que hago es lo mejor que se puede hacer en nuestra situación, y me figuro que estarás de acuerdo con la resolución que he tomado. No te guardo ningún rencor. Que Dios te proteja. M.»

Vaya, esto sí que tiene gracia. Me deja plantado, y que Dios me proteja. Un final de carta copiado de alguna novela de renunciación y sacrificio. Para hacerse la interesante. La vida vulgar



le parecía demasiado horrible; así llorará y se desesperará igual que cuando estaba conmigo, pero sintiéndose heroína, que siempre es otra cosa mejor. Por lo menos me podía haber dejado hecha la cama. No hay cosa que más me moleste que las mujeres incomprensidas, de gran elevación espiritual y vida interior. Realmente ésta le hartaba al santo Job. Ya volverá, si quiere. Con su pan se lo coma. Yo me cojo las vacaciones, y en paz. No me durarán mucho, no. Como que va a dormir tranquila acordándose de que yo estoy aquí solo, de que igual me da por traerme a otra para que me haga compañía. A lo mejor vuelve esta misma noche. Lo habrá decidido cuarenta veces y otras cuarenta se habrá venido a arrepentir. Y si no, ¿por qué llamó a la taberna? La taberna. Allá me vuelvo otra vez con los amigos. Ahora sí que me voy a emborrachar. ¿No dice que no me preocupe por ella? Pues así no me preocuparé, no pensaré, ni me acordaré de nada. Eso haré, emborracharme con los amigos. Ya me da hasta frío, hasta disgusto estar aquí parado como un pasmarote, en esta habitación toda revuelta. Me da hasta náusea. Huele a capilla de pueblo con exvotos de cera, a cataplasma fría. Huele a cerrado, a muerto. Parece que tiene algo de muerto. Me voy, me voy en seguida. Lo peor es apagar la luz y atravesar a oscuras el trozo del pasillo. Tengo miedo. Y bajar las escaleras. Pero luego se llega a la calle que está llena de gente, y se mete uno en el ruido, en la luz, y se olvida de todo. Sale uno, se pierde, se va.

Cuando he salido del portal sigue lloviendo con fuerza. Los zapatos me calan y tengo los pies húmedos y muy fríos. Podía haberme mudado de zapatos, pero ya no vuelvo a subir. También la mujer del Metro tenía los zapatos muy viejos, con la suela desprendida. Sólo le vi uno de los pies, me lo enseñaba ella. La lluvia se me mete por los pies y me moja los calcetines. Marcela se ha ido, ¿adónde habrá ido? Estoy nervioso, me siento como desamparado, querría estar ya borracho, vertiginosamente borracho para que todo se confundiera y fuera a la vez verdad y mentira, para no sentir el peso de mi cuerpo ni el frío de mis pies, para no tener miedo, para montar en ira y reirme y ser el rey del mundo.

Voy andando tan abstraído que he tropezado con alguien que está apoyado en la pared, en la primera esquina. Instintivamente me agarro al codo de esta persona, porque el encontronazo ha sido muy fuerte y voy a alzar la cabeza para excusarme, pero antes de llegar a la altura de su rostro, ya se me ha helado el (usted perdón) que quisiera decir, porque he reconocido los pies y las rodillas de la mujer del Metro. Ya no lleva en brazos al niño muerto, y me ha agarrado con sus manos lentas y angulosas, como de juguete mecánico. No lo he podido evitar porque el terror me inmovilizaba. Casi estamos abrazados en mitad de la acera, bajo la lluvia, y ella se ríe mirándome. Está muy cerca de mí. Le arden las manos, le refulgen los ojos, desbocados, implorantes, estampados sin piedad como boquetes de metralla en el rostro marchito de papel. Se ríe, se ríe a carcajadas, sollozando. No se puede sufrir. Me vienen a la cara las oleadas de su aliento asqueroso. Es algo superior a lo que se puede sufrir. Consigo soltarme sin dificultad y echo a correr despavorido, sin mirar por dónde voy, chocando

contra los transeúntes, contra las paredes, contra los postes y los árboles. Yo no la conozco, no sé quién es, tiene la cara de carne podrida. Si me preguntan, diré que ella me persigue, que ella me llamó y me abrazó, que en la vida la había visto hasta hoy. A lo mejor nos han espiado. La estarán buscando. Quizá no fuera conveniente correr de esta manera. Quizá corriendo así, me estoy mezclando más en el asunto. Me tiemblan las manos y los dientes, ni siquiera me fijo por dónde voy. Por allí va un coche vacío. ¡Taxi!... que no me ha visto, que se me va... ¡Taxi!..., taaxi!...

Llegué a la taberna fuera de mí. Abracé albotadamente a los amigos y eché todo el dinero que tenía encima de la mesa. No me acuerdo de lo que dijeron ni de lo que dije yo. Sólo quería beber en seguida. Les prohibí que se fueran a cenar a sus casas y creo que casi todos se quedaron. Trajeron mucho vino, pero en seguida estaba vacía la botella. Yo estaba sentado justo en el rincón, empotrado entre mis amigos, y nadie me podía sacar de allí. Desde allí veía la luz reflejada en los rostros pacíficos y alegres, y las cosas empezaban a girar y a perder consistencia. Si alguien entraba a buscarme, no me podría identificar entre aquel manojito de rostros iguales que zumbaban y se confundían. Había mucha gente sentada en nuestra mesa, siete, diez, catorce... Que venga más gente, que toda la gente de la taberna venga a sentarse aquí, que tapen el rincón, que nadie vea mi rostro, que se amontonen y me cubran, yo pago todo el vino. Luego nos fuimos de aquel sitio a otro, y a otro, y a otro, y era maravilloso caminar con tanta facilidad y ligereza por las calles que tal vez eran enormes y vacías, tal vez minúsculas y aglomeradas, que eran de acero, o de corcho, o de tela amarilla. Yo me sentía agitado por abstractos furores. No sabía distinguir si estábamos en un día de fiesta o de luto, pero de todas maneras era un día distinto, grandioso, tal vez el último que se pudiera aprovechar. Tampoco sabía a quién quería dominar y dirigir con mi impulso. Me había vuelto insolente y valentón, y arengaba a las gentes con las que nos tropezábamos, que me parecían muñecos de un teatro de feria, a punto de desaparecer detrás del telón de colores. Me reía a carcajadas y ellos pasaban de largo o acaso me miraban con ojos de prisa y de sueño, sin pararse. Hubiera podido incluso golpearles y se habrían venido al suelo sin oponer resistencia, como trapos inflados de aire. Mis amigos y yo formábamos una temeraria, invencible escuadrilla.

No sé qué hora sería cuando volví a casa. Nos habíamos quedado solos Ambrosio y yo en la esquina de un solar, y él estaba menos borracho. Me cogió del brazo y me iba llevando a pequeños tironcitos. Luego no sé por qué calles fuimos. En la puerta de casa me devolví dinero que había sobrado y me acuerdo que yo no se lo quería coger, quería que nos los gastáramos con el sereno, pero ellos cerraron la puerta y me dejaron solo en el portal oscuro, interrumpiendo el festejo de las cucarachas. Me costaba un trabajo horrible ponerme a subir las escaleras. La cabeza me había engordado enormemente y se me había vuelto de piedra. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerla rígida, porque el cuello se conservaba tierno y flexible como un tallo y era soporte insuficiente. Con gran cuidado y atención fui subiéndome peldaño por peldaño como si transportara en equilibrio un cántaro lleno, mi cabeza de piedra. Tenía que llevarla hasta la alcoba. Luego, en la cama, ya no me importaba que se desprendiese y rodase por el suelo porque yo, de todas maneras, me iba a quedar dormido. Ya estaba en mi piso. Era cada vez más difícil sostener la cabeza, se me agrandaba más y más. Conseguí agacharme flexionando poco a poco las rodillas y meter el llavín en la cerradura. Ya estaba casi todo. Ahora el pasillo, la segunda puerta y tumbarse en la cama. Me guardé la llave, empujé la puerta y entré.

El pasillo de mi casa se ensancha aquí en un pequeño vestíbulo que tiene enfrente de la entrada, por todo mobiliario, un banco de madera. A la luz que se colaba por la ventana del patio distinguí, contra la pared clara, el bulto negro de una mujer sentada en este banco. No había más que la ventana, el banco de madera y la mujer. No quise dár la luz para no despertarla, por si acaso dormía; pero me acerqué de puntillas para contemplarla de cerca. En el patio debía haber alguna ventana encendida, y así la mujer, aunque débilmente, tenía la figura y el rostro ilu-

1-VIRGINIDAD 2-DIME SI ME QUIERES 3-CUANDO NACI

ESTOS SON LOS TITULOS DE LOS

TRES POEMAS

de SOR LAURA CHAER, que puede usted leer en el número 32 de

POESIA ESPAÑOLA

minados. Llevaba un envoltorio muy apretado contra el pecho, arropado en su mantón negro, y sacaba una mano blanquísima por la ranura de este mantón. Vi que no estaba dormida. Miraba de frente a un punto fijo, con sus enormes ojos abiertos sin expresión ni pestañeo. Me moví buscando la dirección de sus ojos, hice ruido, pero su rostro permanecía inmutable. Me planté delante de ella, muy cerca, y entonces comprendí que no me veía, que no me podía ver. Era una mujer de cera. A la luz que entraba por la ventana distinguí claramente la sustancia de sus mejillas amarillentas y la de su mano lisa y pálida, distinguí la raya naranja por donde tenía pegado a la frente el pelo de verdad, que se le enmarañaba polvoriento; vi la mueca fija y amarga de sus labios inmóviles y el socavón de las ojeras, pintadas de un crudo color violeta. Y vi, sobre todo, sus ojos. Sus grandes ojos brillantes, sin movimiento. Sus ojos fosilizados, terribles, que no miraban a ningún sitio, que era peor que si mirasen. Era igual que de verdad. Estaba allí sentada en el vestíbulo de una casa cualquiera, con el gesto de estar esperando, de no saber ni remotamente lo que esperaba, con el gesto de quien se ha pasado la vida esperando y no sabe por qué. Allí estaba, ni siquiera había alzado la cabeza cuando me oyó entrar, no se sorprendía de verme entrar borracho, no me pedía explicaciones ni me las daba. Era una mujer de cera, como unas que había en París en un museo que no me acuerdo cómo se llama. Pero no representaba ninguna escena histórica. Además, aquéllas tenían unas vitrinas por delante y no se las podía ver tan bien ni llegar a su lado. Esta era igual que de verdad. Me acerqué hasta rozar el borde de su falda, que era de tela gorda y tiesa, que dejaba asomar su viejo zapato manchado, y bajé mi mano hasta tocar la suya, fría y resbaladiza, de un tacto pegajoso, como si desprendiera escamillas de polvo de piel seca. Luego miré su rostro por última vez y enjareté un confuso discurso de bienvenida. Cada vez me costaba más trabajo mantenerme de pie con la cabeza encima de los hombros. Agarrándome a las paredes, tropezando, conseguí enfiar el pasillo y alcanzar la puerta de mi alcoba. Sin encender la luz ni desnudarme me metí en la cama deshecha y me quedé dormido.

Contra la madrugada me desperté sobresaltado. Con la boca seca. Apuntaba un conato de luz en la ventana, una luz encogida y macilenta que nadaba vagamente por el cuarto y confundía las sombras y los bultos, que le dejaba a uno desnudo de sus sueños, amenazado, inseguro, alerta; que cernía nuevos cuidados y afilaba los ruidos más leves. Sudaba y sentía náuseas. Me quise incorporar. Pero en el mismo instante en que iba a cambiar de postura me pareció oír un pequeño ruido en el pasillo, y me quedé con los brazos fuera, paralizado de espanto. Bruscamente se me vino a la memoria la mujer de cera con su niño asesinado, oculto dentro del mantón, con su peluca rojiza y sus ojos vacíos y espantosos, con aquella mano colgante que yo había tocado, tibia y asquerosa mano de esperma, mano de muerto. Allí fuera, en el pasillo, a poquísimos pasos de mí, estaba la mujer de cera, acechando mi salida, alzándose en mi despertar. Palpé a la izquierda en la cama, buscando ansiosamente el cuerpo de Marcela para abrazarme a él, para sentirlo latir a mi lado y guarecer mi espanto en su calor, en su movimiento; busqué con avidez y ni siquiera estaba la huella. Sólo encontré un espacio liso y vacío. Entonces me acordé de que estaba solo en la casa con la mujer de cera, y mi horror se redobó. Me acordé de la carta de Marcela, de que se había marchado, y la eché de menos con la mayor amargura de mi vida.

Sudaba y tenía sed. Hubiera dado el resto de mi vida—tan mezquina, tan vil me parecía—por un vaso de agua. Pero no me atrevía a moverme ni casi a respirar. Estaba todavía con un brazo fuera de las sábanas, y el otro y la pierna de esa parte alargados hacia la izquierda, en la postura de buscar a Marcela y de no haberla encontrado. Solamente los ojos me atrevía a volverlos al más pequeño rumor, fijándolos en la luna del armario, donde se reflejaba neblinosamente la pared del otro lado con el rectángulo de la puerta, y así esperaba, con la cabeza tensa y el corazón parado, la más impresionante aparición.

La puerta ni siquiera estaba cerrada con pica-



recia que se movía un poco, como si alguien estuviese del otro lado. Por lo menos para cerrar la puerta con llave debía tener el coraje de levantarme, pero ¿quién podía moverse? ¿Quién era capaz de llegar hasta allí? Hasta los pensamientos me circulaban con una lentitud desesperante, como si se me apelotonasen en grumos de sangre cuajada. «Hago lo que haría si estuviese dormido—me repetía una y otra vez—. Si estuviera dormido no podría hacer otra cosa. No me muevo porque estoy dormido, porque no me entero de nada de lo que pasa alrededor. No tengo miedo porque estoy dormido.» Pero cada vez estaba más despierto, más atento a las sombras y a los ruidos; y más paralizado cada vez. Debía faltar mucho para que subiese el sol. La luz se iba espesando imperceptiblemente, pero sin dar vigor ni amparo todavía. Era una luz lechosa y raquítica, que iba enfriando los rincones, los cuerpos y y los objetos, y fingiendo sombras confusas y jorobadas por la pared.

Reflejada en la luna del armario, gris, acuosa, soñolienta, iba reconociendo la habitación; el contorno de una silla, la colcha de ganchillo, el cuadro de Jesucristo orando en el Huerto de los Olivos, los objetos de encima del tocador. Me acordaba de Marcela, me acordaba terriblemente de Marcela, de sus manos frescas y suaves sobre mi frente. Mi cabeza era ahora como un saco vacío, tal vez había rodado por el suelo; sentía el ahogo, la náusea de no tener cabeza y de estar empapado, en cambio, de aquel asco de mi lengua gorda, pesada y estropajosa. Notaba un sudor frío y copioso en el sitio donde debía estar la frente, y sudaba también por todo el cuerpo, dentro de las ropas gordas y arrugadas. Marcela me habría desnudado como a un niño, habría ido a buscar una aspirina y un vaso de agua. Ella podría salir libremente al vestíbulo y volver tranquila y sonriente sin haber visto nada. Porque sus ojos son puros y transparentes y van disipando monstruos y horrores como la luz del sol, limpiando y alegrando los lugares donde se posan. Marcela habría vuelto con el vaso de agua, y me hubiese rodeado el cuello con su brazo y me hubiera sujetado por detrás mientras bebía.

Adonde sea la iré a buscar, adonde sea la tengo que ir a buscar. Cómo me habré quedado tan tranquilo cuando se ha marchado, como habré dicho que puedo estar sin ella... Anoche mismo, cuando se fué a dormir a la cocina, debí echar a correr detrás y pedirle perdón de rodillas. ¡Dios mío, que no le haya pasado nada! Es capaz de haberse matado, ¡qué horror!, es capaz de haber hecho cualquier locura. Ahora, lo que me pida. Hasta entrar en la oficina del tío Víctor. Me dejaré guiar y aconsejar por ella, que es como una madre, que siempre lo sabe todo y conoce dónde está lo mejor. Haré lo que me pida, ahora cuando la encuentre. ¡Dios, la tengo que encontrar! A lo mejor está en casa de Manolita. O más seguro se habrá ido al pueblo de su madrina. No me acuerdo del nombre del pueblo, me duele tanto la cabeza... La última vez que estuve aquí la madrina, ¡cuánto se reía ella! Se reía de gozo, de puro gozo. Las pocas veces que, de tarde en tarde, se ha reído así, ha sido como si ese día saliera el sol por primera vez y ya no se fuera a apagar nunca la esperanza. Pero últimamente nunca se reía. A mí me irritaba aquella amargura suya, aquel gesto hosco y contraído; no lo podía soportar. Y me alejaba de su lado para no verlo. Le decía a todas horas que estaba harto de ella, harto de verla llorar. Lloraba sin ningún ruido; inclinaba un poquito la cabeza, como si estuviera recogiendo las lágrimas en el cuenco de sus manos. Casi siempre se iba a las habitaciones cerradas para que yo no la pudiera oír.

¿Por qué lloras Marcela, mi mujer, cuánto ha llorado!

Deben ser las siete o por ahí. Dentro de poco abrirán los portales. Ya se ve un poco más. Si me pudiera quedar un ratito dormido para despejar completamente el cansancio y la borrachera, para dejar madurar bien la luz del día, cuando me despertase estaría alto el sol y yo tendría nuevas fuerzas; podría lanzarme a buscar a Marcela con todas mis energías. Sólo de acordarme de ella, de la bondad que hay en sus ojos, he conseguido sosegarme y casi me he olvidado de la mujer de cera. Hasta me he atrevido a dar una vuelta en la cama y ponerme en postura más cómoda, y no me ha dado miedo que chirriasen los muelles. Pero ahora, de pronto... parece que cruje el piso de madera del pasillo. Incorporo un poco la cabeza y me quedo en tensión, escuchando. Sí, sí, efectivamente..., alguien anda ahí afuera. Antes también se oían muchos ruidos, pero eran confusos y tal vez los agrandaba mi imaginación. Ruidos de la calle, de las viviendas de encima o de al lado. Pero ahora es aquí, en la casa. No cabe duda..., es alguien que se mueve en el vestíbulo sigilosamente. Ahora se ha oído algo como tropezar con un mueble y una cosa que se cae al suelo... Y ahora pasos..., unos pasos de puntillas que vienen hacia aquí. Se me representa la mujer de cera y su terrible risa y su abrazo cuando me la encontré en la calle debajo de la lluvia. La cabeza me galopa de espanto, casi no puedo respirar... No estoy soñando, no es mentira; los pasos se acercan a esta habitación..., ya están aquí, se han detenido en la puerta; alguien quiere entrar... Ahora la empujan y la puerta chilla despacito: alguien está entrando...

Atacado de un terror indescriptible di un grito, cerré los ojos y me tapé la cabeza con las sábanas, sujetando el borde con todas las fuerzas de mis puños cerrados. En seguida sentí que alguien se acercaba y se agarraba al bulto rígido de mi cuerpo y apoyaba contra él la cabeza, y reconocí la voz de Marcela, que decía llorando:

—Perdóname, ya he vuelto, ya he vuelto...; no podía estar sin ti. No podía. Ya he vuelto; perdóname, perdóname...



Saqué la cabeza de las sábanas y me abracé al cuello de mi mujer histéricamente hasta cortar el respiro, y hundía la cara en su pelo y en sus mejillas, y apretaba sus brazos y su espalda, como presa de un ataque. Y ella me besaba y repetía:

—Ya he vuelto... Estaba esperando a que abrieran los portales. Ya he vuelto, ya he vuelto; ya no me vuelvo a ir.

Cuando pude hablar, levanté los ojos hacia ella y le pregunté con angustia:

—Marcela, por favor, escucha atentamente. ¿No había nadie fuera?

Ella me miró sorprendida:

—¿Fuera?... ¿Dónde? —Ahí, en el banco del vestíbulo. Acuérdate si te

has fijado, por Dios.

—Claro que me he fijado. Nadie. ¿Quién iba a haber? Pero... ¿por qué estás llorando? Tiembblas... ¿Por qué me besas así? Y antes, cuando entré, gritabas...

Apoyé la cabeza en el pecho de mi mujer y me apretaba contra ella, y le iba diciendo entrecortadamente:

—¡Marcela, qué miedo! Ha sido algo espantoso..., como una pesadilla. Anoche, en ese banco de fuera, había una mujer horrible; no te lo puedo explicar, Marcela. No me quiero acordar... Estaba muy borracho. Perdóname, he pasado tanto miedo... Me hubiera muerto si no vienes tú. Ahora estoy contigo; no te vuelvas a ir. He pasado tanto miedo sin ti... Perdóname, Marcela. Ya no me dejes solo, ya no me dejes solo. Para siempre contigo, para siempre...

RECUERDOS DE LA VIDA CUARTELERA

Con ocasión de la huelga del 17 vine a Madrid destinado a la Escuela Central de Tiro

Por Francisco CASARES

AUNQUE he prescindido deliberadamente de dar a estas impresiones retrospectivas, una ordenación cronológica, para subrayar los episodios más relevantes de que fui actor o testigo, enlazo en esta ocasión con mi crónica precedente, que se refería a mi iniciación como soldado de Infantería. Como corneta de un regimiento de línea, para ser más exacto.

Como dije, el cariño que me había tomado el coronel le indujo, al ser ascendido a brigadier y tener que abandonar su destino en Marruecos, a devolverme a la representación del regimiento, en Granada, a pesar de que allí no iban a aceptar con mucho agrado mi reincorporación, porque me hicieron marchar a África como consecuencia de una pequeña «trastada». Inconsciencia de la juventud. Pero la elección no era dudosa. Entre quedarse en Lauceña, aunque fuese como escribiente—siempre con el peligro de tocar la corneta, que era mi verdadero papel, o volver a la ciudad de los cármenes, con una situación cómoda, no cabía duda. Yo procuraría, con mi comportamiento, que me volviesen a estimar mis jefes. Y le dije al coronel, emocionado, que aceptaba la decisión que en mi favor había adoptado. No dejé de referirle sinceramente los motivos de haberme enviado a Marruecos. Y entonces aquel hombre excepcionalmente bueno, por lo menos para mí, hizo nada menos que esto: en lugar de tomar el tren en Algeciras para trasladarse a Madrid y presentarse en el Ministerio de la Guerra me llevó personalmente a Granada. Allí habló con el jefe de la Plana Mayor y me encomendó a su bondad. Y volví a ser mecanógrafo de Mayoría.

REGRESA MI REGIMIENTO

A los dos o tres meses el regimiento fué repatriado. Se dispuso que algunas de las unida-



des expedicionarias volviesen a la Península. Los batallones de Córdoba, número 10, fueron de los que regresaron. Y en el cuartel comenzó la actividad que había estado ausente durante la permanencia de aquel Cuerpo en Marruecos. No olvidaré nunca el momento de emoción de la llegada de las tropas. En la ciudad hubo un enorme júbilo y todo el mundo acudió a la estación, o se hallaba en las calles, por las que desfiló el regimiento.

Disuelta la representación pasé a incorporarme a una de las compañías, la «segunda del segundo». Pero no dormía en ella. Cada noche echaba a la espalda jergón y mantas y los bajaba a la oficina. En el suelo, en un rincón, entre las mesas, instalaba mi lecho, y allí descansaba. Muy temprano, al toque de diana, volvía a cargar con los bártulos y los subía a la compañía. Una pequeña molestia, pero era más agradable la soledad y, sobre todo, no tener que hacer imaginarias. El nuevo coronel, hombre de aspecto taciturno, muy rígido, con una barba negra, puntiaguda, que le hacía parecer un personaje del Greco, pidió un mecanógrafo experto. Me eligieron y pasé a la oficina de Coronela.

Era, como digo, aquel jefe un militar de aspecto impresionante. De severidad desusada, le temían todos—jefes, oficiales y soldados—un miedo extraordinario. No vociferaba ni echaba broncas, pero arrestaba a diestro y siniestro por la menor cosa. Yo tengo que decir—y recordar—que conmigo tuvo amabilidades y modos que contrastaban con lo que era habitualmente su manera de tratar a los demás. Había establecido que, cuando tocase una sola vez el timbre, era para que pasase a su despacho el comandante mayor; si pulsaba dos veces, el que tenía que presentarse a recibir sus órdenes era el sargento. Y si tocaba tres timbrazos, el llamado era yo. A mí me solía utilizar para su correspondencia particular y en muchas ocasiones para dictarme co-

sas reservadas, que yo traducía—no he sido nunca taquígrafo, pero sí aprendí a tomar unas notas rápidas, una especie de taquígrafía mía, personal—y le entregaba. Tuve buen cuidado de que jamás conociera nadie aquellos escritos. Me iba en ello el destino. Y la tranquilidad.

EL CORONEL SE SUICIDA DESPUES DE LLAMARME AL DESPACHO

Una mañana, cuando iba a terminar la jornada de oficina, me llamó. Siempre que en el antedespacho sonaba aquel timbre ronco y desagradable, los que suponían que eran requeridos por el jefe del regimiento se echaban a temblar. El primer golpe de timbre hacía levantarse de su asiento al comandante, dispuesto a acercarse a la puerta y pedir permiso para acceder. Si sonaba por segunda vez, volvía a su mesa, tranquilizado, y el gesto nervioso y la marcha hacia el despacho correspondían al sargento. Y si sonaba por tercera vez era yo el que dejaba mi silla ante la máquina y pasaba, ya sin la es-



Puerta de la Justicia en la Alhambra de Granada (fotografía del año 1917)

peranza de un cuarto timbrazo que me indicara que era otro el llamado.

Sonó tres veces el timbre, como digo. Me acerqué a la puerta. «¿Da usía su permiso?», pregunté, como siempre, cohibido, asustado. Pero no obtuve respuesta. En cambio me pareció percibir un ruido extraño, como una detonación sorda. Por estar en la puerta y haberla entreabierto para pasar cuando el coronel me autorizara, la pude oír. Los que se hallaban en el antedespacho no se dieron cuenta de nada. Pasé, en vista de no haber obtenido contestación. Y en el momento de abrir del todo la puerta y acercarme a la mesa contemplé un espectáculo que me sobrecoigió. Nunca he podido olvidar—ni creo que la olvide, aunque pasen muchos años—la tremenda impresión que me produjo.

El coronel se hallaba inclinado en su sillón, tras de la mesa, con la cabeza caída hacia un lado. En la mano derecha sostenía una pequeña pistola, que humeaba. Y de la sien salía un hilo de sangre. Fui hasta la mesa, lleno de pavor, sin acabar de percatarme de la tragedia. Pero inmediatamente pude comprender lo que había ocurrido. Acababa de dispararse un tiro. Se había suicidado. Salí del despacho dando gritos como un loco.

—¡El coronel, el coronel!... —gritaba en tanto que atropelladamente me dirigía al comandante.

—Pero ¿qué dices, muchacho? ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?...

—¡Se ha matado, mi comandante! ¡Lo he visto! Está muerto...

Los que allí se hallaban se precipitaron al despacho. Y pudieron confirmar que mi actitud y mis gritos no eran injustificados. Les había causado una explicable sorpresa y preocupación la forma en que salí de la habitación contigua. Sabiendo la rigidez y el sentido de la disciplina de aquel hombre, la falta de subordinación que implicaba el que yo diera tales voces, les extrañó. Pasaron, como digo, al despacho y vieron lo mismo que acababa de ver yo. Por la sien manaba más sangre que unos se-



Por la época a que se refiere Casares en este artículo estaba así la cuesta de los Chinos

gundos antes. La pistola había caído al suelo, desprendida de la mano sin vida del suicida. No lo pude remediar. Me eché a llorar como un chiquillo. ¿Lástima? ¿Pena? ¿Miedo? Yo creo que esto último. No me di cuenta de nada. La situación dramática que allí se produjo, el nervosismo de todos, el dar órdenes unos y otros sin saber realmente lo que debían hacer, pusieron una nota de intensa confusión en la oficina de Coronela. Recuerdo, sí, la llegada minutos después de una camilla y el traslado del cuerpo inerte del coronel, de uniforme.

Al día siguiente se verificó el entierro. Desfiló la carroza mortuoria por las calles de la ciudad en medio de un silencio impresionante. No tenía simpatías aquel jefe entre la población. Muchas familias tenían oficiales o soldados en el regimiento de Córdoba y conocían la fama de energico, de intransigente, del coronel. Aunque se procuró ocultar la forma en que había muerto, se difundió rápidamente. Era inevitable. Todo Granada supo que el coronel se había suicidado. No recuerdo su nombre. Aunque lo tuviese en mi memoria no lo citaría por respeto a aquel infortunado militar, cuyos actos de excesiva severidad le habían granjeado antipatías generales, y cuya decisión de quitarse la vida nadie llegó a saber a qué causas obedeciera. Se dijo que padecía una enfermedad crónica y dolorosa y que eso era lo que le amargaba. También se habló—pero yo creo que era un bulo—de determinadas contrariedades familiares. El hecho es que el pobre soldado cayó por su propia y personal resolución. Y el sepelio fué un acto que revistió la misma severidad—las tropas formadas, como era de ordenanza, y el pueblo granadino, respetuosamente silencioso en las aceras de la Gran Vía y calle de Reyes Católicos—que había sido el signo característico de la vida de aquel jefe del Ejército del que yo había sido una especie de confidente y secretario.

Lo que nunca pude discernir por más que pensé en ello es por qué me llamé a mí en el momento de suicidarse. Porque el hecho fué indudablemente así. Tocó el timbre tres veces y en seguida, sin esperar a más, sin que yo llegara a presentarme en la puerta de su despacho, se disparó el tiro que le dejó inmediatamente sin vida. ¿Por qué fué a mí a quien aquel hombre eligió para que fuese el primero en llegar a él después de matarse? ¿Qué pasó por aquel cerebro, sin duda conturbado, enloquecido, para hacer así las cosas, tocando primero el timbre para llamarme y apretando seguidamente el gatillo de su pistola? No lo sé. Lo que sí recuerdo es que estuve varios días fuera de mí, nervioso, descompuesto, empavorecido. Y que la estampa trágica de aquel militar ensangrentado, con el revólver en la mano, no se ha borrado de mi memoria.

Unos días después fué destinado al regimiento el coronel don Antonio Díaz Barrientos; granadino, que había ejercido diversos cargos en sus anteriores categorías castrenses en el mismo regi-

miento. Era muy popular en Granada, y su designación para el mando de aquella unidad fué acogida con verdadera satisfacción. Me presentó a él el comandante y seguí en el mismo puesto de secretario y persona de confianza. La tónica cambió. Donde rigidez, cordialidad. Es compatible con la disciplina, y el nuevo jefe del regimiento tenía un gran sentido humano, era sencillo y afable y dejó un gratísimo recuerdo.

VIAJE A MADRID Y DESTINO EN LA CORTE

Llegó, estando yo en aquella oficina, la huelga revolucionaria del verano de 1917. Se dispuso por el Gobierno que fuerzas de diversas guarniciones de provincias se trasladaran a Madrid para reprimir los desmanes de los huelguistas. Me he referido ya a aquel movimiento sedicioso y gicés en estos capítulos, que servirán de base a mis futuras Memorias, el episodio de la Cárcel Modelo de Madrid, cuando el plante de presos. Al regimiento de Córdoba, número 10, le correspondió, como a otros, destacar a la capital de la Monarquía a unas cuantas compañías. No puedo precisar ahora el número de ellas. A mí, como adscrito a las oficinas, no me tocaba venir a Madrid. Pero le pedí al coronel que me incorporase a los expedicionarios. Desde que salí una noche por la estación de Atocha para empezar mi vida militar no había vuelto a ver a mi padre y mis hermanos. Aquella era una ocasión magnífica para lograr ese sentimental deseo. Y aun cuando la expedición podía ser peligrosa, por la misión represiva que traíamos a Madrid, y, desde luego, el viaje no iba a ser de placer, la ilusión de encontrarme con mis familiares me impulsó a solicitar aquel favor. El coronel me lo hizo. Y en un tren militar especial salí una noche para hacer el viaje contrario al que hiciera un par de años antes. Conseguí más. Me autorizó el jefe de las fuerzas expedicionarias—por indicación del coronel—a que, en vez de dormir en el cuartel en que se daba alojamiento a los soldados llegados de fuera, lo hiciera en mi casa. Me encontré antes casualmente en la calle de Amaniel a mi padre. Iba yo hacia la casa paterna, lleno de emoción, cuando nos dimos de cara. No necesito describir la inefable ternura que tuvo aquel encuentro. Mi padre no me había visto de uniforme. Nos abrazamos. Lloré nuevamente como un chico. Y del brazo de mi progenitor me encaminé al piso en que, en la calle de San Vicente Baja, vivía mi familia.

No tuvimos que intervenir apenas. Las fuerzas de otros Cuervos, cooperando a la función represiva o de vigilancia de la guarnición de Madrid, cumplieron el objetivo asignado. Mi regimiento se mantuvo casi inactivo en el cuartel del Conde Duque, donde fué alojado. Y yo me presentaba allí todas las mañanas. Me vino muy bien por la cercanía de la casa. A los tres o cuatro días se nos dió orden de

volver a Granada. Me despedí de los míos y marché de nuevo a mi servicio, pero esta vez iba más triste. Acaso dos años antes la sugestión de la novedad o el ser algo más chico me pusieron otras alegrías e ilusiones en el espíritu. La nostalgia empezó tan pronto como arrancó el convoy en Atocha. Mi padre se había casado en segundas nupcias, mis hermanos estudiaban y yo dejaba nuevamente atrás un hogar tranquilo, cristiano y donde la vida era amable. Pero había que seguir. Mi compromiso de voluntario era por cuatro años. Por aquellos días «ascendí». Había cumplido los dieciocho años y pasé de corneta a soldado de segunda.

Al volver a Granada, me reintegré a mi puesto en la oficina. Y allí trabajé a las órdenes del coronel Barrientos, hasta fines de año, en que vine destinado a Madrid. Esto merece una explicación. Puede parecer extraño que a un soldado se le cambie de regimiento. No suele ocurrir. Pero la suerte seguía favoreciéndome. Un día mañana, a poco de volver a Granada, leía yo el «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra», y me encontré con una circular en la que se disponía que, cada Regimiento de Infantería, diese el nombre de un soldado para incorporarse a la plantilla de la Escuela Central de Tiro. Tanto en su oficialidad como en la tropa, esta unidad se nutría de elementos de otros Cuerpos. Pensé, en seguida, que era mi oportunidad. El soldado que designase el regimiento de Córdoba podía ser yo. Y, ni corto ni perezoso, esa misma mañana le hice la petición a mi coronel:

—Yo quisiera ir a Madrid. Mi padre me ha dicho que quiere tenerme a su lado. He de terminar el Bachillerato. Si usted no tiene inconveniente, mi coronel, el soldado que piden del Ministerio de la Guerra, para la Escuela de Tiro, podría ser yo.

El jefe me contestó que sí, que me propondría.

—Me dejas sin un auxiliar excelente. Eres muy útil. Pero yo no tengo derecho a ser egoísta. Tengo hijos, y quiero, también, para ellos, lo mejor. Haz tú mismo el oficio, lo firmaré, y ¡qué se le va a hacer!, me quedaré sin tus servicios.

En efecto, a los quince o veinte días, llegó la noticia. Yo leía, impaciente, cada mañana, el «Diario Oficial». Hasta que mi vista tropezó, un día, con la relación de soldados, de diversas unidades, designados para incorporarse, en Madrid, a la Escuela Central de Tiro. Salí de Gradana otra vez. Me despedí de mis antiguos compañeros, de mis jefes, del coronel que tan paternalmente me había tratado. Y de la ciudad, que he visitado después tantas veces, con devoción, con admirativo entusiasmo. La verdad es que, en aquella etapa de mi servicio militar, no conecté espiritualmente con la bella ciudad de la Alhambra. La poca edad y las especiales circunstancias de mi presencia en ella, no eran los factores más apropiados para cultivar el turismo. Cuando, más tarde, me he deleitado, absorto y emocionado, ante las bellezas seculares, en los jardines del Generalife, en el soberbio palacio árabe, único en el mundo, en las cuevas del Sacromonte, y tantos otros parajes



Una formación de tropas repatriadas de África, en el Cuartel de la Montaña de Madrid, en 1917

granadinos, me causó rubor pensar que había desperdiciado dos años. Pero era, en realidad, una criatura. No tenía la serenidad, ni el juicio necesarios, para detenerme a satisfacer apetencias estéticas y del espíritu. Después me he resarcido.

«ASISTENTE» DE UN CAPITAN

Llegué a Madrid. Me presenté en la Escuela de Tiro. Estaba instalada en el cuartel de San Francisco. Pasé casi una mañana entera en las oficinas con otros soldados llegados de provincias, esperando que me diesen instrucciones para comenzar mi nueva etapa de servicio. Mi aspiración, naturalmente, era lograr que me dejasen en las oficinas y que, rebajado de rancho, se me autorizase dormir en mi casa. Así, podría continuar mis estudios. Y, además, sentía ya el comecón de hacer periodismo. No sabía cómo, ni dónde. Pero tenía esa ilusión: ser periodista. Sin embargo, me hallaba preocupado. Allí, no conocía a nadie. Mi padre tampoco tenía relaciones ni amistades entre el elemento militar. Tenía que ser, otra vez, la suerte, la que me deparara la satisfacción de mis deseos. Y en estos pensamientos estaba, cuando se me acercó un capitán, de aspecto solemne, alto, de barba rubia, muy bien portado. Las preguntas vinieron a ser las mismas que las que, en un campamento africano, me hiciera, un día, un teniente coronel, que se interesó por mí, y me hizo su escribiente:

—Tú, muchacho, ¿quién eres? ¿Cómo estás aquí?

Vi el cielo abierto. No sé por qué, me di cuenta de que aquello era lo que yo estaba esperando. Cuando me escuchó, añadió, a las anteriores, esta pregunta:

—¿Quieres ser mi asistente?

Me quedé suspenso. Yo, ¿asistente? ¿Iba a tener que limpiar el calzado y llevar los chicos al colegio? Pero intuí que aquello era el comienzo de una nueva racha, buena para mí. Y le dije que sí, que encantado. Dió orden de que se me rebajase de rancho y se me autorizase a dormir en mi casa. Me citó para el día siguiente, en la suya, en la calle de Luisa Fernanda. Se llamaba ese capitán—se llama, porque, felizmente vive—don Vicente Valero de Bernabé. Me presenté, a las tres, en casa del capitán. Una a

doncella le pasó recado. Con ella me hizo saber que no tenía nada que encargarme, y que volviera al día siguiente. Así pasé varios días. Me presentaba todas las tardes en su casa, me enviaba el mismo recado, y yo me volvía a la mía. Reanudé mis estudios, suspendidos desde hacía dos años. Y conseguí el ingreso en la redacción de «El Globo», a la que ya me he referido en otro capítulo. Y más tarde, en la agencia Mencheta, donde aprendí a ser periodista, a conocer bien mi oficio. El capitán algunas tardes me hacía pasar a su despacho. Me preguntaba por mis afanes, por mis estudios, y alguna que otra vez, me encomendaba el llevar una carta, el echar otras al correo, el copiarle a máquina unas cuartillas. El capitán Valero había inventado unos morteros. Después, montó una Escuela de preparación militar, para soldados de cuota. Pero, a mí, apenas me empleaba. Me trató siempre con una consideración y un cariño singulares.

Era, también, escritor y periodista. A poco de estar yo a su servicio, le hicieron redactor de «El Figaro», periódico que financiaba y dirigía el señor Ibañez Ibero. Estaba Valero de Bernabé encargado de la sección militar y hacía crónicas de guerra. Entre sus deberes estaba el acudir al Ministerio de la Guerra, al Negociado de Prensa, donde daban, diariamente, la información castrense, a los informadores de los periódicos. Casi todos eran militares. El capitán me encomendó, sabiendo que yo actuaba ya como periodista, que fuese a recogerle la información. Lo hacía cada mañana y llevaba las notas a su casa, al presentarme por las tardes. El ordenaba aquellas notas y las mandaba a su periódico. Era lo más grato que me podía ocurrir. Mi servicio militar, convertido en una prolongación de las actividades profesionales que tanta ilusión despertaban en mí, y a las que he consagrado mi vida.

Y así con ese destino cómodo, agradable, tan de mi gusto, permanecí hasta el año 1919, en que me licencié. Ya era redactor de «La Epoca». Mi gratitud para Valero, no se ha extinguido. Siempre que le veo, se lo hago presente. En resumen para cerrar esta crónica—la fortuna siguió protegiéndome. Y con estas notas, termino lo que, en la evocación, se refiere a mi presencia en la Milicia.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

HISTORIA PARADOJICA DE LA IV REPUBLICA

Por André FROSSARD

EL AÑO CUARENTA

EN 1939 declaramos la guerra a Alemania por fidelidad a nuestros compromisos con Polonia. El 10 de mayo de 1940 los Ejércitos alemanes se desentendieron de nuestras fortificaciones e invadieron Bélgica y los Países Bajos. El Alto Mando francés había emprendido una guerra de posiciones, forma estática de combate, mientras que los alemanes tenían un Ejército blindado y motorizado propio para «la guerra de movimiento». En menos de quince días el postulado doctrinal que sostenía nuestra defensa nacional se encontró refutado por la invasión.

LA DERROTA EN CASACION

En las horas sombrías de la Historia francesa hay siempre un héroe que se eleva y pone fin a las tinieblas. En mayo de 1940, M. Paul Reynaud, presidente del Consejo, con el cortejo de sus ministros anticlericales, fué a Notre-Dame a reclamar la protección del cielo. Aparecieron dos héroes: Pétain y De Gaulle; uno representante de la Francia que es eterna, y otro de los franceses, que lo son mucho menos. El buen sentido exigía que se entendiesen entre ellos, y como no aparecían casi en público, la multitud supuso que se entendían en secreto. Se creyó durante mucho tiempo en una tierna conspiración urdida para despistar al ocupante.

LAS COLUMNAS DE JULIO

En Francia, desde la Revolución, ninguna forma de Poder resiste a una derrota.

Habiendo cesado el combate oficialmente el 24 de junio de 1940, desde el 10 de julio la Cámara de los Diputados y el Senado de la III República, reunidos en Asamblea nacional, abdicaron bajo condiciones en favor del Mariscal Pétain. El alto personal republicano confiaba «in artículo mortis» al «vencedor de Verdún» la misión de elaborar una Constitución nueva de tipo austero, propia para favorecer el renacimiento de las fuerzas morales de la nación. El Mariscal Pétain fué saludado en Vichy en términos de reconocida emoción por el presidente Herriot y el presiden-

te Jeanneney: «Guardémosnos de turbar el acuerdo que ha sido establecido bajo su autoridad.» «Sabemos la nobleza de su alma, que nos ha valido días de gloria.» La fecha 10 de julio de 1940 marca simbólicamente el fin de la III República, aunque este fin no fué objeto de la menor constatación oficial. La Asamblea del 10 de julio se desprendió del Poder constitucional en favor del Mariscal Pétain, pero bajo la reserva de que las instituciones nuevas estarían sometidas a la sanción del pueblo francés, y al no cumplirse esta condición se puede considerar que la existencia legal de la III República sigue sin interrupción bajo el reino del Estado francés. Tres regímenes requerían simultáneamente en Francia la obediencia de los ciudadanos: la III República, en suspensión; el Estado francés, por derecho simple, y la IV República, por efecto retroactivo.

Como estos tres regímenes se definían los unos con relación a los otros—el Estado francés contra la III República, a la que reemplaza, y la IV República contra el Estado francés, que condena—, es imposible negar la legalidad de uno sin poner en duda la de los otros y es absolutamente necesario reconocerlos a los tres, so pena de invalidarlos juntos.

te Jeanneney: «Guardémosnos de turbar el acuerdo que ha sido establecido bajo su autoridad.» «Sabemos la nobleza de su alma, que nos ha valido días de gloria.» La fecha 10 de julio de 1940 marca simbólicamente el fin de la III República, aunque este fin no fué objeto de la menor constatación oficial. La Asamblea del 10 de julio se desprendió del Poder constitucional en favor del Mariscal Pétain, pero bajo la reserva de que las instituciones nuevas estarían sometidas a la sanción del pueblo francés, y al no cumplirse esta condición se puede considerar que la existencia legal de la III República sigue sin interrupción bajo el reino del Estado francés. Tres regímenes requerían simultáneamente en Francia la obediencia de los ciudadanos: la III República, en suspensión; el Estado francés, por derecho simple, y la IV República, por efecto retroactivo.

Como estos tres regímenes se definían los unos con relación a los otros—el Estado francés contra la III República, a la que reemplaza, y la IV República contra el Estado francés, que condena—, es imposible negar la legalidad de uno sin poner en duda la de los otros y es absolutamente necesario reconocerlos a los tres, so pena de invalidarlos juntos.

«Histoire paradoxale de la Nème République», por André Frossard.—Editado por Bernard Grasset. París, 1954.—151 páginas.

VICHY O EL PERFIL-DERROTA

La derrota de los militares será la causa de la confusión del elemento civil.

Largo tiempo excluido de los asuntos públicos por causa de demagogia, el orden reintegrará la ciudad a favor del enemigo. Se decretará con urgencia sobre el trabajo, la familia y la autoridad. Se admitirá que la Providencia había amenazado con una catástrofe militar a Francia para sacar de ello un bien cívico. Antes de ser un régimen, el vichismo fué un Estado de espíritu. Bien pronto se veía la Internacional reducida a la clandestinidad de pagarse el lujo de defender la intransigencia patriótica contra los abandonos del nacionalismo integral. La divisa «Libertad, Igualdad, Fraternidad» se reemplaza por «Trabajo, Familia, Patria», que recuerda sus deberes a un pueblo demasiado informado de sus derechos.

ANDRÉ FROSSARD
HISTOIRE
paradoxale
de la IV^{ème}
RÉPUBLIQUE



ASSET

PETAÏN

Fué acogido mejor que un héroe, mejor que un salvador. Esta aparición de hombre apacible en el cielo negro de la derrota disipaba las sombras del mal sueño; su hermoso uniforme con- juraba el espectro de la servidumbre, y su voz paternal tenía matices suaves. Los franceses habían creído perderlo todo, pero he aquí que Pé- tain había surgido para salvar a Francia.

Los santos son canonizados mucho tiempo después de su muerte.

Pétain lo fué mucho tiempo antes de la suya. Sus faltas, sus astucias de diplomático rápidamente convertidas por los suyos en enormes mentiras de propaganda, su ineptitud para separar las puras verdades cristianas de la impura moral reaccionaria, su propósito inconsecuente de unir la astucia y la virtud, los tristes trabajos que dejó realizar bajo pretexto de «orden»... todo esto es obra de un buen querer vacío de espiritualidad real, la argamasa de un espíritu de sacrificio donde no late el corazón de la caridad.

Formar la resolución de interponerse entre el enemigo y el pueblo de Francia era hacer voto de sublime, exponerse voluntariamente a la incomprensión, a la ingratitud, al desprecio.

Para salir airoso en este cometido hubiese tenido que ser, más que un hombre de Estado, un santo; pero un santo de gran talla.

SITUACION DEL OCUPANTE

Las dos guerras a las que Francia había sido mezclada por alianza han sido dos operaciones de política interior sucesivas, contrarias e inversamente proporcionales.

Se sirve de la presencia del ocupante para cor- rurar al país del mal espíritu republicano; se aprovecha de su marcha para pasar, sobre la derecha, el rodillo depuñador que acaba de cilindrar la izquierda. Va sin decir que el ocupante, propenso por naturaleza a exagerar su importancia, y reforzado en la buena opinión que tenía de sí mismo por la oficiosidad de algunas docenas de franceses desprovistos de sentido nacional, de orgullo o de dinero, no comprende nada del carácter accesorio de su función y se conduce como un elemento determinante, con la torpeza conforme a su género.

En realidad no fué más que pretexto, pues es testigo incompetente de una laboriosa explicación entre franceses, llevado con suertes diversas por dos hombres igualmente poderosos en personalidad, y que tuvieron uno y otro la idea de colaborar con todo el mundo, excepto entre ellos.

DE GAULLE

Mientras que los orígenes democráticos y la vocación autoritaria del elegido del 10 de julio marcaban su divergencia fundamental, De Gaulle, en su isla británica, experimentaba cruelmente su desnudez jurídica.

No había sido investido por nadie y tenía conciencia de ser el verdadero depositario de la soberanía nacional. Su misión no le había venido por ninguno de los caminos de la legalidad republicana y encontró bien representar la democracia por derecho divino.

Se ha comparado con frecuencia al general De Gaulle con Napoleón.

Pero es un Napoleón que habría hecho su carrera a la inversa, partiendo de una isla inglesa.

Su fortuna nace en medio del Waterloo de junio de 1940: la célebre «llamada del 18 de junio» lleva, como se ve, la fecha aniversaria del gran desastre del Imperio. En el momento de lanzarse, el general De Gaulle no tenía más soldados que tenía el Emperador de los franceses ciento veinticinco años antes, a la misma hora. Después de Waterloo viene la campaña de Rusia, esta vez buena; el Tilsit de Casablanca, la entrada de Francia entre los Grandes (reconocimiento solemne que corresponde al matrimonio de Napoleón y María Luisa), luego la gloriosa campaña de Prusia (marchamos para atrás, no lo olvidéis) y, por último, el radiante sol de Austerlitz, que brilla en la hora épica de la liberación. En agosto de 1944 este nuevo Napoleón hace su entrada en París con la potencia de un verdadero emperador. Nadie discute su autoridad. Se le debe a su incomparable prestigio la neutralidad momentánea del partido revolucionario.

Es la época de las grandes fundaciones. Se crea una Orden de Caballería semejante a la de la Legión de Honor: «la Orden de los Compañeros de la Liberación».

Napoleón había hecho redactar el Código civil:

ahora se vuelve a escribir el Código penal y sale un Derecho mucho más nuevo que lo era el antiguo el día de su inauguración.

La ingeniosidad del sistema financiero del barón Louis había asombrado a Europa, pero las finanzas de la liberación la sobrepasa. Por último, llueven cargos y honores. Las calles están prolabadas de dignatarios, mariscales del imperio con uniforme de general F. F. I., ministros espontáneos, duques y pares de la Resistencia, senadores por decreto imperial. Nada falta a la llamada histórica. Con la presta ejecución del ministro Pucheu, el reino tiene también su duque D'Enghien.

Entonces, De Gaulle se vuelve a Notre-Dame no para recibir allí la consagración del cetro y la corona, sino fiel a su vocación de César retrógrado, para depositar allí los atributos de su soberanía.

A partir de aquel mismo día, De Gaulle va despojándose poco a poco de sus cargos y prerrogativas del poder absoluto en beneficio de las asambleas que había creado para sostener sus pretensiones.

Bajo la regla suprema de la improvisación, la República se reconstituía poco a poco con trozos de autócrata.

Se sabe que a la aparición de los granaderos de la guardia—mandados por Lucien, hermano de Bonaparte (De Gaulle también tenía el suyo, llamado Pierre, y no muy mal colocado tampoco en las asambleas)—, los diputados de 1799 habían saltado por las ventanas del castillo de Saint-Cloud, y hundiendo la cabeza en los macizos del parque, habían arrojado sus togas para correr mejor. Los diputados de 1945 se revestían de inmunidad parlamentaria, y en la sala de sesiones entraban por la ventana, porque ningún mandato legítimo del sufragio universal les daba derecho a pasar por la puerta.

Pero en enero de 1946, De Gaulle, por primera vez en los anales políticos de la Historia, dió un golpe de Estado para dejar el Poder. El estupor de la opinión pública fué considerable; en todas partes se interrogaban las gentes unas a otras. Ninguna explicación admisible se encontró entonces ni después. Se cree al general incapaz de luchar contra la inexorable subida de las mediocridades que se anunciaba a su alrededor.

ARGEL O EL PERFIL-VICTORIA

Cuatro años de concubinato con la victoria no benefician a las buenas costumbres.

INGLES BASICO

DOS OPINIONES

“...El **INGLES BASICO** es un plan muy cuidadosamente forjado para lograr un idioma internacional capaz de muy amplias transacciones de asuntos prácticos y de intercambio de ideas.”

(Winston Churchill. Universidad de Harward, U. S. A., 6-II-1943.)

“Aunque el esperanto muestre interesantes argumentos es ya más problemático que pueda mostrar conversos. En los últimos años el interés ha sido absorbido por el **INGLES BASICO**, ese ingenioso esquema que permite a los extranjeros expresarse con un vocabulario total de 850 palabras inglesas.”

(“The New York Times”, 5 julio 1935.)

Usted aprenderá el **INGLES BASICO** en muy corto espacio de tiempo con sólo media hora de estudio.

CURSO BREVE POR CORRESPONDENCIA

ALADINO INSTITUTE

Apartado 12011 - MADRID

Solicite informes sin compromiso

Sería fastidioso enumerar las faltas del Poder de Argel dirigiendo contra Vichy sus errores gemelos, oponiendo malos juicios a malos jueces, milicia contra milicia, revolución contra revolución y una especie de racismo republicano al antisemitismo reaccionario de la revolución nacional.

Los franceses no son, como se pretende, maníacos de la legitimidad; después de ciento cincuenta y cinco revoluciones y algunos golpes de Estado han aprendido que el derecho de gobernar viene como el reumatismo, con la edad.

De las cuatro Repúblicas de las que se enorgullece la Historia de nuestro país, la IV es la única que ha nacido de un general en viaje, en el decorado improvisado de una guarnición exótica. Pero «cuándo» y «cómo» son dos preguntas que permanecen sin respuesta.

«No hay ley para el justo», aseguran los místicos en el *summum* de su ascensión. ¿No son justos los resistentes de Argel? Pues no hay ley para ellos.

Desgraciadamente, donde no hay ley no hay República. Mientras el ocupante alemán permanecía en el país, a su alrededor reinaba un silencio de complicidad nacional; el silencio de los franceses tenía el matiz fraternal de las lágrimas y de las esperanzas comunes. El gran silencio de la liberación fué de otra naturaleza.

Fué un silencio opresor como los de las casas mortuorias que parecen hechos de presencia invisible. Después de la marcha del alemán y de la huida de sus auxiliares, se esparaba saludable de nuevo el rostro resplandeciente y claro de Francia y no fué así.

TUMBA DE LA RESISTENCIA

Ante Francia invadida, la Resistencia fué un acto de fe, bastante mal fundado en razones prácticas, fué un movimiento de esencia religiosa, una renovación de la antigua caballería, la aurora de una cruzada.

¿Quién se acuerda ahora de esos tiempos fértiles en valor, donde hombres sencillos, buenos y ardientes se arrojaban a la batalla con magnífica imprudencia, temerarios como en Crécy, torpes como en Azincourt, pero verdaderos caballeros, verdaderos creyentes llenos de nobleza? Olvidadas han quedado las prisiones, los sufrimientos de los cautivos que murmuraban a media voz la «Marsellesa» como una plegaria. Todo olvidado, los héroes muertos no tenían poder, ni una voz se elevaba en su defensa. Esto hizo comprender que la Resistencia no tenía supervivientes.

LA LIBERACION

Se nos dijo que estábamos libres, no lo creíamos; nos pareció que se trataba de una fábula, hasta el momento de la depuración en que nos dimos cuenta que la autoliberación no era tan inofensiva como parecía.

Se nos dice que todas las libertades siguen necesariamente al régimen democrático; la libertad de Prensa y la libertad de expresión se encontraban restablecidas en pleno derecho, pero de la extrema izquierda a la extrema derecha, nuestros diarios matinales y nocturnos eran exactos: ni una queja ni una disonancia para el régimen. Desafiando la fúnebre sociedad de los vencidos, los diarios no rompían lanzas más que para las causas ganadas.

Y entre tanto, el partido comunista tenía la intención de adueñarse de la nación. Era «nacional» por accidente y se nos daba a entender que lo era por esencia. Protegido por la ceguera, el temor y un cierto maquiavelismo para sacar provecho de la impostura, se puso al punto a firmar certificados de civismo y a rescatar asignaciones ante el asombro de todos.

Así se admitió que el patriotismo francés podía autentificarse en servir a la política rusa. Como la mayor parte de nuestras invenciones, el nacionalismo integral nos volvía a venir bajo licencia extranjera. Se nos dijo que éramos libres. Pero de todas las sensaciones que experimentamos al renacer la derrota, la libertad fué seguramente la más corta.

La vuelta de las libertades republicanas se manifestaba por un recrudescimiento de la Policía. La delación, las cartas anónimas y la iniciativa privada llenaban de nuevo los subterráneos de la Gestapo, donde los guardianes no habían hecho más que cambiar de uniforme, sin cuidar de método. Los franceses disimulaban su miedo y tenían buen cuidado de no dejar escapar ningún signo de anticomunismo.

Por la radio, los comités de depuración establecían sutiles distinciones entre deportación, tal como figura bajo el número tres o cuatro en el catálogo de los crímenes de guerra alemanes, y la trashumancia democrática, tal como los soviets saben predicarla con ventaja para el porvenir del género humano.

¡Ah!, y, además, un ministro subió un día expresamente a la tribuna de la Asamblea nacional para dar lectura de un cuadro comparativo de las víctimas de la ocupación alemana y de las ejecuciones someras de la liberación, a fin de ilustrar la moderación de las represalias patrióticas para que supiesen todos que, a fin de cuentas, los franceses habían matado menos franceses que los alemanes. Y se nos dijo que teníamos República. ¿Cómo decir el estupor de los franceses delante de esta extraordinaria República? Nombrada por el general De Gaulle, la «Asamblea consultiva» era un falso Parlamento sin capacidad legislativa, hecho para engañar nuestra sed probable de restauración democrática y el apetito de ciertos señores. Pero, ¿y la justicia? Los magistrados se disculpaban en público de su juramento de fidelidad a Pétain, explicando que se trataba de un falso juramento, lo que daba, por otra parte, entera satisfacción a los falsos jueces que se sentaban a sus lados para aplicar, injustamente, el artículo 75 del Código penal.

¿Quedaba algo sólido, algún apoyo en el que se pudiese fiar uno en este enorme caos?

No. El mismo general, en quien residían nuestras esperanzas, no era un verdadero general, puesto que lo era temporalmente.

Por su poco respeto a la justicia y a la verdad, esta liberación sucedía a la ocupación como una falsa alegría a un falso alerta.

LOS CONSTRUCTORES

Después de haber completado las destrucciones materiales del territorio quedaba darnos una democracia inédita, una doctrina social y, sobre todo, una moral nueva.

Era un verdadero placer, en otro tiempo, ver cómo las revoluciones no alteraban el orden profundo de las cosas, la «moral natural». Después de esta guerra, la «moral natural» no era tan natural como parecía. Para los marxistas, la justicia no era más que el instrumento de la revolución; el bien y el mal, lo que aprovecha o daña al partido; la verdad, lo que es oportuno afirmar. Según la palabra famosa de un ministro, la libertad era «para los que la habían conquistado». En una palabra, las antiguas verdades habían muerto y las nuevas no habían nacido. Los hombres de la liberación se encontraron en la necesidad de reconstruir a la vez, sobre ruinas francesas, un régimen, una sociedad, una moral.

Nuestros partidos son engañadores; no solamente no representan al pueblo francés que no los ama, sino que no representan tampoco sus propias ideas.

El Movimiento Republicano Popular, por ejemplo, se declara libre de toda obediencia religiosa. Todo el mundo sabe que es católico. Es un partido cristiano no confesional. Los radicales, largo tiempo ausentes de la vida política, son un partido de izquierda que vota a las derechas. El partido socialista es un partido marxista que repudia la mayor parte de las tesis del marxismo. En cuanto al partido comunista, mejor es no hablar de él. Su sola presencia es suficiente para falsear radicalmente las instituciones, las leyes, los espíritus, los corazones y hasta las conciencias. No hay, se dice, República sin partidos. Es verdad. Pero la recíproca no es cierta. Puede haber muchos partidos y no haber nada de República.

Un pueblo puede vivir en estado de guerra, en estado de sitio o en estado de ocupación y aun vivir en estado de embriaguez, como se ha visto a menudo en nuestra Historia, pero no se sabía antes de la IV República que también podía vivir en estado salvaje.

Bajo la IV República, los pensadores de la mayor parte de las escuelas tienen con la política un principio común, que es la ausencia total de principios.

¡RADIOS, HERMOSA DAMA!

El camino de Notre-Dame es el más seguro de los caminos. Hemos perdido Francia cuando se ha perdido la Verdad. La volveremos a encontrar cuando encontremos a esta última.



Este **PHILIPS**
es para Ud.

Además de recrearse con su emisión mundial favorita, DELEITESE con la reproducción más fiel de sus discos preferidos.

TOME NOTA

RECEPTOR **BE 531 A**

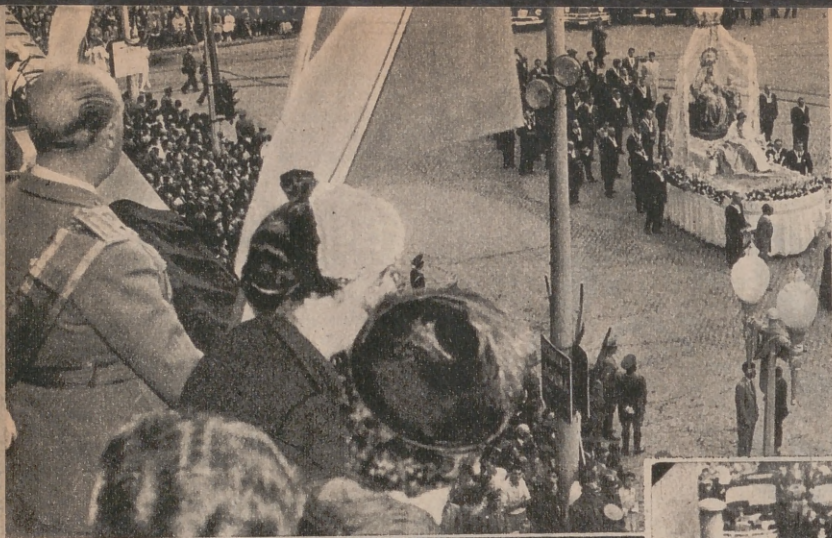
3.499,60 PTAS.

(Incluido impuestos)



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.



El Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y su esposa presenciando el desfile procesional del día del Pilar en Zaragoza

EL FERVOR MARIANO DEL PUEBLO ESPAÑOL SE EXTERIORIZO EN LA MAGNA PROCESION DEL DIA DEL PILAR EN LA CAPITAL ARAGONESA

IMAGENES CON POETICAS LEYENDAS VENERADAS A TRAVES DE LOS SIGLOS

VIRGENES ANDARIEGAS

CON LOS OJOS MIRANDO HACIA EL SUELO

A las tres y media de la tarde, sol caliente en un cielo sin nubes, empieza ya a cuajarse la plaza de las Catedrales de Zaragoza de imágenes llegadas de todas partes de España. En las calles, medio millón de personas en desbordante pleamar. Cruje la impaciencia y se apiña la emoción en el prelude del desfile procesional.

Una de las primeras en acudir a esta puntual cita de la procesión es Santa María de Estibaliz (Alava). Viene escoltada de «mifiones» de ancha boina roja. Ante la imagen, el «cachiporro» de Elciego dirige a los danzantes de Estibaliz, que no cesan de agitar su vigoroso ritmo. Danzas guerreras, heroicas. La Virgen va sobre las andas como si se deslizase por el terso cielo; tal es el pulso de sus portadores. Emanan de toda ella una aureola de cándida sencillez: sus ojos, oscuros y tímidos, miran hacia el suelo; con la mano izquierda sostiene al Niño sentado en su halda y con la derecha muestra una flor abierta. Ella misma es otra flor: rosa florecida entre nieves. Su trono y sus andas multiplican menudas florecillas blancas. Ostenta corona de cuatro florones, que recuerda, no sabemos por qué, las de los primeros condes o Reyes de León, Castilla...; pero toda severidad queda eclipsada ante los suaves efluvios que derraman sus miradas.

«ES EL SOL DE LA RIOJA»

Pero ya llega junto a nosotros Nuestra Señora de Valvanera.

«Es el sol de la Rioja, la Virgen de Valvanera»—grita alguien.



Nuestra Señora de la Peña, Patrona de Calatayud

Es el grito de los riojanos. Su piropeo colectivo y la voz más entrañable de su tierra.

Policromada y quieta, parece arrancada de un códice medieval, esta Virgen de ojos almendrados, nariz recta y labios de amapola. Sobre la tiara que le ciñe la cabeza lleva toca ajustada que le cubre el cuello. Su mano derecha abraza al Niño. Sus miradas se pierden en abstracción lejanía. El Niño alza tres dedos que bendicen y adoctrinan; con la mano izquierda sostiene un manuscrito abierto, con fina escritura visigótica.

Es una Virgen andariego, que estuvo en Santiago en 1487 y en Roma en 1950. Siendo andariego es serrana. Y navegante. Cuenta la tradición que la nao «Santa María» estaba presidida por una copia de Nuestra Señora de Valvanera. Las naves ca-



Paso procesional de la Virgen de Sancho Abarea, de Tauste

narias también se llaman «valvaneras». Danzan sin fatiga los «danzantes» de Albelda de Iregua. Del manto de la Virgen pende una lluvia de cintas de colores; cascada de sedas pueblerinas.

Se las pusieron las gentes de Cameros y de la Rioja en la peregrinación que hizo la Virgen por aquellas comarcas.

UNA VIRGEN VALEROSA Y GUERRERA

Cada imagen que entra en la plaza congrega su propia guardia de región, comarca, provincia. Los recuadros de espera están perfectamente delimitados; un guión-abanderado, de modesta envergadura, con un número para cada imagen, fija el orden topográfico; es el mismo que servirá de aquí a unos minutos para marcar el orden en la ruta por las calles zaragozanas. Plegarias incasantes; toques postreros a los troncos, a las andas. Los portadores alisan sus atuendos. Falta muy poco para que se inicie el cortejo. Siguen llegando Virgenes. La plaza de las Catedrales rebosa de gente. Espectáculo pluricolor.

Nuestra Señora de Cillas (Huesca) es una Virgen valerosa y guerrera. Sin embargo, sonríe abiertamente. Su boca se entrecierra al sonreír. Y los ojos, que miran de frente, que parecen mirar a todos, chispean de luz y de goce. ¡Ah!, pues el Niño también ríe, al bendecirnos. Ambos, sentados en trono de rica

talla, que festonean motivos de ángeles y sacerdotes, brindan su ternura, su gesto amistoso. Emergen de entre las flores que adornan las andas. La Virgen es primorosa, y el Niño... Seguro que todos los críos que presencien la procesión le van a recitar el «Jesusito de mi vida, Tú eres Niño como yo.» Porque sonríe, sonríe siempre y su sonrisa atrae, parece llamarnos. De rostro sonrosado y actitud ingenua, esta imagen vió caer destruida su ermita durante la guerra española. El santuario estaba enclavado en la misma línea del frente. Era la única salida o puerta en aquel sector.

—Junto a la ermita nacen unas fuentes milagrosas. Los enfermos acuden a ablucionarse en la víspera de San Juan—nos informan.

SOBRE UNA NUBE DE PLATA

Aquí llega la Virgen de la Vega o del Espino, sentada sobre una nube de plata que se posa con suave cautela en el espino sobriamente tallado. (Tal es el fondo de su aparición a un pastorico, en el Mont Negro, Sierra de Gúdar, Alcalá de la Selva, Teruel.) Dos cabezas de angelotes gordezuelos asoman por entre la nube, a las plantas de la Virgen, que sonríe complacida. Sobre su rodilla izquierda asienta los pies el Niño, cuyos dedos se curvan y se aprietan en la carne maternal. Abajo, el pastor, extático, hinca la rodilla y abre sus manos en gesto de esombro y adoración. Dos lanudos borreguillos tornan las cabezas hacia el pastor, mientras que el perro levanta su hocico y sus húmedas miradas a la inesperada e incomprensible aparición. Los ladridos debieron quedarse estrangulados, porque el can parece atónito. Desde 1173 que se apareció al buen pastorico, ya han pasado años. Pero la policromía de esta imagen resiste el andar y el mudar del tiempo. Su rostro y sus miradas etesoran frescura de amanecer. Es la única Virgen que ha hecho el recorrido a pie: unos cuatrocientos kilómetros, deteniéndose en todas las parroquias a lo largo de su itinerario.

Si a la Virgen de Cilla la han escoltado treinta motoristas del Moto-Club de Huesca, Nuestra Señora de la Vega ha traído su escolta de infantes, todo el pueblo, con el párroco y las autoridades al frente.

—Mañana. Y diga usted en su periódico que la tuvimos escondida cuando aquello de la guerra. Y mirela bien, por todos lados; vea lo guapa que se conserva.

CON MUSICA DE CHISTULARIS

Los chistularis entretienen su música, como una guirnalda más que floreciera en la tarde. Nuestra Señora de Begonia, de blanco y oro, entra en este momento, con serena majestad, en la plaza de las Catedrales. El Niño le florece en el pecho. Por eso, su sonrisa es toda amor. En la diestra, mano pequeñita y ensortijada, báculo coronado que remata en cruz. Lleva al cuello la medalla de oro con que la Diputación vizcaína la condecoró el año pasado, con motivo del

50 aniversario de su proclamación como Patrona de Vizcaya. Las mejillas del Niño se distienden al sonreír. La Virgen, de rostro ovalado y terso, frente alta, tiene los ojos redondos y aterciopelados y quietos. La dulce sonrisa le frunce los labios un poco. Es buena moza esta Virgen, como vasca. Pero, al mismo tiempo, grácil.

«AL FIN, MI CORAZON TRIUNFARA»

«Cantad, cantad, himnos de amor y de alabanza...» Júbilo encendido de voces infantiles precede al Inmaculado Corazón de María. Son los de la Escolanía de Barbastro; los dantzaris de Tolosa. En las aceras, arracimadas, la gente se empuja para no perderse detalle.

El escultor valenciano Rabassa ha efiado una Virgen monumental y sencilla; sobria y dulce. Los pliegues de la túnica y del manto caen sin violencia; más parecen sedefios que tallados a gubia y martillo. El rostro de la imagen transpira sosiego. Dulces miradas que se inclinan a la multitud. Su mano izquierda muestra el abierto corazón y con la otra recoge al Niño hacia sí. La carita del Niño, gordiflora y sonriente, se arrebola de contento. Se asienta esta imagen en sillón labrado, cuyas volutas superiores desmayan su giro en caracolas, sin llegar a barroquismos extremos. Esta imagen, que presidió por la mañana los actos de consagración, descansa en amplia carroza ricamente doselada. En el frontal bajo, azul sobre blanco impoluto, se lee: «Al fin, mi Corazón triunfará», palabras de Nuestra Señora de Fátima a los tres niños portugueses.

UNA GRANADA EN LA MANO

Detrás de nosotros lloran unas mujeres. Se alzan voces de hombres y de mujeres. «Santa María, Madre de Dios...» Devoción popular. Encrucijada de las calles; inmenso rosario vivo desgranándose en Zaragoza. Pasa ahora la Virgen del Pueyo (Belchite). Danzantes de Codo armonizan ante ella el «dance antiguo»; el airoso pasacalle. La imagen, sostenida por piña de ángeles con las alas estáticas, lleva en su diestra una granada. El Niño ladea hacia atrás la cabeza, para verla mejor. En el manto, figura un sol, dentro del cual campea una corona. Todo ello, bordado en oro. En la corona de plata, las doce estrellas simbólicas parecen haber descendido del cielo tibio y azul de esta tarde de otoño. Virgen menuda, de rosetones en las mejillas y sonrisa de nena, dice la leyenda que la trajeron unos discípulos del Apóstol Santiago.

CHIQUITA Y MORENA

Pero más chiquita es Nuestra Señora de Sancho Abarca (Tauté), que ahora cruza delante de nosotros. Chiquita y muy morena. Doble corona, como halo de luna y sol; una, sobre la cabeza; la otra, le nace en los hombros y, muy alta, termina en cruz. Dos ángeles morenitos, uno a cada lado, miran hacia la gente con gesto entre sorprendido y temeroso. Enmarca a esta imagen un fondo medieval de cas-



Virgen de Candelaria (Tenerife)



Nuestra Sra. de Montserrat



Imagen de la Merced

tillo, en el trono, mucho más grande que ella. Ingenua visión de consejas. También esta Virgencita se apareció a un sencillito pastorzuelo y también lleva sus bailarines que le rondan con el típico «dance de la Virgen de Sancho Abarca», su propio nombre mariano.



Santa María de Valvanera

UNA FLOR DE LAS CUMBRES

Otras dos advocaciones aragonesas desfilan en estos momentos: la Virgen de Iguacel—nueva leyenda de pastor; el pastor Iguacel—, de Jaca, llamada también «Virgen de los Pirineos», montaraz y bella, dentro del hieratismo románico (es del siglo XI). Imagen mandada hacer por Don Sancho y Doña Urraca. Historia y tradición se unen en fragante haz. Esta Virgen pirenaica es una flor de las cumbres.

Los portadores de la Virgen de la Peana, de Borja, van vestidos con alba sacerdotal y cingulo azul. La imagen distiende sus facciones en ancha sonrisa. El busto emerge de la peana que constelan rostros de angelotes, alguno con un mechón de rubios cabellos caído sobre la frente. La Virgen lleva corona-dadema de plata. Puños abullonados; escote redondo que deja ver el robusto cuello. Pues el Niño también enseña unas pernezuelas rosadas y llenitas, sembradas de hoyuelos.

La diócesis de Barbastro tiene otra Virgen del Pueyo. Bajita, regordeta, carirredonda. Surge entera de un recio arbusto achaparrado. Alza la mano derecha como diciendo: «Deteneos a mirar al Niño y a Mí.» Parece una maceta el trono de plata donde se iza la imagen. El Niño, desnudo, estira las piernecillas y alarga los brazuelos, cómodo y tranquilo, en el seno de la Madre.

COLORES DE CAMPESINA

Moreneta, como la de Montserrat, es Nuestra Señora de la Peña (Calatayud). A su paso estallan las calles de «Vivas», de aplausos. Se vuelcan las desbordantes aceras. Cara alargada, ojos bajos, colores de campesina. Cuerpo un tanto rígido—debe ser muy primitiva esta imagen—. Tiara medieval sobre las sienas. En el trono, alta y lejana, se ha parado una estrella.

—Se posaba una estrella sobre el montículo donde estaba la gruta de su aparición. La actual

sacristía de la iglesia donde se le tributa culto está exactamente encima de aquella cueva. La campana recuerda la que cubría a la imagen.

CARITA DE MUÑECA

Sos del Rey Católico. Nuestra Señora de Valentuñana (Valentín y Ana, feliz pareja de videntes). Otra Virgen morena, pequeña, de carita de muñeca. Manto y túnica de blancor antiguo bordados en oro. Al filo, una estrella de ocho puntas y, sobre ella, la «M» de su nombre, con corona real. El Niño, diminuto, le florece en el lugar del corazón; su carita se pega con el rostro de la Madre. Una rondalla aragonesa le va cantando delante.

Aromas de leyenda. Cuenta la tradición que la Virgen tenía los pañales del Niño en los bojes de Sos, que entonces no se llamaba así.

LA VIRGEN DE LOS TIRABUZONES

Desfile sacerdotal. Negros manteos al viento, como mudas campanas jubilosas. Himno mariano. Entre los sacerdotes españoles, uno negro, no sabemos si español también, de Santa Isabel de Fernando Poo. Pasa muy cerca de nosotros. Va cantando a todo pulmón.

—¡Viva la Virgen de la Cliva, que es de mi tierra!

Peina tirabuzones Nuestra Señora de la Oliva, Patrona de Egea de los Caballeros. En su manto destacan, en oro y plata, las flores de lis, en fino bordado. Si no fuera por el manto y la corona, se diría una infanticida de paseo, con su muñeco preferido en brazos. Lleva pendientes largos de ricahembra.

—¡Viva la Virgen de la Olivaaa!...

Centenares de gargantas y de pañuelos se agitan. Con su ramo de paz en la diestra, su sonrisa añiñada, mira y bendice a sus paisanos desde el suave cabeceo de las andas.

ESBELTA Y MORENA DE BUEN COLOR

El asfalto vibra como una inmensa campana. Colgaduras en los balcones: lienzo blanco y la inicial del nombre de la Virgen en azul. Multiplicado espejo de la ciudad. «La que más altares tiene...» Zaragoza es hoy un solo altar. Invocaciones marianas de todas las provincias españolas y una sola Virgen. Policromía regional en este desfile único en el mundo. «España—dijo el Santo Padre en radiomensaje—ha sido siempre la tierra de María Santísima.»

Los charros dan guardia de honor a su Virgen de la Vega (Salamanca). La imagen es de oro. Escultura bizantina. Parece arrancada y viva de una leyenda medieval. «Flos sanctorum». El oro rima en perfecto acorde con el negro severo de los portadores. Se la venera en la catedral vieja.

Esbelta y morena de buen color es la Virgen de la Fuensanta, Patrona de Murcia y su huerta. A sus pies, la media luna de plata, con una estrella en cada vértice o pico. Manto ricamente bordado, de amplias proporciones. Huele, de pronto, el aire a naranjos en flor de azahar, a verdor perenne. «Como vienes

del monte—vienes airosa. —Vienes coloradica—como una rosa.» Pero ésta no viene del santuario montaraz. Es una reproducción de la auténtica, que los murcianos residentes en San Adrián de Besós, nostálgicos de su Fuensantica, han hecho esculpir fielmente, para guardarla como un tesoro en su obligada separación de la «patria chica». Luce corona y rostrillo donados por el Ayuntamiento de Murcia, en abril de 1953.

LA VIRGEN CAMINANTE

«Capitana de la angustia—no quiero que sufras tanto... podríamos decirle, con versos de Gerardo Diego, a Nuestra Señora el Camino, de León. Es la única Piedra o Dolorosa en este desfile de Virgenes amables y sonrientes. Las lágrimas resbalan por las pálidas mejillas; sus ojos contemplan al Hijo muerto, al que sus brazos sostienen a duras penas. Los hombros huesudos, angulosos del Cristo parecen brotar del seno mismo de la Virgen. Esta Virgen sin sonrisas y amarga, ante quien graves bailarines danzan—blancas faldas almidonadas, de entredoses y puntillitas—las danzas sacramentales. Virgen caminante, cuyo dolor recatan los ojos bajos, que no miran más que a Cristo. Se apareció en la ruta de los peregrinos a Santiago.

UN TRONO ENTRE CLAVES

Madrid, con la Almudena y Nuestra Señora de los Remedios (Colmenar Viejo). Más de seiscientos madrileños, pertenecientes a ambas Cofradías, se han desplazado a Zaragoza. El trono de la Virgen de la Almudena va materialmente cuajado de claves. La imagen, enmarcada en gigantesco medallón que forma aureola sobre su cabeza coronada, luce en su pecho la primera Medalla de Oro de Madrid y ostenta fajín de Capitán General concedido por Isabel II. Un gentil chispero va a pie ante ella. Maceros y municipales la escoltan. El Niño parece querer saltar a las calles, a jugar con la chiquillería. Pero la Virgen le contiene, acariciándole las piernas. Luz y flores en la sonrisa de la Almudena; en la carroza; a su paso por la ciudad.



La Virgen de la Almudena

—Es la Almudena; la Almudena...

LA VIRGEN DE LA SONRISA DULCE Y QUIETA

Don Félix Granda restauró, en 1914, la imagen de la Virgen de los Remedios. Quizá se deba a esto la ausencia de rigidez en sus facciones de imagen bizantina. Es la Virgen de la sonrisa dulce y quieta.

—La de piropos que le han echado cuando veníamos por la calle Alfonso, a reunirnos con las demás imágenes. «Qué Virgen tan bonita. ¿De dónde es?».

Arreclan las ovaciones de nuevo. Reluce sobre las andas. Sus acompañantes rebosan satisfacción.

—Ese bastón es el de alcaldesa, concedido en 1939, una vez que fué recogida del Museo Arqueológico Nacional, donde pasó la guerra.

MORENA DE ACEITUNA Y OJOS NEGROS

Ahora le toca a Valencia. —Levante. «La terra valensiana—s'ampra baix to mant—oh Verge...», van cantando voces rotundas. Miles de claveles en el trono; miles de nardos; miles de gladiolos. Blanco y rosa, ofrenda de la jardinería valenciana. Más de doce mil valencianos hay hoy en Zaragoza. Escudos con «Lo Rat Penat». Aplausos, vivas estentóreos, inagotables. «Tabalet», dulzainero; una canastilla gigantesca es portada por cuatro huertanos con traje típico.

—Visca la Mare de Desamparats. Bonica, preciosa, moreneta guapa, «Chepadeta»...

Sedas y pederería; miles de flores sobre la plata de las andas y del trono. La Patrona de Valencia, morena de aceituna y ojos negros, pensativos, dobla aún más la inclinada cabeza en gesto de amor hacia sus hijos. Cabellos largos y negrísimo, sujetados por rica y esbelta corona. La túnica del Niño se acampana y abre como una enorme flor más de las que rodean a la Virgen.

—Mare—le ha disparado una anciana, detrás de nosotros.

NUESTRA SEÑORA DE LA CUEVA SANTA

Fray Bonifacio Ferrer, hermano del fogoso predicador San Vicente, hizo un pequeño busto de yeso—más bien medallón—, encerrado hoy en relicario de oro, que dió luego a unos pastores para que le tributasen culto. Es Nuestra Señora de la Cueva Santa, Patrona de Segorbe. Ingenua Virgen que rebosa franciscanismo como una «Fiorelli». El relicario va sostenido por un fray Bonifacio pequesito, y el afortunado pastor del hallazgo—otro pastorcillo que la encontró en 1508—, que se arrodilla y lo coge con las dos manos. En la iconografía mariana española, es una joya esta imagen por su rareza. Del relicario pende una campanita de plata.

NAVARRICA, NAVARRICA

La Virgen de Roncesvalles. Navarrica, navarrica... Mozos de Iruñaterra la van festejando con la «danza del Bajo Pirineo», recuerdo ancestral de combates viriles, nobles; ese «maquillari» que precede a los «yauzis» de Valcarlos; ese «muruarte de retas»; esos «bandolaris» y esos «gorris». Trenzado incesante. El Niño, sin

corona, rizos revueltos, pone su manecita sobre el corazón de su Madre. Cara redonda, ojos rasgados y hoyuelo en la barbilla, la Virgen sonríe. Corona de oro y piedras preciosas.

OJOS PARDOS Y CARA MENUDA

«¿Entre espinos Tú?», cuentan que le dijo el asombrado pastorcico a la Virgen de Aránzazu; aquel Rodrigo de Abalzategui. Cubierta casi totalmente por el blanco manto bordado en oro, sólo vemos su menuda carita, el dulce mirar de sus ojos pardos. Trono de columna, como la del Pilar. El Niño asoma su rostro pequeñito a la altura del corazón de la Virgen. Delgada y frágil, parece que, en cualquier momento, se va a caer de las andas. Los chistularis no cesan de tocar sus instrumentos. La «espatadantza» gira y hace girar las espadas, Simbolismo guerrero: ante la Virgen cesan las luchas entre hermanos. Escolta de blancos pelotaris de cesta-punta, recia novedad vasca.

VIRGEN DE LOS OJOS GRANDES

«Virgen de los Ojos Grandes», Patrona de Lugo. Inspiradora de San Pedro Mezonzo, el autor de la salve. «Salve Regina. Mater misericordiae...» ¿Es sueño o realidad? Se oye un angelical cántico. Zaragoza es hoy una provincia del cielo. Gaitas gallegas rodeando con suaves sonas a la Virgen de los Ojos Grandes. Grandes son, en verdad; enormes. Llenan toda la cara. Ojazos oscuros de hondo mirar. La Madre acaba de darle el pecho al Niño. Este le sonríe agradecido. Tierna estampa mariana.

CON UNA ROSA EN LA MANO

Covadonga. Bajo palio de púrpura desfilaba Nuestra Señora de Covadonga, una rosa en la mano, en peana que sostienen cabezas de ángeles. Corona de reina; rico manto bordado en oro. Virgen ex cautiva, fué llevada a Francia y rescatada luego. Tiene honores de Capitán General. Es tan pequeña y va tan cubierta por el palio, que hay que meterse bien debajo del trono para mirarla. Al Niño le viene grande la corona; es tan chiquito, tan chiquito. Sus manos, abiertas, bracean en busca de juegos.



La Santina de Covadonga

CORONA DE REINA SOBRE BLANCA MANTILLA DE ENCAJE

El Rey San Fernando regaló a los sevillanos tres imágenes de Nuestra Señora de los Reyes. Siglo XIII. Epopeya. Esta tarde desfila una de esas tres esculturas hermanas: la que el Rey dió a la «Hermandad de los sastres», que recibe culto en la iglesia de San Ildefonso, de Sevilla. Sentada en su trono, las manos cuajadas de sortijas, manto real y corona de Reina sobre blanca mantilla de encaje. Orfebrería de sedas, de tules. Los ojos vivos, alegres, reidores, destacan en la tez mate del rostro. Es una Virgen guapa, una real moza. El Niño es morenito, bronceado como un gitano. Viste chaquetilla y pantalones azahonados de encaje y calza zapatos.

UN ARO DE DOCE ESTRELLAS

Nuestra Señora de la Cinta, escultura de plata, prodigio de orfebres, airosa, juncal, desfila ahora. Sus brazos se abren, con las palmas de las manos extendidas, para mostrar el cínculo o cinta milagrosa, que se conserva en la catedral tortosina como el más preciado don. Se adorna, con sobria sencillez, con sólo el aro de doce estrellas.

ROSAS Y CLAVELES A LOS PIES DE LA MORENETA

«Rosa d'avril, morena de la serrra...; illuminau la catalana terrra». Es la Virgen de Montserrat, la Moreneta por antonomasia. El grupo «Bal de Bastoners», de Tarrasa, danza ante la imagen. A su paso redoblan los vivas. Toca femenina, como la de cualquier dama de la Edad Media, tallada en madera, cubre sus cabellos. Corona sencilla. Labios que se entretienen al sonreír dulcemente. Nariz larga, recta, de finas aletas. Barbilla redonda. Tez atezada de soles serranos. El Niño tiene la nariz un tanto respingoncilla. Debe ser de tanto sonreírse. Trono alfombrado de flores; rosas y claveles a los pies de la Moreneta. Rosa de abril.

«LA QUE MAS ALTARES TIENE»

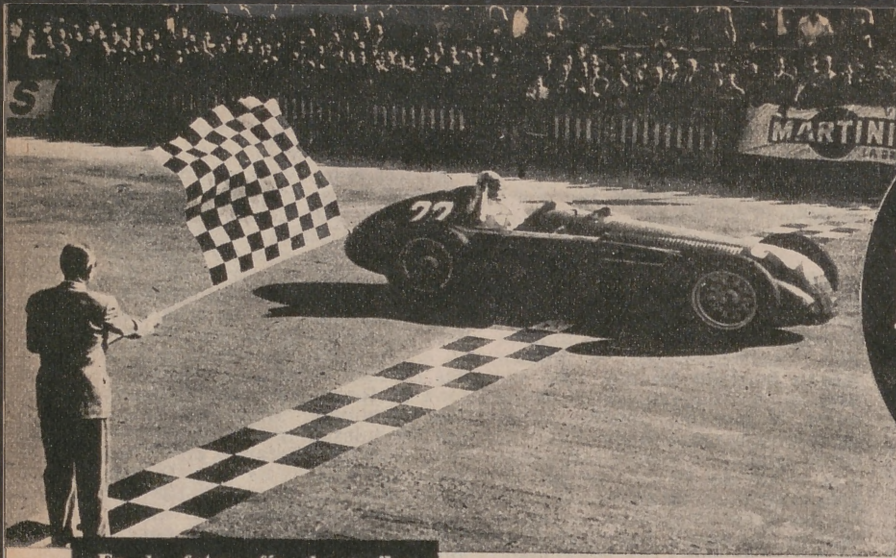
Parece que vamos a estallar. La tensión de fervor es extraordinaria. Atención. Aquí está ya la banda de cornetas de la Guardia Civil. Se acerca la Virgen del Pilar, «la que más altares tiene», como dice la jota. En las aceras, la gente quiere arrodillarse. Lágrimas, vivas, plegarias, pañuelos como bandada de palomas. Atruenan los aplausos, los inacabables vitores.

Sacerdotes, de alba y estola, empujan la carroza de plata repujada. La imagen, de plata maciza, es copia perfecta de la que se venera en la santa capilla. Se yergue la Pilarica sobre miles y miles de flores blancas, como sobre nubes. Palio de respeto, tras la Virgen.

Las torres del Pilar, fondo de alburra sin mancha y grandes letras azules, entonan a los vientos, en la noche peregrina, el «Bendita y alabada sea la hora en que María Santísima vino en carne mortal a Zaragoza».

Concha FERNANDEZ LUNA

(Enviada especial)



EL GRAN PREMIO PEÑA RHIN PUNTUABLE PARA EL CAMPEONATO DEL MUNDO

En la fotografía de arriba vemos a Fangio entrando en la meta, vencedor en el XI Gran Premio Peña Rhin, en Barcelona. En la de abajo ofrecemos una vista aérea de Pedralbes, sobre la que se ha señalado el circuito donde se celebra la más importante competición automovilística de España. Su organización cuesta actualmente cuatro millones de pesetas

BARCELONA ES EN ESTOS DIAS LA CAPITAL INTERNACIONAL AUTOMOVILISTA



Las cifras de público que presencia estas carreras son superiores a las de cualquier otro gran premio europeo

El escenario insustituible e incomparable del XII Gran Premio Peña Rhin. La cifra de espectadores supera, incluso, a la de la famosa competición de Indianápolis

EL circuito de Pedralbes está preparado. Las balas de paja se amontonan en las curvas, los sacos de arena se hallan en su sitio, las alambradas cierran la pista. En las tribunas, en las sillas, de pie y a horcajadas sobre las ramas de los árboles, Barcelona entera y con ella aficionados de toda España y de los más remotos rincones del mundo intentan dominar los nervios junto al bordillo de la calzada. El Gran Premio Peña Rhin va a comenzar. ¿Medio millón de personas? Son cientos de miles los que aguardan la hora anunciada. Ya falta solamente que los pilotos salten a los bólidos. La señal de salida va a ser dada. Los motores hacen trepidar el asfalto y la atmósfera parece sacudida por una tormenta;

tador, inmóvil, no puede ya precisar qué coche ha pasado ante sus ojos, porque la velocidad desvanece el detalle.

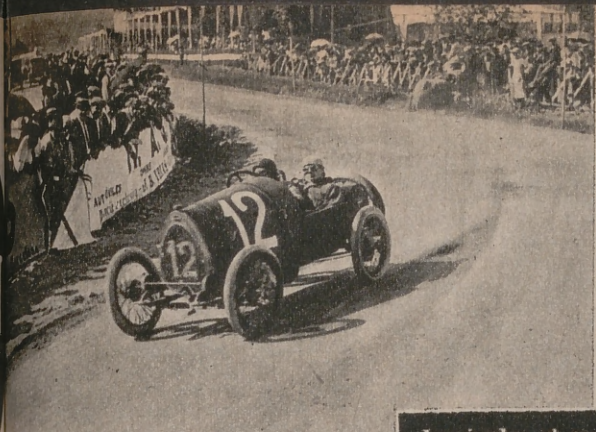
Los triunfadores, sin embargo, al lanzarse a esas velocidades por la carretera, hacen mucho más que llegar los primeros. Son los que ponen a prueba un nuevo perfeccionamiento mecánico, o los que experimentan la resistencia de unos nuevos neumáticos. Los ingenieros inventan y trabajan para ellos, los corredores trabajan deportivamente para que aquellos adelantos se apliquen con las mayores garantías en el coche familiar. El ramo de flores que se entrega en la meta es un premio a la audacia y al servicio que se presta a todos los usuarios del automóvil. El Gran Premio Peña Rhin, puntuable para el Campeonato del mundo, hace de Barcelona en estos días la capital internacional del automóvil. La industria del motor de todos los países vive pendiente de los resultados de la prueba.

CUATRO MILLONES DE PESETAS LA ORGANIZACION

Para los que conocen el circuli-

to de Pedralbes sobre la descripción del mismo. Para los demás hay que decir primeramente que está considerado como el mejor del Continente por su amplitud, trazado y espectacularidad. Tiene entre ambos lados 12.632 metros y como son muchos metros, se ha podido distribuirlos de forma que el público encuentre a lo largo de ellos la localidad más de acuerdo con sus posibilidades económicas. Para quienes no reparan en gastos, se han reservado 1.000 metros, ocupados por tribunas. Nueve kilómetros son los destinados a entradas de general, y dos kilómetros más, a zonas en las que se permite circular sin estacionarse. Y aún queda espacio reservado a zonas libres, para que los corredores tengan suficiente visibilidad para tomar los virajes.

El espectador que provisto de su billete toma asiento en la tribuna, tal vez ignora que para montar las gradas se emplean 150 toneladas de hierro, y el que ostenta ante sus amigos el billete que le permitirá ocupar una silla, no debe creerse un privilegiado, pues hay más de 20.000 plazas como la suya. Como los números cantan mejor que las palabras el esfuerzo que supone organizar el Gran Premio, anotaremos que se colocan 10.000 balas de paja en los lugares peligrosos del circuito, acompañadas de 3.000 sacos de arena. Para que



Izquierda: el coche vencedor del I Gran Premio Peña Rhin, el año 1921. Derecha: un momento de la carrera del año 1922

los coches respeten los espacios destinados al público, ahí está paja y arena, y a fin de que el público no se extralimite y ocupe la pista, se levantan cerca de 17 kilómetros de alambradas, sujetos por tantos postes que se pierde la cuenta.

Entre las cifras que contribuyen a preparar el gran escenario de la prueba Peña Rhin, hay una que ha tropezado con el veto de los organizadores y ha sido descartada. La traemos a estas líneas con todas las precauciones: es el 13. Por si hay algún corredor supersticioso, se emplean números pares en los cuentavuetas, con lo que se evita la cifra indicada más arriba, que no repetimos por si acaso. De todas formas, es inevitable utilizarla y adjudicarla para señalar el orden de llegada a la meta, pero entonces por mucho maleficio que ejerza, será incapaz de estropear la carrera a ningún corredor. Pero como a pesar de haber suprimido aquel número los peligros no pueden evitarse, se han instalado 15 puestos de socorro a lo largo del circuito.

Por último, la organización de este XII Gran Premio Peña Rhin, VIII Gran Premio de España, tendrá que pagar por los preparativos cerca de cuatro millones de pesetas. Ello da una idea de la importancia y categoría que ha conseguido esta carrera.

LA PRIMERA COPA PEÑA RHIN

Año 1910. «Simones» y «manuelas» peseteros por carrera y a 2 pesetas la hora, caballos de silla para pasear, ómnibus con imperial para bodas y bautizos. En la plaza de Cataluña abre sus puertas el café Rhin, hoy desaparecido. Dentro de él, los contertulios lucen barbas corridas

bien pobladas y patillas alfonsinas; de los paragüeros cuelgan sombreros de copa y hongos de color. En un rincón, unos jóvenes hablan animadamente de cosas tan raras como de cilindros, pistones y bujías. La mayoría de esa tertulia son grandes aficionados a los motores de explosión, y nunca mejor usado este calificativo que en aquel entonces cuando poseer un vehículo de gasolina era lo mismo que tener un aparato de hacer ruido, que a veces se conseguía que anduviese. Pues bien, casi todos los del grupo son dueños de motocicletas. Uno de ellos entra con aire preocupado en el café y se sienta con los de su «peña». Queda en silencio sin despegar los labios. A poco alguien le dice:

—Muy callado estás, amigo Romano; ¿qué te ocurre?

—Algo muy importante que me entristece; mi padre me ha escrito nuevamente ordenándome que regrese a América, a mi país. Ya no puedo prolongar mi estancia entre vosotros. Ha llegado el momento de mi despedida.

Las exclamaciones de los amigos le impiden continuar y cada cual sugiere una idea para evitar que el amigo se marche. Barcelona iba a perder uno de los primeros aficionados al motorismo, pero ningún argumento le hace desistir del viaje. Para consolarles, Romano promete:

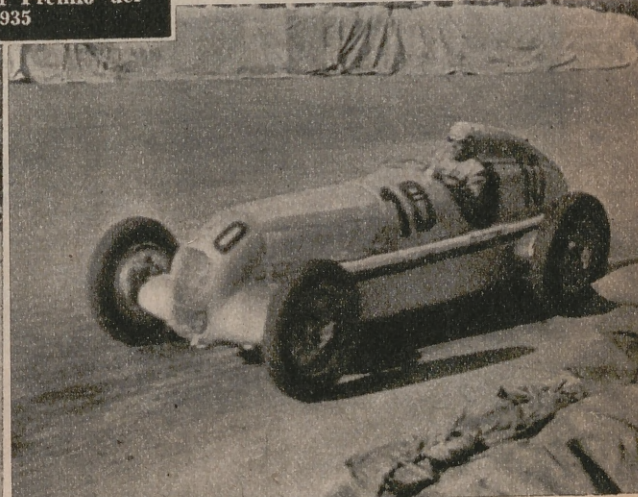
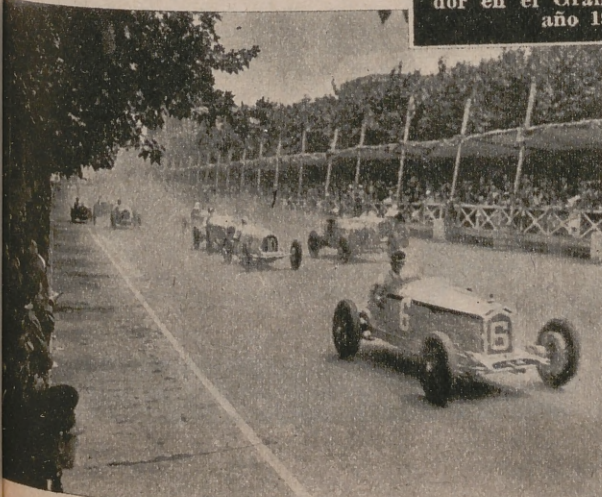
—Un garbanzo no puede descomponer la olla. Porque yo falte, ninguno de vosotros va a re-

nunciar a la moto... Al contrario, antes de irme os daré una copa que os sirva de recuerdo y que pasará a manos de aquel de la «peña» que gane una carrera que organizaremos como despedida.

Aquel trofeo se llamó «Copa Peña Rhin». Aquella tertulia quedó bautizada como «La Peña Rhin». La primera carrera tuvo lugar en el circuito Sitges-San Pedro de Ribas-Sitges y se limitó a la participación de motos. A esta prueba siguieron muchas otras, con improvisaciones muy propias de aquellos tiempos. En alguna ocasión se decidía un sábado la carrera del domingo siguiente. Los organizadores eran los mismos que alzaban lo que ellos llamaban «tribuna oficial», con unos simples tableros que pedían al contratista de obras de la localidad. Los montaban sobre unos caballetes, cubrían los huecos con los colores nacionales y ya estaba terminada la tribuna.

Toda aquella serie de improvisadas carreras contribuyó eficazmente al desarrollo de la afición al motorismo. Nuevos adeptos pasaron a engrosar el primitivo grupo y la Peña Rhin fué creciendo de día en día. Faltaba solamente cumplir los requisitos legales para convertirla en una Sociedad. El año 1916 se redactó el Reglamento y se constituyó oficialmente como tal Sociedad. Su primer Consejo directivo estuvo presidido por don José Basté Junyent. El organismo fué prodigando sus actividades y organizó nuevas pruebas de motos, de motos con sidecar y de «ciclecars», que se convirtieron estas últimas en un sorprendente acontecimiento por ser la primera vez que se efectuaban.

Izquierda: la salida de Montjuich en 1933. Derecha: el coche de Fagioli, vencedor en el Gran Premio del año 1935



EN BUSCA DE CIRCUITOS

La Peña Rhin funcionaba con efectividad y la gran masa empezó a interesarse por ella. Para consagrarse definitivamente le faltaba elegir el escenario de sus actividades, y como nada se consigue sin esfuerzos y ensayos, la Sociedad empezó una serie de tanteos que culminarían muchos años más tarde con la elección del actual circuito de Pedralbes. Mas no hay que correr tanto, a pesar de tratarse de una agrupación que rinde culto a la velocidad. Estamos todavía deslizándonos por la ruta del Bajo Panadés, en donde se celebraron pruebas de «autos-ciclecars» y de motos con sidecar. Arrancamos batiantes hojas al calendario para descubrir las correspondientes al año 1920. Entonces un directivo de Peña Rhin eligió el circuito de Cardedeu, con el trayecto Cardedeu-Llinás-Vilamajó-Cánovas. Gran multitud acudió a presenciar las pruebas que se anunciaban pomposamente como «carreras a toda marcha».

Así llegamos a una fecha de gala, la de 16 de octubre de 1921, en que se instituyó el I Gran Premio Peña Rhin, estrenando el trayecto Villafranca del Panadés-Monjos-Almunia. Los pequeños «Bugatti» hicieron desmayarse a más de una espectadora con sus velocidades «endiabladas». Para justificarlas ante la nueva generación de aficionados hay que consignar que el promedio del vencedor, M. Pierre de Vizcaya, fué de 85 kilómetros por hora. Esta «performance» —vaya la palabrita en honor del francés—, junto con los vistosos bigotes a la borgoñona del ganador, explican muchos desmayos y suspiros de las espectadoras.

Estos Premios iban alcanzando resonancia en todos los países, la organización de cada prueba era insuperable, el interés de los aficionados iba en aumento. Y las velocidades de los vehículos aumentaban también: la marca de M. Pierre de Vizcaya no provocaba desmayos y sí sonrisas benevolentes. Los tiempos habían cambiado. En los paragueros de los cafés ya no cuelgan sombreros de copa ni hongos de color, sustituidos por los flexibles o el «sinsombrerismo». Estamos por los años de 1933 a 1936. Los bigotes a la borgoñona se han engogado para formar el bigotito «swing», las barbas corridas han

caído al filo de la hoja de afeitar para que luzcan rostros lampiños y bien «masajeados», como diría Chispero. El público que acude en estos años al circuito de Montjuich, donde se disputan hasta 1936 cuatro pruebas consecutivas, combate su nervosismo con «pirulis» de La Habana, y algunos que han pasado veinticuatro horas en el país vecino traen sus bolsillos repletos de goma de mascar de la «auténtica». Esta evolución se daba también en la técnica de los motores: de un año a otro todo quedaba antiguo. En 1936 Nuvolari, con un nuevo «Alfa Romeo», ganaba, tras una disputada carrera, a los «Mercedes-Benz», a los «Maseratti» y a los «Auto-Unión».

De 1939 a 1946 el mundo no estuvo en trance de fabricar coches de carreras. Las únicas pruebas de motorismo estaban a cargo de los carros de combate. Cuando éstos se cansaron de allanar las tierras de cultivo, Barcelona pudo ofrecer en seguida, en 1946, la octava edición del Gran Premio, con la novedad de celebrarse en su actual circuito de Pedralbes. La Peña Rhin ha encontrado ya el escenario insustituible e igualable. Las cifras de público que presencia sus pruebas son superiores a las de cualquier otro gran premio europeo e incluso a las cifras de espectadores de la famosa competición de Indianápolis.

A 300 KILOMETROS POR HORA SOBRE LA RECTA DE PEDRALBES

Los bólidos de ayer no eran como los de hoy, pero hay que reconocer el mérito de aquellos pilotos famosos que fueron los precursores del automovilismo grande: Moré, Armangué, Wifredo Ricart, Nadal, Andréu, Custals, Romano, Sagnier y tantos otros que con los coches «David», «Ideal», «Díaz y Grillo», «Matas», «Le Perle», «Amílcar», «Bugatti» y «M. A.» realizaron auténticas gestas y corrieron como avanzadillas en descubierta para despejar el camino a los modernos prototipos. Aquellas hazañas, cuajadas de peripecias, se lograban sobre pistas que eran verdaderos «pasos de carro», venciendo toda clase de dificultades materiales. Tantas serían éstas que los pilotos tenían que tripular los vehículos llevando a su lado a un mecánico. Esta misma evolución ha motivado la necesidad de que los pilotos actua-

les sean grandes técnicos del volante y, al mismo tiempo, grandes expertos en mecánica. Solamente con corazón no se puede lanzar nadie sobre el circuito de Pedralbes. Los Fangio, Ascari, Villaresi, González o Moss son corredores que, además de poseer cualidades excepcionales, han de entregar cada hora de su existencia al cultivo del motorismo. Un mero aficionado de ratos perdidos es incapaz de dominar a bólidos como los «B. R. M.», conocidos por el seudónimo de los coches del millón», que en 1950, conducido uno de ellos por el inglés Reginald Parnell, pasó a 300 kilómetros por hora sobre la recta de Pedralbes. Un titubeo de una décima de segundo o un error de un milímetro al girar el volante significan un accidente irreparable.

El virtuosismo se ha impuesto sobre la improvisación de los primeros tiempos del automovilismo; ésta ha pasado a la historia o, mejor dicho, es la historia misma. La siguiente anécdota puede servir de recuerdo de la actuación de los fundadores de la Peña Rhin. Son personajes de ella el señor Ocampo, ingeniero de Obras Públicas y cronometrador de las primeras carreras, y don Luis Armangué. En una ocasión en que este último llevaba en su coche al ingeniero, quien por su cargo examinaba a cuantos solicitaban permiso de conducir, le preguntó:

—Señor Ocampo, ¿qué día me dará usted el permiso de conducir?

—Pero... ¡cómo! ¿Es que usted participa en las carreras sin poseerlo?

Y así era, en efecto.

La organización de las mismas pruebas no permite ningún descuido. No han terminado de desmontarse los tinglados montados un año cuando hay que empezar ya a preparar todos los detalles para el siguiente. Cada nueva edición del Gran Premio ofrece a los participantes y al público innovaciones y perfeccionamientos del montaje.

La Peña Rhin ha hecho sus últimos preparativos, el público ocupa sus puestos ordenadamente, las señales indicadoras han entablado diálogo con los participantes. El Jurado vigila y los mecánicos practican la revisión final; parece como si acariciarán el cuerpo metálico de los bólidos y fueran a darle una palmada en la grupa para anunciarle amistosamente que llega el momento de lanzarse. Al igual que si se tratara de rodar una película, cada actor está en su puesto. El juez ha ordenado la salida. A los espectadores sólo nos queda reservado el papel de esperar el resultado, lo que no es poco. ¿Se superarán algunas de las marcas establecidas? De todas formas, como los adelantos en la mecánica no se conceden reposo, las marcas que se puedan homologar servirán hoy para admirarnos y mañana para hacernos sonreír, como los 85 kilómetros por hora de aquel valiente corredor que llevaba bigotes a la borgoñona.

Vicente LOREN PEREZ



Salida de los bólidos para disputarse el XI Gran Premio

PAÑERÍA-SELECTA



*En Vanguardia
de la Moda*



de

Fontcuberta

GARANTIZAMOS QUE NUESTRA SERIE 31/139 ESTA OBTENIDA
ENTERAMENTE DE LANA PEINADA IMPORTADA DE AUSTRALIA

DEP. DE PUBL. FONTCUBERTA 141

Pag. 35 - EL ESPAÑOL

El doctor Vallejo Nájera explicando en su cátedra de la Facultad de Medicina de Madrid sobre el cuadro de las hormonas de Cajal



EL MUNDO SECRETO DEL CEREBRO

LA PSIQUIATRIA ESPAÑOLA DELIMITA SUS FRONTERAS

PREVENIR ANTES QUE CURAR

CURAR las partes del cuerpo donde se asienta el alma. Esta podría ser una metafórica definición de la Psiquiatría. Porque no es el alma, precisamente, lo que enferma cuando el hombre desvaría, demencia o se angustia. Son los órganos del cuerpo sobre los que se sustenta el alma los que cambian de estado. Hecho el hombre de alma y cuerpo, en un todo armónico, las manifestaciones del alma se transmiten por la parte orgánica del hombre, que es su cuerpo. Anormales estos sustentáculos, el hombre entonces cambia de personalidad. Recobrar las primitivas maneras de ser, los normales modos de ser del hombre, he aquí el objetivo claro y definido de la Psiquiatría.

Va a celebrarse en Madrid dentro de unos días, el 28 de octubre, el IV Congreso Nacional de Neuropsiquiatría. Más de doscientas comunicaciones libres, aparte de las ponencias oficiales, serán expuestas por los mejores especialistas españoles. La gran tradición psiquiátrica de España, enmarcada en la antigüedad por San Juan de Dios, tiene ahora sus mejores representantes en los nombres prestigiosos de Vallejo Nájera, López Ibor, Varela de Seijas, Rodríguez Pino, Alberca, Escudero y tantos más que el nombrarlos sería enumerar uno por uno a todos los doctores de la especialidad.

LAS NEUROSIS, ENFERMEDADES ACTUALES

DE veinticinco años a esta parte, la consulta de un psiquiatra ha variado de clientes. Variación en cantidad y en calidad.

Estamos ahora en la sala de espera de un médico de la especialidad. La sala es amplia, con grandes butacones de cuero o de pana, gris; cuadros de alegres motivos colgados en las paredes, estatuas o vitrinas llenas de abaricos, porcelanas o figuritas, por los rincones, o libros y revistas a todo color encima de las mesas bajas de la habitación. La persona que va a la consulta, ante esta presencia, se siente más acogida, más optimista y, en lo poquísimos que cabe, algo curada. Se distrae en la contemplación y olvida, por aquellos instantes, su dolencia.

Los clientes son variados. Uno es un estudiante que va al médico porque por la noche, en cuanto se pone a estudiar, le entra sueño.

—Doctor, yo quiero algo que me quite el sueño cuando estudio.

—¿Si usted va al cine por la noche le entra sueño?—pregunta el médico.

—Pues, no; eso sí que no.

Otro cliente es un hombre de unos cincuenta años, algo grueso

y con poco pelo encima de su cabeza.

—Doctor, quiero que me recete usted algo para dormir; no puedo dormir por las noches. Yo creo que estoy enfermo.

—¿Y eso por qué? ¿Qué le impide dormir, hombre?

—Debajo de mi casa hay una tahona, en la que, desde las doce de la noche, arman tal ruido los obreros, que es imposible resistir.

El médico se sonríe imperceptiblemente.

Después ha entrado una madre con un muchacho de unos doce años.

—Mi hijo, doctor, debe de estar enfermo. No estudia nada. El mismo dice que cuando se pone a estudiar Matemáticas le da vueltas la cabeza y se siente como débil.

El médico habla con el pequeño. Habla de juegos y, sobre todo, de fútbol. El pequeño sabe exactamente en qué equipo juega hoy José Luis, aquel defensa central que tuvo el Jaén, y se acuerda cuánto tiempo justo lleva Kubala en el Barcelona, y conoce perfectamente la alineación que presentó España el día que perdió con Italia en Chamartín por tres a uno. Por otro lado, el ni-

ño es interior derecho titular del equipo de su colegio. Y el doctor se encuentra en un aprieto. ¿Cómo le va a decir a la madre que lo que le pasa a su hijo es que es un vago?

Estos son los que pudieran llamarse los enfermos menores de la Psiquiatría, aquellos que, en definitiva, no presentan ninguna calificación clásica en la nosografía psiquiátrica, pero que, debido a la difusión cultural de los pueblos, aumentan la variedad y la cantidad de los clientes. Afortunadamente, la solución de su caso no exige métodos ni operatorios ni mágicos, tan sólo de sentido común.

Pero avanzando en el diagnóstico nos encontramos con enfermedades ya claramente dentro de una definición patológica. Y, más todavía, encuadradas como propias del tiempo en que vivimos. Porque hay enfermedades psíquicas específicamente producidas por los tiempos actuales. Estas son, ni más ni menos, que las neurosis.

Las neurosis, en las personas predispuestas a ello, aparecen por causas psíquicas, tales como incompatibilidades personales, desgracias mal llevadas, emociones intensas, estados de ánimo mal o ferozmente reprimidos, luchas entre valores, deseos de triunfo, etc.

Una de las causas que influyen en el desarrollo de los actuales desequilibrios nerviosos son los ruidos urbanos. El estrépito de las ciudades, el resonar de los motores de camiones y automóviles, la prisa, la falta de sosiego, los sonidos de la radio a toda la potencia en las casas de vecindad y el estampido de las motos por las calles, son factores más o menos mediatos en la aparición de la enfermedad.

De todos estos factores comunes que concurren en el hombre moderno, hay uno que, tal vez más que ningún otro, influye en su estado angustial: la falta de conversación. El hombre actual oye mucho—la radio, el cine—, pero habla poco, y la falta de diálogo hace que viva en soledad

sus problemas, que se sienta incomprendido y que hasta sus familiares consideren sus actos como absurdos, por desconocer el fondo anímico sobre el que se han producido. La conversación viene a ser una descarga derivativa de las pasiones, y el hombre actual, en opinión de los psiquiatras, no tiene, en general, más conversación que la que precisa en su trabajo o la rutinaria de su casa para pedir o protestar de algo. Sólo se habla, en la mayoría, de fútbol, de cine o, a lo más, de la Vuelta a Francia. La seriedad y tristeza, la angustia en suma, que puede dominar a un hombre viene, no de que tenga más problemas que antaño, sino de que no dispone de tiempo para contarlos. El hombre guarda en silencio los conflictos propios y paga esta soledad interna con la angustia neurótica.

Ahora bien; la Psiquiatría tiene para esto fácil remedio. Un remedio para cada caso, porque cada hombre no es el mismo siempre. El médico, aunando la velocidad, la agitación y la prisa en el arco de la soledad del paciente, hará el milagro—un milagro humano—de la curación.

NOVISIMOS APARATOS PARA EL DIAGNOSTICO

El que la aparición de las neurosis sea el principal problema con que se tropiezan los médicos psiquiatras de ahora, no quiere ello decir que las enfermedades mentales hayan desaparecido. Lo que sí existe de cierto es que las posibilidades de curación son infinitamente superiores a las de hace cuarenta años y casi optimistas en una mayoría relativa de diagnósticos.

Sería ideal llegar a una cultura popular tal, que, ante cualquier anomalía psíquica, se fuera inmediatamente al médico o al psiquiatra, pues el diagnóstico incipiente de las enfermedades mentales permite instaurar su tratamiento con asombrosos resultados favorables. La noción vulgar de que el enfermo mental es incurable se debe a que la familia lo lleva al especialista cuando ya está demente, y es tarde para conseguir un resultado terapéutico eficaz. Aquí, como en todas las ramas de la Medicina, la prontitud en el remedio es base primordial del éxito.

Hoy podemos contar—dice Vallejo Nájera—con un noventa por ciento de posibilidades de curación de los brotes esquizofrénicos y de la parálisis general, si se tratan los enfermos dentro de los tres primeros meses de la iniciación de la enfermedad.

Antes del método terapéutico está el diagnóstico. La ingeniería, al servicio de la Psiquiatría, ha construido aparatos de novísimo diseño que permiten un descubrimiento rápido y seguro de las causas de la enfermedad y, por tanto, la clasificación de la misma.

Uno de estos aparatos es el electroencefalógrafo. A primera vista, parece un piano. El enfermo es conectado, por medio de cables que no le producen la menor sensación, a los aparatos registradores, y la vibración de unas líneas señaladoras permiten diagnosticar al momento la existen-

cia o inexistencia de una epilepsia o la localización de un tumor cerebral o cualquier otro tipo de enfermedad del cerebro.

Pero de todos los modos de diagnóstico, es el psicoanálisis el que más ha trascendido al gran público. Efectivamente, la Psiquiatría debe mucho al psicoanálisis, en lo que respecta al conocimiento de las causas de las neurosis. El psicoanálisis es un método de investigación del subconsciente y de los complejos reprimidos mediante la interpretación de los sueños, de las simbolizaciones y de los actos fallidos.

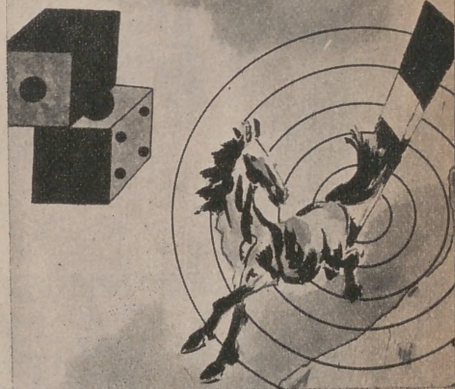
EL DESTINO FUTURO Y LA CIRUGIA DEL ALMA

El alma no tiene peso ni se puede medir, pero sí se puede definir, delimitar y describir con bastante precisión es la personalidad de cada uno. Para ello se utilizan los métodos psicológicos de exploración de la personalidad. Entre éstos se encuentran el psicodiagnóstico de Rorschach los «test» de percepción temática y el «test» de Szondi. Tales métodos intentan definir no sólo la personalidad del sujeto, sino sus tendencias constantes y algunos, como el «test» de Szondi, pretenden llegar más lejos.

Sin palabrería, sin engaños, sin mercancia que se vende, la Psiquiatría moderna ha alcanzado algo más lejos que el individuo mismo: la vida patológica futura del hombre. Mediante el «test» de Szondi se han obtenido resultados sorprendentes, tales como predecir los sentimientos criminales de un individuo.

La actuación de un sujeto en determinados casos puede ser averiguada. He aquí un éxito definitivo de la Psiquiatría.

Unido al diagnóstico, aunque cronológicamente aparezca más tarde, está el tratamiento. Hace veinte años, los psiquiatras asistían impotentes a los estragos de la psicosis; hoy, los estados de angustia, los brotes de esquizofrenia, las depresiones endógenas, etcétera, son combatidos eficazmente con armas tan poderosas y

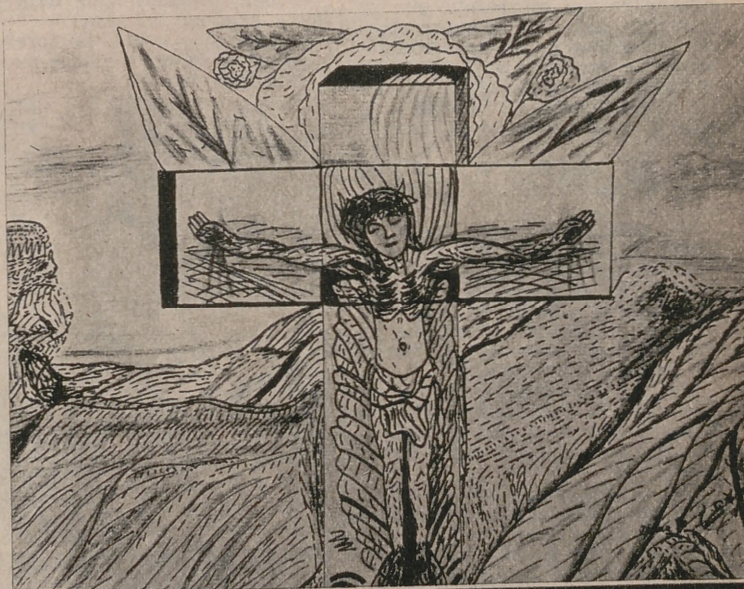


Un cuadro pintado por un epileptoide, que ha expresado así sus pesadillas nocturnas

tan indoloras para el paciente como el subcoma-insulinico con electrochoque, la anoxia por CO₂, la ortamida—eficacísimo tratamiento para la epilepsia, único en muchos casos, cuyo descubridor es un español: el doctor Varela de Seijas, uno de nuestros actuales mejores psiquiatras—, la paludoterapia, el bombeo espinal, la anarcosis prolongada, la hibernación, la oxigenación encefálica transraquídea, el sueño prolongado y—prodigio de la técnica—las leucotomías.

Fué el portugués Egas Moniz—que aun vive—el descubridor de esta cirugía específica. Demostró y llevó a la práctica que con una leve y nada peligrosa intervención quirúrgica en la cabeza, se podían remitir y curar casos de esquizofrenia, de depresiones maníacas u otros tipos de perturbaciones psíquicas.

En España, el doctor Obrador Alcalde, que ha realizado ya más



Dibujo religioso de un equizofrénico. Obsérvese la técnica puntillista del autor, en su afán por no dejar ningún espacio vacío



El doctor Varela de Seijas, descubridor de la ortamida —el más moderno y eficaz tratamiento para curar la epilepsia— inspecciona con el oftalmoscopio el fondo de ojo de una paciente

de cien leucotomías, utiliza la técnica posterior de Freeman.

La Neurología y la Psiquiatría —como sostiene López Ibor— deben, por tanto, permanecer unidas. Esta hermandad es la que ha permitido realizar verdaderas maravillas en los organismos humanos enfermos. Su unión es, pues, una de las armas principales para conquistar aquel objetivo de que hablábamos al principio: recobrar los normales modos de ser del hombre.

Existe en la mayoría de las gentes un injustificado temor hacia los aparatos y procedimientos de curación que utilizan los psiquiatras. Por su aspecto externo pueden parecer éstos instrumentos capaces de producir los más fuertes tormentos que mente humana se imagine. Nada más lejos de la realidad. Si alguna especialidad de la Medicina opera con seguridad y sin dolor, es la Psiquiatría. Los electrochoques, por ejemplo—eso que la gente conoce por el nombre vulgar de corrientes—, producen menos dolor todavía en el paciente que la más pequeña inyección, y su resultado es tan estupendo, que ya quisieran para sí disponer otras especialidades de un aparato causante de menor dolor físico. El injustificado miedo a los aparatos psiquiátricos es cuestión, ni más ni menos, que de cultura.

EL MEDICO, AMIGO ETERNO DEL PACIENTE

El psiquiatra no abandona nunca a su paciente, ni aun cuando éste ha sido totalmente curado. Si antes era su médico, ahora es el amigo, el amigo íntimo, el amigo de verdad que no descubre, por nada ni por nadie, los secretos conocidos.

De la preocupación y de la amistad del psiquiatra por el hombre que llega a contarle su caso es prototipo la siguiente historia.

Hace aproximadamente veinte años, el doctor Varela de Seijas fué requerido para asistir a un enfermo que habían traído de Londres en estado inconsciente.

—Es un morfínomano—se le dijo al doctor—, y en su deseo de quitarse la necesidad del tóxico

ha puesto en práctica un consejo que le dieron en Inglaterra: por cada centigramo de morfina que deseara ponerse, debía, en sustitución, tomar un vaso de whisky.

El resultado fué una borrachera que puso en peligro la vida del británico, y de la que hubo de curarse en Madrid.

A los quince o veinte días estaba completamente repuesto y sin necesidad de morfina; pero el inglés hablaba de unos inventos extraordinarios que allá, en su país, le proporcionarían mucho dinero. Estas conversaciones eran tomadas por la familia como restos o trastornos psicóticos derivados de su estado anterior. Pese a las naturales reservas de sus allegados, el recién sanado, con el permiso del médico, marchó a Inglaterra. El doctor Varela de Seijas, en su preocupación por la salud futura de su paciente, no perdió el contacto con el inglés, y, al cabo de los años, tuvo ocasión de verle nuevamente: las pretendidas ideas delirantes eran una certeza. El inglés tenía sus inventillos y ganaba dinero. La realidad, afortunadamente, se conjuntaba con la fantasía.

En las nuevas generaciones de médicos están—qué duda cabe—las futuras figuras que sustituirán a las presentes. Ha sido ahora, después de nuestra guerra de Liberación, cuando se ha implantado, con rotundísimo acierto, por iniciativa del Jefe del Estado, la enseñanza de la Psiquiatría en España, como asignatura de la Licenciatura de Medicina.

Hay curiosidad por la especialización, si bien los alumnos se detienen ante las dificultades de la técnica. No es fácil el aprendizaje, porque conocer a un hombre en su inmaterialidad es cosa harto difícil, aunque distinguir a un enfermo de un sano no tenga, a primera vista, dificultad ninguna.

Bueno; eso por lo menos se creían los alumnos del doctor Vallejo Nájera, hasta que un día...

Estaba explicando el doctor la lección diaria. De repente, en uno de los bancos de los alumnos, se levanta un hombre.

—Oiga, profesor, ¿me deja bajar a exponer mi caso?

—¿Qué dice usted, hombre?

—Que yo quiero explicar mi caso; ¿puedo bajar?



La inspección de los reflejos es un método valioso para el diagnóstico del psiquiatra

Durante cerca de media hora, aquel hombre, alto, bien vestido, con la mirada algo extraviada, contó, en alta y potente voz, su vida.

Los alumnos se acercaron al catedrático.

—Don Antonio, yo creo que es un paranoico.

—A mí me parece más bien un epiléptico.

La solución tuvo un nombre: Enrique Guitart, el actor, que, ya de acuerdo con el profesor, representó un papel convenido.

Como se ve, el arte de distinguir un enfermo verdadero de un sano que se hace el loco tiene sus dificultades. Porque ni los aprendices de psiquiatra, orientados por el catedrático, pudieron, al principio, dar con la clave.

PINTAR SIN VER Y ESCRIBIR SIN LEER

La pintura y la literatura: dos grandes espacios sobre los que parece desbordarse la fantasía de los enfermos psicóticos.

De antiguo, la genialidad y la enfermedad psíquica han estado unidas. La concordancia entre arte y psicosis es uno de los problemas que más ha estudiado los médicos, hasta el punto de interrogarse si los trastornos psicóticos producen inspiración y genio. Esto, sin embargo, no está suficientemente probado.

El enfermo mental produce arte. Y, principalmente y con frecuencia, pinta. El doctor Escudero posee en Madrid una de las más completas colecciones de cuadros pintados por enfermos, y a lo largo de ellos aparecen todos los estilos y todas las formas características de sus autores.

La gran mayoría de las pinturas psicopatológicas presentan una enorme similitud con las pinturas infantiles, con las de los pueblos primitivos y con las modernas surrealistas. El esquizofrénico tiende a llenar impetuosamente todos los espacios del lienzo con infinidad de pequeños trazos, que frecuentemente recuerdan la técnica puntillista. Los epilépticos emplean colores oscuros, llamativos y puros. Los paranoicos pintan con técnica parecida a los carteles de ciego; los naurósicos pintan, con frecuencia, los contenidos de sus sueños, y los luéticos pintan, con trazos irregulares y temblores, dibujos semejantes a los de los niños de pocos años. Las alucinaciones o los delirios son, también, temas usuales para sus pinturas.

Después de la pintura aparece la poesía. Hay poesías perfectas en cuanto a la sonoridad y armonía de las palabras, aunque estén carentes y vacías de valores ideológicos. Vienen a ser exactamente iguales a las poesías surrealistas o modernistas de los poetas de vanguardia. Los esquizofrénicos escriben poesías llenas de simbolismos y oscuros contenidos, llenas de preciosas palabras.

Lo mejor de todas estas manifestaciones artísticas es que sus autores dan una perfecta explicación, según su particular manera de ver el mundo, a aquellas imágenes que han reproducido, pintado o escrito.

Característica común de la pintura y de la poesía psicopatológica

ca: ni los pintores ni los poetas supieron antes, jamás, coger un pincel ni contar o medir una estrofa.

Aneja a la celebración del Congreso se inaugurará una Exposición de arte psicopatológico. ¿Constituirá esta Exposición una escuela y una enseñanza para los que a sí mismos se denominan artistas de vanguardia?

PREVENIR ANTES QUE CURAR

Después de la parte primera de la Psiquiatría—la parte curativa de la enfermedad—, aunque verdaderamente debiera de estar antes, aparece la parte segunda, la preventiva. Es más importante prevenir que curar. Vieja sentencia conocida de todos, que en este campo tiene, tal vez, su más calificada aceptación.

Aunque la técnica de la Medicina alienista sea hoy tan perfecta y haya avanzado tanto que permita, por ejemplo, curar colectivamente a un regimiento de soldados aquejados de psicosis marcial—como han hecho los norteamericanos con las unidades de su Ejército que así lo necesitaban durante la última guerra mundial—, es preciso un régimen de prevención colectiva frente a los trastornos psíquicos, que, bien de carácter hereditario, o bien de tipo adquirido, pueden sobrevenir al individuo. Para ello, nada más efectivo que llevar al ánimo de los habitantes la necesidad de acudir al psiquiatra al menor síntoma de trastorno psíquico—angustia, temores, depresiones, excitación anormal, falta de sueño, etcétera—, puesto que si se acude



El electroencefalógrafo, uno de los más modernos aparatos para descubrir enfermedades de la cabeza

al principio, la curación es rapidísima y segura.

Estos son los objetivos de la Liga de Higiene Mental Española que, bajo la presidencia del doctor Vallejo Nájera, ha funcionado ya y que se encuentra actualmente en período de reorganización para una más efectiva todavía campaña de prevención psicopatológica.

El hombre de ahora tiene la obligación ineludible de traer en las mejores condiciones al hombre de mañana.

Si no hubiera psiquiatras en el futuro, por la sola acción de los hombres, el objetivo de la Psiquiatría habría sido alcanzado. Sea la campaña de nuestra Liga de Higiene Mental una importante

etapa en esta batalla silenciosa.

Trescientos médicos españoles, pues, hablarán durante estos próximos días de métodos, de orientaciones y de valoraciones en el campo español de la Psiquiatría.

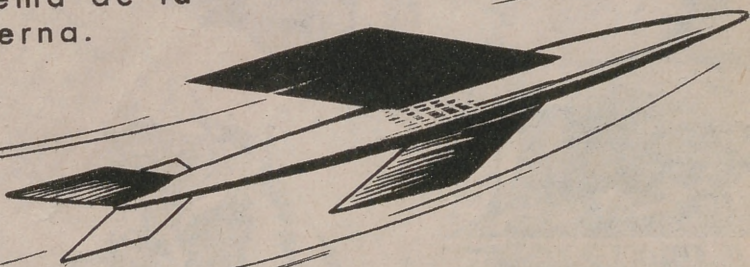
Las enfermedades mentales —«la aristocracia del enfermar»— van a sufrir un duro ataque. El hombre ataca al hombre. Para esta guerra de cerebros, el vencedor ha de ser uno solo: la ciencia. Esta ciencia psiquiátrica española, que hoy se encuentra, sin discusión en los primeros lugares del mundo.

(fotografías de Aumente.)

Cortar

CON MÁS **RAPIDEZ y SUAVIDAD**

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 3.500 PESETAS

EL ESPAÑOL

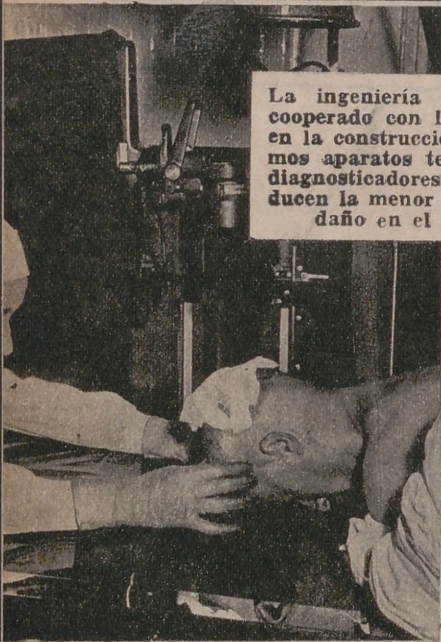
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110

EL MUNDO SECRETO DEL CEREBRO

**LA PSIQUIATRIA ESPAÑOLA
DELIMITA SUS FRONTERAS**

La ingeniería moderna ha cooperado con la psiquiatría en la construcción de novísimos aparatos terapéuticos y diagnosticadores que no producen la menor sensación de daño en el paciente



LAS NEUROSIS, ENFERMEDADES ACTUALES

PREVENIR ANTES QUE CURAR

La vida inquieta y las prisas de las grandes ciudades como consecuencia en muchos casos enfermedades y desequilibrios, más frecuentes en sus habitantes que en los pequeños pueblos donde la vida es más tranquila. Esto ha traído a primer plano de la actualidad a la psiquiatría

Lea esta información en la página 60